

LA LEY NATURAL
O
PRINCIPIOS FÍSICOS
DE LA MORAL
CAPÍTULO I
DE LA LEY NATURAL.

Pregunta. ¿Qué se entiende por la ley natural?

Respuestas. El orden regular y constante de los hechos, por medio del cual Dios rige el universo; orden que su sabiduría presenta a los sentidos y a la razón de los hombres, para servir de regla igual y común a sus acciones, y para guiarlos sin distinción de países ni de sectas, hacia la perfección y la felicidad.

P. explícame claramente, que se entiende por ley.

R. la palabra ley, tomada literalmente, significa lectura (1), porque antiguamente las ordenanzas y los reglamentos es la lectura por excelencia que se hacía al pueblo, a fin de que los observase, y no sufriese las penas establecidas contra su infracción: de donde se sigue que el uso primitivo

(1) Del latín *lex, lectio*. Al- coran significa también lectura, y no es sino una traducción literal de la palabra ley.

Explica la idea verdadera, y define la ley de este modo: << Una orden o una prohibición de hacer obrar, con la cláusula expresa por la observancia de esta orden. >>

P. ¿Y existen tales ordenes en la naturaleza?

R. sí.

P. ¿Qué significa esta palabra naturaleza?

R. la palabra naturaleza tiene tres sentidos diferentes:

1. ° Designa el universo, el mundo material: en este primer sentido, se dice: << la hermosura de la naturaleza, la riqueza y la naturaleza; >> es decir los objetos del suelo y de la tierra que se ofrecen a nuestra vista.
2. ° Designa el poder que anima y mueve el universo, considerándole como un ser distinto, cual es el alma respecto al cuerpo. En este segundo se dice: << las intenciones de la naturaleza, los secretos incomprensibles de la naturaleza. >>
3. ° Designa las operaciones de dicha potencia en cada ser, o en cada clase de seres; y se dice en este tercer sentido: << la naturaleza del hombre es un enigma; cada ser obra según su naturaleza. >> Y como las acciones de cada ser o de cada especie de seres están sometidas a reglas constantes y generales, que no pueden quebrantarse sin invertir y trastornar el orden general o particular, se da a estas reglas de acción y movimiento el nombre de leyes naturales, o leyes de la naturaleza.

P. Dame un ejemplo de estas leyes.

R. es una ley de la naturaleza el que el sol alumbre sucesivamente la superficie del globo terrestre; - que su presencia excite en él la luz y el calor; que el calor influyendo sobre el agua, forme los vapores;- que estos vapores elevados en nubes en las regiones del aire, se disuelvan en lluvias o nieves, que renuevan incesantemente las aguas de las fuentes y los ríos.

- Es una ley de la naturaleza, que el agua corra de alto abajo; - que busque su nivel; - que sea mas pesada que el aire; - que todos los cuerpos graviten hacia la tierra; - que la llama se eleve: que desorganice los vegetales y los animales; - que el aire sea necesario a la vida de ciertos animales; - que en otras circunstancias el agua los sofoque y los mate; - que ciertos jugos de las plantas y ciertos minerales ataquen sus órganos, destruyan su vida, y a este tenor otra multitud de hechos.

Ahora bien, porque todos estos hechos y sus semejantes son inmutables

Constantes y regulares, resultan para el hombre otras tantas verdaderas órdenes de conformarse a ellos, con la cláusula expresa de sufrir una pena si falla, o de un bien unido a su observancia. De modo que si el hombre pretende ver claro en las tinieblas, si contraria la marcha de las estaciones, o la acción de los elementos; si pretende vivir en el agua sin ahogarse, tocar la llama sin quemarse, privarse del aire sin sofocarse, beber veneno sin destruirse, recibe de cada una de estas infracciones de las leyes naturales un castigo corporal proporcionando a su falta; - al contrario, si observa y practica cada una de estas leyes en las relaciones exactas y regulares que tienen con él, conserva su existencia, y la hacen tan dichosa como puede serlo: y porque todas estas leyes, consideradas con relación a la especie humana, tienen por objeto único y común conservarlas y hacerla feliz, se ha convenido en reunir la idea bajo un mismo nombre, y de llamarlas colectivamente la Ley Natural.

CAPÍTULO II.

CARACTERES DE LA LEY NATURAL.

P. ¿Cuáles son los caracteres de la ley natural?

R. Pueden contarse diez principales.

P. ¿Cuál es el primero?

R. El de ser inherente a la existencia de las cosas, y por consiguiente el de ser primitiva y anterior a toda otra ley; de suerte que todas las que han recibido los hombre, no son sino imitaciones, cuya perfección se mide por semejanza con este modelo primordial.

P. ¿Cuál es el segundo?

R. El de derivarse inmediatamente de Dios, y ser presentada por él a todos los hombres, al paso que las otras no las presentan sino los hombres, que pueden ser engañados o engañadores.

P. ¿Cuál es el tercero?

R. El de ser común a todos los tiempos y a todos los países, es decir el de ser una y universal.

P. Y qué, ¿ninguna otra ley sino esta es universal?

R. No, porque ninguna conviene ni es aplicable a todos los pueblos de la tierra: todas son locales y accidentales, nacidas según las circunstancias de los lugares y de las personas; de suerte que si tal hombre o tal suceso no hubieran existido, tal ley no existiría.

P. ¿cuál es el cuarto carácter?

R. El de ser uniforme e invariable

P. y ¿ninguna otra reúne estas dos circunstancias?

r. No; porque lo que es bien y virtud según la una, es mal y vicio según la otra; y lo que una misma ley aprueba en un tiempo, la misma lo condena en otro.

P. ¿Cuál es el quinto carácter?

R. El de ser evidente y palpable consiste toda entera en hechos presentes de continuo a los sentidos y a la demostración.

P. Y qué, ¿las otras leyes no son evidentes?

R. No; porque se fundan en hechos pasados y dudosos, en testimonios equívocos y sospechosos, y en pruebas inaccesibles a los sentidos.

P. ¿Cuál es el sexto carácter?

R. El de ser razonable, porque sus preceptos y toda su doctrina están conformes a la razón y al entendimiento humano.

P. Y ¿ninguna otra ley es razonable?

R. No; porque todas contrarían la razón y el entendimiento del hombre, y le imponen con tiranía una creencia ciega e impracticable.

P. ¿Cuál es el séptimo carácter?

R. El de ser justa, porque en esta ley las penas son proporcionadas a las infracciones.

P. Y qué, ¿las otras leyes no son justas?

R. No; porque unen muchas veces a los méritos y a los delitos penas y recompensas inmerecidas, y califican de meritorias o de punibles acciones nulas de suyo, o indiferentes.

P. ¿Cuál es el octavo carácter?

R. El de ser pacífica y tolerante, porque en la ley natural, siendo todos los hombres hermanos e iguales en derechos, no les aconseja a todos sino paz y tolerancia, aun por sus errores.

P. Y ¿las otras leyes no son pacíficas?

R. No; porque todas predicán la disensión, la discordia y la guerra, y dividen a los hombres en partidos por las pretensiones exclusivas que tienen todos de decir la verdad y de dominar.

P. ¿Cuál es el noveno carácter?

R. El de ser igualmente benéfica para todos los hombres, enseñándoles los verdaderos medios de ser buenos y dichosos.

P. Y qué, ¿las otras no son benéficas?

R. No; porque ninguna de ellas enseña los verdaderos medios de ser

Feliz; todas se reducen a prácticas perniciosas o fútiles, y los hechos lo prueban, porque después de tantas leyes, y tantas religiones, de tantos legisladores y profetas, los hombre son todavía tan desgraciados e ignorantes como lo eran hace seis mil años.

P. ¿Cuál es el décimo carácter de la ley natural?

R. El de bastar ella sola a hacer los hombres dichosos y buenos, porque abraza todo lo bueno y útil que tienen las leyes civiles o religiosas; es decir, que es esencialmente la parte moral, de modo que si se analizasen las otras leyes, se hallarían reducidas a opiniones quiméricas e imaginarias, sin ninguna utilidad práctica.

P. Resúmeme todos estos caracteres.

R. He dicho que la ley natural es:

- | | |
|-----------------|-----------------------------|
| 1. ° primitiva; | 2. ° Inmediata; |
| 3. ° universal; | 4. ° Invariable |
| 5. ° evidente | 6. ° Razonable |
| 7. ° Justa; | 8. ° Pacífica |
| 9. ° benéfica | 10. ° Y la sola suficiente. |

Y es tal el poder de estos atributos de perfección y de verdad, que cuando los teólogos no pueden ponerse de acuerdo, en sus disputas sobre religión, o acerca de los principios de sus creencias, terminan reclamando los principios del derecho y de la ley natural, cuyo olvido, dicen ellos, causado por la depravación de los hombres, puso a Dios en la precisión de enviar profetas en ciertas épocas para anunciar nuevas leyes.

Pero sobre la irregularidad de atribuir a Dios la formación de leyes de circunstancias, resulta también de este supuesto, que estas leyes accidentales son inútiles, así que los hombres poseen la ley primitiva y natural, por medio de la virtud y la instrucción.

P. Si esta ley natural dimana, como tu dices, de Dios, ¿enseña la existencia del ser supremo?

R. sí, positivamente: porque para todo hombre que observa con reflexión el espectáculo admirable del universo, cuanto mas medita sobre las propiedades y los atributos de cada ser, sobre el orden admirable y la armonía de sus movimientos, mas demostraciones tiene de que existe un agente supremo, un motor universal e idéntico, designado con el nombre de Dios; y es tan cierto que la ley natural basta para elevarse al conocimiento de Dios, que todo lo que los hombres han pretendido conocer por

Medios extraños, se ha encontrado constantemente ridículo y absurdo, y se han visto a volver a las inmutables naciones de la razón natural.

P. ¿No es pues cierto que sean ateos los que siguen la ley natural?

R. No, no es cierto; al contrario, tiene ideas mas nobles mas positivas de la Divinidad que la mayor parte de los otros hombres; porque estos no la adulteran y degradan con la mezcla de todas las debilidades y pasiones de la humanidad.

P. ¿Cuál es el culto que le rinden?

R. Un culto enteramente de acción, la práctica y la observancia de todas las reglas que la suprema sabiduría ha impuesto el movimiento de cada ser; reglas que la suprema sabiduría ha impuesto al movimiento de cada ser; reglas eternas e inalterables, por medio de las cuales mantiene el orden y la armonía del universo, y que en sus relaciones con el hombre componen la ley natural.

P. ¿Se ha conocido antes de ahora la ley natural?

R. En todos tiempos se ha hablado de ella: la mayor parte de los legisladores han dicho que la tomaban por base de sus leyes; pero no han tenido de su totalidad sino ideas vagas.

P. ¿Porqué?

R. Porque, aunque sencilla en sus bases, forma en sus consecuencias y aplicaciones un todo complicado que exige el conocimiento de muchos hechos, y toda la sagacidad del raciocinio.

P. Y el instinto solo ¿no indica la ley natural?

R. No; porque el instinto no es sino un sentimiento ciego que conduce indistintamente hacia todo lo que halaga los sentidos.

P. ¿Por qué se dice pues que la ley natural está grabada en el corazón de todos los hombres?

R. Por dos razones: 1.ª porque se ha observado que hay actos y sentimientos comunes a todos los hombres, lo que proviene de su organización común; y 2.ª porque los primeros filósofos han creído que los hombres nacen con ideas ya formadas, lo que está demostrado ahora ser un error.

P. ¿Luego los filósofos se engañan?

R. Sin duda, así sucede.

P. ¿Por qué?

R. 1.º Porque son hombres; 2.º Porque los ignorantes llaman filósofos

A todos los que racionan bien o mal; y 3. ° Por que todos los que racionan sobre muchas cosas, y que racionan los primeros, están expuestos a engañarse.

P. ¿Si la ley natural no está escrita, no viene a ser por esto mismo una cosa arbitraria e ideal?

R. No, porque consiste toda entera en hechos cuya demostración puede renovarse sin cesar a los sentidos, y componer una ciencia tan cierta y exacta como la geometría y las matemáticas; y por esta misma razón la ley natural forma una ciencia exacta, que los hombres, nacidos en la ignorancia y viviendo distraídos, no la han conocido hasta nuestros días sino superficialmente.

CAPÍTULO III

PRINCIPIOS DE LA LEY NATURAL CON RESPECTO AL HOMBRE.

P. EXPLICAME los principios de la ley natural con respecto al hombre,

R. son muy sencillos, pues se reducen a un precepto fundamental y único.

P. ¿Cuál es este precepto?

R. La conservación de sí mismo.

P. Y qué, ¿la felicidad no es también un precepto de la ley natural?

R. Si, pero como la facilidad es un estado accidental que no tiene lugar sino en el desarrollo de las facultades del hombre y del sistema social, no es el fin inmediato y directo de la naturaleza: es, por decirlo así, su objeto de lujo, añadido al objeto fundamental y necesario de la conservación.

P. ¿Cómo ordena la naturaleza al hombre que se conserve?

R. Por medio de dos sensaciones poderosas e involuntarias, que ha unido como dos guías, como dos ángeles custodios a todas sus acciones: la una es la sensación del dolor, por la cual le advierte y desvía de todo lo que tiende a destruirle; la otra es la sensación del placer, por la cual le atrae y le conduce a todo lo que tiende a conservar y desenvolver su existencia.

P. ¿El placer no es pues un mal, un pecado, como lo pretenden los casuistas (1)?

(1) Llámense casuistas aquellos teólogos que, por medio de un grande estudio de los deberes del hombre y del cristiano, se hallan en estado de apreciar la gravedad de las faltas o pecados que se someten, y de fijar el modo de repararlos para sean perdonados, según su creencia.

R. No; no lo es sino en tanto que pueda destruir la vida y la salud que nos vienen de Dios, según lo confiesan estos mismos casuistas.

P. ¿Es el placer el objeto principal de nuestra existencia, como lo han dicho algunos filósofos?

R. No; no lo es, como tampoco lo es el dolor; el placer es tan solo un estímulo para vivir, como el dolor es una repugnancia de morir.

P. ¿Cómo se probará esta aserción?

R. Por dos hechos palpables; el uno, porque el placer, si se toma mas allá de lo necesario, conduce a la destrucción; por ejemplo, un hombre que abusa del placer de comer o de beber ataca su salud y daña a su vida; el otro, porque el dolor conduce algunas veces a la conservación: por ejemplo, un hombre que se hace cortar un miembro gangrenado sufre gustoso el dolor, porque es preferible la pérdida de un miembro a la pérdida de la vida.

P. ¿Pero esto mismo no prueba que nuestras sensaciones pueden engañarnos sobre el fin de nuestra conservación?

R. Si, pueden hacerlo, pero momentáneamente.

P. ¿Cómo nos engañan nuestras sensaciones?

R. De dos maneras; por ignorancia, o por pasión.

P. ¿Cuándo nos engañan por ignorancia?

R. Cuando obramos sin conocer la acción y el efecto de los objetos sobre nuestros sentidos: por ejemplo, cuando un hombre toca ortigas sin conocer su acción punzante, o cuando masca opio cuya calidad de adormecer ignora.

P. ¿Cuándo nos engañan por pasión?

R. Cuando, conociendo la acción nociva de los objetos, nos entregamos sin embargo a los impulsos de nuestros deseos y apetitos; por ejemplo, cuando un hombre que sabe que el vino embriaga, bebe sin embargo con exceso.

P. ¿Y que resulta de esto?

R. Resulta que la ignorancia en que nacemos, y que los apetitos desarreglados a que nos entregamos son contrarios a nuestra conservación; y que por consiguiente, la instrucción de nuestro espíritu y la moderación de nuestras pasiones son dos deberes, dos leyes que se derivan inmediatamente de la primera ley de la conservación.

P. pero, si nacemos ignorantes, ¿la ignorancia no es por sí misma una ley natural?

R. no por cierto, como tampoco lo es la de quedarnos siempre niños, desnudos y débiles. Lejos de ser para el hombre una ley de la naturaleza, la ignorancia es un obstáculo para la práctica de todas sus leyes. Es el verdadero pecado original.

P. ¿Por qué pues se han hallado algunos moralistas que la han mirado como una virtud y una perfección?

R. Porque por rarezas del espíritu o por misantropía, han confundido el abuso de los conocimientos con los conocimientos mismos: como si porque los hombres abusen de la palabra, fuese menester cortarles la lengua; o como si la perfección y la virtud consistiesen en la nulidad, y no en el desarrollo y el bien uso de nuestras facultades.

P. ¿La instrucción es por lo tanto absolutamente necesaria a la existencia del hombre?

R. Sí, y de tal modo necesaria, que sin ella se ve a cada instante herido y molestado por los seres que le rodean; porque, si no conoce los efectos del fuego, se quema; los del agua, se ahoga; los del opio, se envenena; si en estado salvaje no conoce las estratagemas de los animales y el arte de la caza, perece de hambre; si en el estado social no conoce la marcha de las estaciones, no puede labrar la tierra ni alimentarse; y del mismo modo en todas las demás acciones y necesidades que contribuyen a su conservación.

P. ¿Pero el hombre aislado puede procurarse estas nociones necesarias a su existencia y al desarrollo de sus facultades?

R. No; no puede sino con el auxilio de sus semejantes que viven en sociedad.

P. ¿Y qué, la sociedad no es para el hombre un estado contra la naturaleza?

R. No: es por el contrario una necesidad, una ley que la naturaleza impone por el hecho mismo de su organización; 1. ° porque la naturaleza ha constituido de tal modo el ser humano, que no puede ver a su semejante del otro sexo, sin experimentar emoción y un atractivo cuyas consecuencias le conducen a vivir reunido en familia, la cual es ya un estado de sociedad; 2. ° porque al formarle sensible, le ha organizado de modo que las sensaciones de los otros vuelven sobre él mismo, y excitan sentimientos comunes

De placer o de dolor, que son una atractivo y un lazo indisoluble de la sociedad; y 3. ° En fin, porque el estado de sociedad, fundado sobre las necesidades del hombre, no es sino en medio de mas para llenar la ley de su conservación: y decir que este estado esta fuera de la naturaleza, porque es mas perfecto, es lo mismo que decir que una fruta amarga y bravía de los bosques no es el producto de la naturaleza, porque se ha vuelto dulce y deliciosa en los jardines en que se ha cultivado.

P. ¿Por qué pues algunos filósofos han llamado la vida salvaje el estado de perfección?

R. Porque, como lo ha dicho antes, el vulgo ha muchas veces dado el nombre de filósofos a ciertos espíritus extravagantes, que por apatía, por vanidad ofendida, o por hastío de los vicios de la sociedad, han formado del estado salvaje una idea quimérica y contradictoria a su mismo sistema del hombre perfecto.

P. ¿Cuál es el verdadero sentido de la palabra filosofía?

R. La palabra griega filósofo significa amante de la sabiduría: y como la sabiduría consiste en la práctica de las leyes naturales, el verdadero filósofo es el que conoce estas leyes con extensión y exactitud, y que arregla a ellas toda su conducta.

P. ¿Qué es el hombre en el estado salvaje?

R. Un animal torpe, ignorante; una bestia perversa y feroz, semejante a los osos y los orangutanes.

P. ¿Es dichosos en este estado?

R. No: porque no tiene sino las sensaciones del momento; y estas sensaciones son habitualmente las de unas necesidades violentas que no puede satisfacer, puesto que es ignorante por naturaleza, y débil por su aislamiento.

P. ¿Es libre?

R. No; es el mas esclavo de los seres, porque su vida depende de todo lo que rodea: no es libre de comer cuando tiene hambre, de descansar cuando está fatigado, de calentarse cuando tiene frío; a cada instante corre riesgo de perecer: por lo tanto, la naturaleza no ha presentado sino por casualidad semejantes individuos; y se ve que todos los esfuerzos de la especie humana desde su origen, se han dirigido a salir de este estado violento, por la necesidad apremiante de su conservación.

P. Pero esta necesidad de conservarse ¿no produce acaso en los individuos

El egoísmo, es decir, el amor de si mismo? ¿Y el egoísmo no es contrario al estado social?

R. No: porque sí por egoísmo se entiende la inclinación a dañar a otro, ya entonces no es el amor de sí mismo, sino el aborrecimiento de los otros. El amor de sí mismo, tomado en su sentido verdadero, no solo no es contrario a la sociedad, sino que es el apoyo mas firme, por la necesidad de no dañar al otro, de miedo que el otro en despique no nos dañe a nosotros.

Así pues, la conservación del hombre y el desarrollo de las facultades dirigidas a este fin, son la verdadera ley de la naturaleza en la producción del género humano; y de este principio sencillo, pero fecundo, es de donde se derivan, al que se concretan, y por el que se miden todas las ideas del bien y del mal, del vicio y de la virtud, de lo justo y lo injusto, de la verdad o del error, de lo lícito y de lo ilícito, sobre que se funda la moral del hombre individuo y del hombre social.

CAPÍTULO IV.

BASES DE LA MORAL: DEL BIEN, DEL MAL, DEL PECADO, DEL DELITO, DEL VIELO Y DE LA VIRTUD.

P. ¿Qué es bien según la ley natural?

R. Es todo lo que tiende a conservar y perfeccionar al hombre.

P. ¿Qué es mal?

R. Todo lo que tiende a destruir y a deteriorar al hombre.

P. ¿Qué se entiende por mal y bien físico, por mal y bien moral?

R. Se entiende por esta palabra físico de todo lo que influye inmediatamente sobre el cuerpo. La salud es un bien físico, la enfermedad es un mal físico. Por moral (1), se entiende aquello que no obra sino por medio de consecuencias mas o menos próximas. La calumnia es un mal moral; la buena reputación es un bien moral; porque la una y la otra ocasionan, respecto a nosotros, ciertas disposiciones y hábitos por parte de las otras personas, que son útiles o nocivas a nuestra conservación, y que atacan o favorecen nuestros medios de existencia.

P. ¿Todo lo que tiende a conservar y a producir es por consiguiente un bien?

R. Sí; y he aquí porque algunos legisladores han colocado, en el rango de las obras agradables a Dios, la cultura del campo, y la fecundidad de la mujer

(1) De la palabra latina mores (que significa hábitos acciones repetidas) es de donde viene la voz moral y toda su familia.

P. ¿Todo lo que tiende a dar la muerte es pues un mal?

R. Sí; y he aquí porque algunos legisladores han generalizado la idea del mal y del pecado hasta sobre el acto de matar los animales.

P. ¿El asesinato de un hombre es por consiguiente un delito en la ley natural?

R. Sí, y el mayor que puede cometerse, porque cualquier otro mal puede repararse, pero el de la muerte de un hombre es irreparable.

P. ¿Qué es pecado según la ley natural?

R. Todo lo que tiende a turbar el orden establecido por la naturaleza, para la conservación y la perfección del hombre y la sociedad.

P. ¿La intención puede ser un mérito o un delito?

R. No, porque no es mas que una idea sin realidad; pero es un principio del pecado y del mal, por la tendencia que da hacia la acción.

P. ¿Que es virtud según la ley natural?

R. La práctica de las acciones útiles al individuo y a la sociedad.

P. ¿Qué significa esta palabra individuo?

R. Significa un hombre considerado aisladamente de todos los demás.

P. ¿Qué se entiende por vicio según la ley natural?

R. Es la práctica de las acciones nocivas al individuo y a la sociedad.

P. ¿Y qué, la virtud y el vicio no tienen un objeto puramente espiritual y abstracto de los sentidos?

R. No; porque se refieren siempre a un objeto físico en último resultado, y este objeto es siempre el de destruir o conservar el cuerpo.

P. El vicio y la virtud ¿tienen diversos grados de fuerza y de intensidad?

R. Sí; según la importancia de las facultades que atacan o favorecen, y según el número de individuos en quienes estas facultades son favorables o perjudiciales.

P. Dame algunos ejemplos.

R. La acción de salvar la vida a un hombre es mas virtuosa que la de salvar sus bienes; la acción de salvar la vida de diez hombres es mas virtuosa que la de salvar la de uno solo; y la acción útil al género humano entero es mas virtuosa que la acción útil a una sola nación.

P. ¿Cómo prescribe la ley natural la práctica del bien y de la virtud, y prohíbe la del mal y del vicio?

R. Por las ventajas mismas que resultan, de la práctica del bien y de

La virtud para la conservación de nuestra existencia, de la práctica del mar y del vicio.

P. ¿Sus preceptos estriban pues en la acción?

R. Sí: estos son la acción misma considerada en su efecto presente y en sus consecuencias futuras.

P. ¿Cómo se distinguen las virtudes?

R. En tres clases: primera, virtudes individuales, o relativas al hombre solo; segunda, virtudes domésticas, o relativas a la familia; tercera, virtudes sociales, o relativas a la sociedad.

CAPÍTULO V.

DE LAS VIRTUDES Y DE LA SABIDURÍA.

P. ¿Cuáles son las virtudes individuales?

R. Las principales son cinco, a saber: primera, la sabiduría, que comprende la prudencia y el juicio;

2. ° La templanza, que comprende la sobriedad y la castidad;

3. ° El valor, o la fuerza del cuerpo y del alma.

4. ° La actividad, es decir, el amor al trabajo y al empleo del tiempo;

5. ° En fin, la limpieza, o pureza del cuerpo, tanto en los vestidos como en la habitación.

P. ¿Cómo prescribe la ley natural la sabiduría?

R. Por la razón de que el hombre que conoce las causas y los efectos de las cosas, provee de un modo cierto y completo a su conservación y al desarrollo de sus facultades. La sabiduría es para el hombre el ojo y la luz que le hacen discernir con exactitud y claridad todos los objetos en medio de los cuales se mueve; y he aquí porque se dice un hombre ilustrado para designar un hombre sabio e instruido. Con la ciencia y la instrucción se tienen sin cesar recursos y medios para subsistir; pero esto un filósofo que había naufragado decía en medio de sus compañeros, que se lamentaban de la pérdida de sus fondos: en cuanto a mí, llevo conmigo todos mis recursos.

P. ¿Cuál es el vicio contrario a la sabiduría?

R. La ignorancia.

P. ¿Cómo prohíbe la ley natural la ignorancia?

R. Por miedo de los graves perjuicios que se siguen de ella a nuestra existencia: porque el ignorante, que no conoce las causas ni los efectos, comete a cada instante los errores mas perniciosos a sí mismo y a los otros; es un ciego que marcha a tientas, y que a cada paso tropieza con las gentes.

P. ¿Qué diferencia hay entre un ignorante y un tonto?

R. La misma que entre un ciego de buena fe y otro que pretende ver con claridad: la tontería es la realidad de la ignorancia, con el aditamento de la vanidad del saber.

P. ¿La ignorancia y la tontería son comunes?

R. Sí, muy comunes: son las enfermedades habituales y generales del género humano: hace tres mil años que un sabio decía (1): El número de los tontos es infinito, y el mundo no ha cambiado.

P. ¿Porqué?

R. Porque para ser instruido es menester mucho trabajo y mucho tiempo, y los hombres naciendo ignorantes y temiendo fatigarse con la aplicación al estudio, encuentran mas cómodo quedar ciegos y tener pretensiones de ver con claridad.

P. ¿Qué diferencia hay entre el hombre sabio y el discreto?

R. el sabio conoce, y el discreto practica.

P. ¿Qué es prudencia?

R. Es la vista anticipada, la previsión de los efectos y de las consecuencias de cada cosa; previsión, por medio del cual evita el hombre los peligros que le amenazan, o suscita y aprovecha las ocasiones que le son favorables: de donde resulta que provee a su conservación, para lo presente y lo venidero, de un modo extenso y seguro; al paso que el imprudente que no calcula sus pasos, no su conducta, ni los esfuerzos, ni las resistencias, cae a cada instante en mil abrazos, en mil peligros que destruyen mas o menos lentamente sus facultades y su existencia.

P. ¿Cuándo el Evangelio llama bienaventurados a los pobres de espíritu, habla acaso de los ignorantes y de los imprudentes?

R. No; porque al mismo tiempo que aconseja tener la sencillez de las palomas, añade que se tenga la prudente sagacidad de las serpientes. Por sencillez de espíritu, debe entenderse la rectitud; y la doctrina del Evangelio en este punto no es otra sino la de la naturaleza.

CAPÍTULO VI.

DE LA TEMPLANZA.

P. ¿Qué es la templanza?

R. Es un uso arreglado de nuestras facultades, que hace que no nos excedamos jamás en nuestras sensaciones del fin de la naturaleza en conservarnos; es la moderación de las pasiones.

P. ¿Cuál es el vicio contrario a la templanza?

R. Es el desarreglo de las pasiones, el ansia de todos los goces, en una palabra, la concupiscencia.

P. ¿Cuáles son las ramas principales de la templanza?

R. Son la sobriedad, la continencia o la castidad.

P. ¿Por qué prescribe la ley natural la sobriedad?

R. Por su influjo poderoso sobre nuestra salud, el hombre sobrio digiere con facilidad, y no se agobiado por el peso de los alimentos; sus ideas son claras y prontas; desempeña bien todas sus funciones; se dedica con inteligencia a sus negocios, envejece libre de enfermedades; no malgasta su dinero en remedios, y goza con gusto de los bienes que la suerte y su prudencia le han procurado. De este modo saca la naturaleza generosa mil recompensas de una sola virtud.

P. ¿Por qué prohíbe la glotonería?

R. Por los males innumerables que se siguen de ella. El glotón, sobrecargado de alimentos, digiere con dificultad: su cabeza turbada por los vapores de la digestión no concibe ideas despejadas y claras; se entrega con violencia a los movimientos desarreglados de la lujuria y de la cólera que dañan a su salud: su cuerpo engorda y se hace pesado e impropio para el trabajo; experimenta enfermedades agudas y dispendiosas; rara vez llega a viejo, y su vejez está llena de disgustos y de enfermedades.

P. ¿Deben considerarse la abstinencia y el ayuno como acciones virtuosas?

R. Sí, cuando se ha comido demasiado; porque entonces la abstinencia y el ayuno son remedios eficaces y sencillos, pero cuando el cuerpo tiene necesidad de alimentos, rehusárselos y dejarle sufrir la sed o el hambre, es un delirio, y un verdadero pecado contra la ley natural.

P. ¿Cómo considera esta ley la embriaguez?

R. Como el vicio mas vil y mas perniciosos. El borracho, privado de sentido de la razón que Dios nos ha dado, profana el beneficio de la Divinidad, y se envilece descendiendo a la condición de los brutos: incapaz de guiar ni aun sus mismos pasos, tiembla y cae como epiléptico; se hiere y aun puede matarse; su debilidad en este estado le hace el juguete y el escarnio de todos los que rodean; contrae en su embriaguez empeños ruinosos, y trastorna sus negocios; se le escapan proposiciones ultrajantes que le suscitan enemigos y arrepentimientos; llena su casa de turbación y de penas, ya acaba con una muerte precoz, o con una vejez cacoquímica.

P. ¿La ley natural prohíbe absolutamente el uso del vino? Fácil y pronto para el vulgo

R. No: prohíbe solamente su abuso; pero como del uso al abuso es el tránsito fácil y pronto para el vulgo, tal vez los legisladores que han proscrito el uso del vino han hecho un servicio a la humanidad.

P. ¿La ley natural prohíbe el uso de ciertas carnes, de ciertos vegetales, en ciertos días y ciertas estaciones?

R. No; solo prohíbe absolutamente lo que daña a la salud; sus preceptos varían sobre este punto como las personas, y constituyen además una ciencia muy delicada y muy importante; porque la calidad, la cantidad, la combinación de los alimentos tienen el mayor influjo, no solo sobre los afectos momentáneos del alma, sino aún sobre las disposiciones habituales. Un hombre no es lo mismo en ayunas que después de comer, aun cuando fuese sobrio. Un vaso de licor, una taza de café dan diversos grados

de viveza, de movilidad, de disposición a la cólera, a la tristeza o a la alegría: tal alimento, porque pesa en el estómago, hace morosos, y produce disgusto; y otro, porque se digiere bien, de alegría, disposición a hacer bien, y el amor. El uso de los vegetales, porque nutren poco, da debilidad al cuerpo, y le dispone al reposo, a la pereza y la dulzura; el uso de las carnes, porque nutren mucho, y de los licores, porque estimulan los nervios, da vigor, inquietud y audacia. Por consecuencia, de la frecuencia del uso de los alimentos resultan hábitos de constitución y de órganos, que forman luego los temperamentos marcados cada uno con su carácter. Y he aquí, porque, con especialidad en los países cálidos, han instituido los legisladores leyes sobre el régimen que debe seguirse. Experiencias muy repetidas habían enseñado a los antiguos, que la ciencia dietética, o de alimentos, componía una gran parte de la ciencia moral; entre los Egipcios, entre los antiguos Persas, y aún entre los Griegos, y en el mismo areópago, no se trataban los negocios graves sino en ayunas, y se ha observado que entre los pueblos donde se delibera en el calor de las comidas o entre el vapor de la digestión, las deliberaciones son fogosas y turbulentas, y sus resultados frecuentemente irracionales y perturbadores.

CAPÍTULO VII.

DE LA CONTINENCIA.

P. ¿PRESCRIBE la ley natural la continencia?

R. Sí; porque la moderación en el uso de la mas viva de nuestras sensaciones es no solamente útil, sino indispensable al mantenimiento de las fuerzas y de la salud; y porque un cálculo sencillo prueba que por algunos minutos de privación, se proporcionan largos días de vigor de espíritu y de cuerpo.

P. ¿Por qué prohíbe la ley natural el libertinaje?

R. Por los males innumerables que resultan para la existencia física y moral del hombre. El que se entrega al libertinaje, se enerva y debilita; no puede aplicarse a sus estudios, ni a sus labores; contrae hábitos ociosos y dispendiosos, que dan a su crédito y consideración pública, y originan el desarreglo de sus intereses. Sus intrigas le originan mil dificultades, mil cuidados y querellas, y muchas veces pleitos escandalosos, sin contar las enfermedades graves y profundas, la perdida de sus fuerzas por un veneno interior y lento, la estupidez de su espíritu por la debilitación de su sistema nervioso, y en fin de la vejez prematura y enfermiza.

P. ¿La ley natural considera como virtud la castidad absoluta tan recomendada en las instituciones monásticas?

R. No; porque esta castidad no es útil ni a la sociedad en donde se verifica, ni al individuo que la profesa: al contrario, es nociva para ella y para

Él. Es nociva desde luego a la sociedad, porque la priva de la población, que es uno de sus medios principales de riqueza y de poder; y además los célibes, limitando todas sus miras y afectos al tiempo de su vida, tienen por lo general un egoísmo poco favorable a los intereses generales de la sociedad.

En segundo lugar, daña a los individuos que la practican, por la misma razón de despojarles de la multitud de afectos, y de relaciones que son el manantial de la mayor parte de las virtudes domésticas y sociales; y además sucede muchas veces, por motivos de edad, de régimen o de temperamento, que la continencia absoluta daña a la salud y causa graves enfermedades, porque contraría las leyes físicas en que la naturaleza ha fundado el sistema de la reproducción de los seres: y aquellos que alaban tan altamente la castidad, aún cuando supongamos que hablen de buena fe, están en contradicción con su propia doctrina, que consagra la ley de la naturaleza por el precepto tan conocido de creced y multiplicaos (1)

P. ¿Por qué se considera la castidad mas bien una virtud entre las mujeres que entre los hombres?

R. Porque la falta de castidad de parte de las mujeres tiene inconvenientes mucho mas graves y peligrosos para ellas y para la sociedad; porque sin contar los pesares y las enfermedades que son comunes a ellas y a los hombres, se hallan además expuestas a todas las incomodidades que preceden, acompañan y siguen el estado de maternidad cuyos riesgos corren. Que si este estado les proviene fuera del caso permitido por la ley, se hacen un objeto de escándalo y de desprecio público, y llenan de amargura y turbación el resto de su vida. Además de esto, quedan encargadas de los gastos de mantenimiento y educación de los hijos que no tienen padre; gastos que las empobrecen, y perjudican de todos modos a su existencia física y moral. En esta situación, privadas de la frescura y de la salud que son sus atractivos, llevando sobre sí una carga costosa y extraña, no son buscadas por los hombres, no encuentran establecimiento ni acomodo seguro, caen en la pobreza, en la degradación, y arrastran con la pena una vida desdichada.

P. ¿La ley natural descende hasta el escrúpulo de reprobear los deseos y los pensamientos en esta materia?

(1) Génesis, capítulo 8, versículo 17

R. Sí; porque en las leyes físicas del cuerpo humano, los pensamientos y los deseos encienden los sentidos y provocan muy luego las acciones: además, por otra ley de la naturaleza en la organización de nuestro cuerpo, estas acciones se convierten en una necesidad maquinal, que se repite por periodos de días o de semanas, de modo que a tal época se renueva la necesidad de tan acción, de tal secreción o desahogo; si esta acción, si este desahogo son nocivos a la salud, su hábito se vuelve destructivo para la vida misma. De aquí se sigue que los deseos y los pensamientos tienen una verdadera importancia natural.

P. ¿Debe considerarse el pudor como una virtud?

R. Sí; porque el pudor, en tanto que es la vergüenza de cometer ciertas acciones, mantiene el alma y el cuerpo en todas las costumbres útiles al buen orden y a la conservación de sí mismos. La mujer honesta es estimada, buscada, y colocada con ventajas de fortuna que aseguran su existencia y se la hacen agradable; al paso que la imprudente y la prostituta son despreciadas, desechadas y abandonadas a la miseria y al envilecimiento.

CAPÍTULO VIII.

DEL VALOR Y DE LA ACTIVIDAD.

P. ¿El valor, y la fuerza de cuerpo y de espíritu son virtudes en la ley natural?

R. Sí; y virtudes muy importantes, porque son medios eficaces e indispensables de proveer a nuestra conservación y a nuestro bienestar. El hombre valiente y fuerte repele la opresión, defiende su vida, su libertad, su propiedad, se procura, por medio de su trabajo, una subsistencia abundante y goza de ella con tranquilidad y paz del alma. En el caso que le ocurran desgracias de que su prudencia no haya podido precaverle, las soporta con firmeza y resignación; y he aquí porque los antiguos moralistas habían contado la fuerza y el valor en el número de las cuatro virtudes principales.

P. ¿Deben ser considerados como vicios la cobardía y la debilidad?

R. Sí; porque es positivo que llevan en sí mismas mil calamidades. El hombre débil o cobarde vive entre disgustos e inquietudes perpetuas: corroe su salud el miedo, las mas veces mal fundado, de ataques y peligros; y este terror, que es un mal, no es un remedio, pues le constituye esclavo de cualquiera que desea oprimirle; y por el envilecimiento de todas sus facultades, degrada y deteriora sus medios de existencia, hasta ver desprender su vida de la voluntad y el capricho de otro hombre.

P. ¿Pero, según lo que se ha dicho del influjo de los alimentos, el valor y la fuerza, así como otras virtudes, no son en gran parte efecto de nuestra constitución física, y de nuestro temperamento?

R. Sí, lo son; y hasta tal punto que estas cualidades se transmiten por la generación y la sangre, con los elementos de que depende: los hechos mas repetidos y mas constantes prueban en que las castas de los animales de toda especie, se ven ciertas cualidades físicas y morales inherentes a todos los individuos de estas castas, que creen o disminuyen según las combinaciones y mezclas que hacen con otras castas.

P. Pero, supuesto que nuestra voluntad no basta para procurarnos estas cualidades, ¿es un delito estar privado de ellas?

R. No, no es un delito, es una desgracia; es lo que los antiguos llamaban una fatalidad funesta; pero aun entonces mimos depende de nosotros adquirirlas: porque desde el momento en que nosotros conocemos sobre que elementos físicos se funda tal o cual cualidad, podemos preparar su regeneración, y excitar su desarrollo por un uso hábil y oportuno de estos elementos; y he aquí lo que hace la ciencia de la educación, la cual, según se dirige, perfecciona o deteriora los individuos o las castas, hasta el extremo de cambiar totalmente su naturaleza y sus inclinaciones; y esto es lo que hace tan importante el conocimiento de las leyes naturales, mediante las cuales se hacen con tal exactitud y necesidad estas operaciones y estos cambios.

P. ¿Por qué dices que la actividad es una virtud según la ley natural?

R. Porque el hombre que trabaja y emplea últimamente su tiempo, saca de ello mil ventajas preciosas para su existencia. Si ha nacido pobre, su trabajo provee a su subsistencia; y si a mas de esto es sobrio, casto y prudente, adquiere luego comodidades, y goza de las dulzuras de la vida, su mismo trabajo le da estas virtudes; porque mientras ocupa su espíritu y su cuerpo, no se ve acometido de deseos desarreglados, no se fastidia de la vida, contrae hábitos dulces, aumenta sus fuerzas y su salud, y llega a una vejez pacífica y dichosa.

P. ¿Luego la pereza y la ociosidad son vicios según la ley natural?

R. Sí, y los mas perniciosos, porque conducen a todos los demás. La pereza y la ociosidad hacen al hombre ignorante; pierde hasta la ciencia que habían adquirido, y cae en todas las desgracias que acompañan la ignorancia y la necesidad. La pereza y la ociosidad hacen que el hombre devorado

De disgustos se entregue, para disiparlos, a todos los deseos de sus sentidos, que, tomando cada día mas imperio, le vuelven intemperante, glotón, lujurioso, enervado, cobarde, vil y despreciable. En fin, por consecuencia cierta de todos estos vicios, arruina su fortuna, consume su salud, y termina su vida en medio de las congojas, de las enfermedades y de la pobreza.

P. Al escucharte, no parece sino que la pobreza es también un vicio.

R. No, no es un vicio; pero tampoco es una virtud, porque está mas cerca de dañar que de ser útil: es comúnmente el resultado del vicio, y su principio; porque todos los vicios individuales producen el efecto de conducir a la indigencia, y a la privación de las necesidades de la vida; y cuando un hombre no tiene lo necesario, se halla mas próximo de procurárselo por medios viciosos, es decir, nocivos a la sociedad. Todas las virtudes individuales, al contrario, tienden a proporcionar al hombre una subsistencia abundante; y cuando tiene mas de lo que consume, le es mucho más fácil da a los otros, y practicar acciones útiles a la sociedad.

P. Pues qué, ¿Consideras acaso la riqueza como una virtud?

R. No; pero tampoco es un vicio. El uso solo de ella es el que puede llamarse virtuoso o viciosos, según que es útil o nocivo al hombre y a la sociedad. La riqueza es un instrumento cuyo uso y aplicación constituyen la virtud o el vicio que puede haber en ella.

CAPÍTULO VIII.

DE LA LIMPIEZA.

P. ¿Por qué cuentas la limpieza en el número de los virtudes?

R. Porque es realmente una de las mas importantes, puesto que influye poderosamente en la salud del cuerpo y su conservación. La limpieza, tanto en los vestidos como en la casa, impide los efectos perniciosos de la humedad, de los malos olores, de los miasmas contagiosos que se elevan de todas las cosas abandonadas a la putrefacción: la limpieza mantiene la libre transpiración, renueva el aire; refresca la sangre, e introduce la alegría hasta en el espíritu. Así se ve que las personas que cuidan de la limpieza de su cuerpo y de su habitación, están por lo general mas sanas y menos expuestas a enfermedades, que las que viven en medio de la inmundicia y de la porquería; también se ha observado que la limpieza trae consigo, en todo el régimen doméstico, los hábitos del orden y arreglo, que son uno de los primeros medios y de los primeros elementos de la felicidad.

P. ¿La falta de limpieza, o el desaseo, es un vicio verdadero?

R. Sí, tan positivo como la embriaguez, o la ociosidad, de que deriva en gran parte. El desaseo es la causa secundaria, y muchas veces la primitiva, de una multitud de incomodidades y aun de males graves: está probado, según la ciencia médica, que engendra los empeines, la sarna

La tiña, la lepra, lo mismo que los engendran los alimentos corrompidos y acres; que promueve las influencias contagiosas de la peste y de las fiebres malignas; que las suscita en las cárceles y los hospitales; que ocasiona reumatismos, encontrando la piel cubierta de porquería oponiéndose a la transpiración; sin contar la vergonzosa incomodidad de verse devorado por los insectos hediondos que son consiguientes a este estado de inmundicia, de miseria y de degradación.

Por todo lo cual, la mayor parte de los legisladores antiguos hicieron de la limpieza, bajo el nombre de pureza, uno de los dogmas esenciales de sus religiones: he aquí por que arrojaban de la sociedad, y aun castigaban corporalmente a los que se dejaban atacar por las enfermedades que engendra el desaseo; por que habían establecido y consagrado ceremonias de abluciones, baños, bautismos y purificaciones, hasta por medio del fuego y aun de sahumerios aromáticos de incienso, mirra, o benjuí, etc., de modo que todo ese sistema de las manchas del pecado, todos esos ritos de las cosas inmundas, degenerados posteriormente en abusos, errores, y preocupaciones, no estaban fundados al principio, sino sobre la observación juiciosa que los hombres sabios e instruidos habían hecho del grande influjo que el aseo del cuerpo, de los vestidos y de la habitación, ejercía sobre la salud, y por una consecuencia inmediata, sobre el espíritu y las facultades morales.

Así, pues, todas las virtudes morales tienen por fin mas o menos directo, mas o menos inmediato, la conservación del hombre que las practica; y por la conservación de cada hombre, se extienden a la de la familia y de la sociedad, que se compone de la suma reunida de los individuos

CAPÍTULO IX.

DE LAS VIRTUDES DOMÉSTICAS.

P. ¿Qué debe entenderse por virtudes domésticas?

R. Entiendo que son la práctica de las acciones útiles a la familia que vive reunida en una misma casa (1)

P. ¿Cuáles son estas virtudes?

R. Son la economía, el amor paterno, el amor conyugal, el amor filial, el amor fraternal, y el cumplimiento de los deberes de amo y de criado.

P. ¿Qué es economía?

R. Es, según el sentido mas lato de la palabra (2), la buena administración de todo lo que concierne a la existencia de la casa: y como la subsistencia tiene en ella el primer lugar, se ha contraído, especialmente la palabra economía al empleo del dinero en los objetos de las primeras necesidades de la vida.

P. ¿Por qué la economía es una virtud?

R. Porque el hombre que no hace ningún gasto útil se encuentra con un sobrante que es lo que constituye su verdadera riqueza, y por medio del cual se proporciona a él y a su familia todo lo que es verdaderamente cómodo y útil; sin contar que por este medio se asegura algunos recursos contra las pérdidas accidentales e imprevistas, de suerte que él y su familia viven en una dulce comodidad, que es la base de la felicidad humana.

P. ¿La disipación y la prodigalidad son por consiguiente vicios?

r. Sí; porque a causa de ellas el hombre acaba por verse privado de lo necesario; cae en la pobreza, la miseria y el envilecimiento; y sus amigos mismos temen verse obligados a restituirle lo que ha gastado con ellos o por ellos, le huyen como el deudor huye a su acreedor, y queda abandonado de todo el mundo.

P. ¿Qué es el amor paternal?

R. Es el cuidado continuo que tienen los padres, de hacer contraer a sus hijos el hábito de todas las acciones útiles a ellos mismos y la sociedad.

P. ¿Por qué es una virtud la ternura paternal?

R. Porque los padres que educan a sus hijos en estos hábitos se proporcionan durante el curso de su vida unos goces y auxilios que se hacen sentir a cada instante, y que aseguran a su vejez los apoyos y consuelos oportunos contra las necesidades y las miserias de todo género que agobian esta edad.

P. ¿El amor paterno es una virtud común?

R. No; pues a pesar de que todos los padres hacen alarde de él, no aman a sus hijos, sino que les acarician y les echan a perder; lo que aman en ellos, es el que sean los agentes de su voluntad, los instrumentos de su poder, los trofeos de su vanidad, los juguetes de su ociosidad; no es tanto la utilidad de los hijos lo que se proponen, como su sumisión, su obediencia, y si entre los hijos se hallan tantos beneficios ingratos, es porque entre los padres hay otros tantos beneficiados ingratos, es porque entre los padres hay otros tantos bienhechores déspotas e ignorantes.

P. ¿Por qué dices que el amor conyugal es una virtud?

R. Porque la concordia y la unión que resultan del amor de los esposos establecen en el seno de la familia una multitud de hábitos útiles a su prosperidad y su conservación. Los esposos unidos aman su casa, y salen muy poco de ella, vigilan todos sus pormenores y su administración; se aplican a la educación de sus hijos; mantienen el respeto y la fidelidad en los criados; impiden todo desorden y disipación; y por efecto de esta buena conducta viven en medio de las comodidades y de la consideración, al paso que los esposos que no se aman llenan su casa de querellas y de turbaciones, suscitan la guerra entre los hijos y entre los criados, abandonan los unos y los otros a todo género de costumbres viciosas; cada uno por su parte oculta, disipa y roba los bienes de la casa; las rentas se absorben sin

Fruto; las deudas sobreviven; los esposos descontentos se huyen y se promueven litigios, y toda esta familia se abisma en el desorden, en la ruina, en el envilecimiento, y en la miseria.

P. ¿El adulterio es un delito en la ley natural?

R. Sí; porque lleva consigo una multitud de costumbres dañosas a los esposos y la familia. La mujer o el marido, prendados de un afecto extraño, descuidan su casa, la huyen, distrayendo de ella, cuanto pueden, sus rentas APRA gastarlas con el objeto de su amor: de aquí se siguen las querellas, los escándalos, los pleitos, el desprecio de los hijos y de los criados, la dilapidación, y la ruina total de la casa: sin contar que la mujer adúltera comete un robo muy grave, dando a su marido herederos de una sangre extraña, que frustran de su legítima parte a los hijos verdaderos);(1).

P. ¿Qué es el amor filial?

R. Es, de parte de los hijos, la práctica de las acciones útiles a ellos mismos y a sus padres.

P. ¿Por qué prescribe la ley natural el amor filial?

R. Por tres motivos principales: 1. ° por sentimiento, porque el cuidado afectuosos de los padres inspira desde la mas tierna edad los dulces hábitos de adhesión; 2. ° por justicia, porque los hijos deben a sus padres la retribución del cuidado y aún del dispendio que les han causado; y 3. ° por interés personal, porque, si los tratan mal, dan a sus propios hijos ejemplos de insubordinación y de ingratitud, que les autorizan a imitarlos con el tiempo.

P. ¿Debe entenderse por amor filiar una sumisión pasiva y ciega?

R. No, sino una sumisión razonable y fundada en el conocimiento de los derechos y los deberes mutuos de los padres y los hijos; derechos y deberes sin cuya observancia su conducta recíproca no es sino un manantial de desorden.

P. ¿Porqué es una virtud también el amor fraternal?

R. Porque la concordia y la unión que resultan del amor de los hermanos, establecen la fuerza, la seguridad, y la conservación de la familia;

- (1) El principio verdadero de considerar el adulterio como contrario a la ley natural, tiene el mismo origen que el derecho de propiedad de que se habla en el artículo siguiente; y así como es un delito usurpar un bien ajeno, lo es disfrutar de un hombre una mujer sobre la cual no se haya adquirido el derecho de propiedad legalmente.

Los hermanos unidos se defienden mutuamente de toda opresión, se ayudan en sus necesidades, se socorren en sus infortunios, y aseguran así su común existencia; al paso que los hermanos desunidos, abandonados cada uno de ellos a sus fuerzas personales, caen en todos los inconvenientes del aislamiento y la debilidad individual. Esto es lo que manifestaba ingeniosamente aquel rey Seyta, cuando habiendo llamado a sus hijos al tiempo de morir, les mandó romper un haz de flechas: los jóvenes, aunque robustos, no pudieron romperle: entonces tomó el haz, y habiéndole desatado, rompió con las puntas de los dedos cada flecha de por sí. <<He aquí, les dijo, los efectos de la unión; reunidos en un haz, seréis invencibles: tomados separadamente, seréis rotos como cañas. >>

P. ¿Cuáles son los deberes recíprocos de los amos y los criados?

R. La práctica de las acciones que les son respectiva y justamente útiles; y aquí es donde comienzan las relaciones de la sociedad: porque la regla y la medida de sus acciones respectivas es el equilibrio o la igualdad entre el servicio y la recompensa, entre lo que el uno presta y lo que el otro da; lo cual constituye la base fundamental de toda sociedad.

Por lo tanto, todas las virtudes domésticas o individuales tienen una relación mas o menos inmediata, pero siempre con determinación, al objeto físico del mejoramiento y de la conservación del hombre, y vienen a ser por ella los preceptos que resultan de la ley fundamental de la naturaleza en su formación.

CAPÍTULO X.

DE LAS VIRTUDES SOCIALES.

P. ¿QUÉ es sociedad?

R. Es toda reunión de hombres que viven juntos bajo las condiciones de un contrato expreso o tácito que tiene por objeto su conservación común.

P. ¿Las virtudes sociales son muy numerosas?

R. Sí: pueden contarse tantas como hay especies de acciones útiles a la sociedad; pero todas se reducen a un principio solo,

P. ¿Cuál es este principio fundamental?

R. Es la justicia, la cual comprende en sí sola todas las virtudes de la sociedad.

P. ¿Por qué dices que la justicia es la virtud fundamental y casi única de la sociedad?

R. Porque ella sola abraza la práctica de todas las acciones que le son útiles; y todas las demás virtudes bajo los nombres de caridad, humanidad, probidad, amor a la patria, sinceridad, generosidad, moderación de costumbres y de modestia, no son sino formas variadas, o aplicaciones diversas de este axioma. << No hagas a otro lo que no quieras que él te haga (1), que es la definición de justicia.

- (1) Lo mismo que esto dice el segundo precepto del Decálogo: << Amar al prójimo como a ti mismo, >> que con el primero de << Amar a Dios sobre todas las cosas, >> comprenden toda la moral de los Cristianos y de todas las religiones, que fundan sus preceptos en la caridad, la beneficencia y el amor recíproco, únicas fuentes de felicidad humana.

P. ¿Cómo prescribe la ley natural la justicia?

R. Por tres atributos físicos, inherentes a la organización del hombre.

P. ¿Cuáles son estos atributos?

R. La igualdad, la libertad y la propiedad.

P. ¿Porqué es la igualdad un atributo físico del hombre?

R. Porque todos los hombres teniendo igualmente ojos, manos, boca, rejas, y la necesidad de servirse de ellas para vivir, tienen por lo mismo un derecho igual a la vida y al uso de los elementos que la mantienen: en fin son iguales delante de Dios.

P. ¿Pretendes por esto que todos los hombres oigan igualmente, vean lo mismo, sientan del propio modo, tengan necesidades iguales, y pasiones semejantes?

R. No: porque es evidente que el uno tiene la vista corta, y el otro larga; que uno come mucho, y otro poco; que uno tiene pasiones suaves, y otro violentas; en una palabra, que uno es débil de cuerpo y de espíritu, en tanto que el otro es mas fuerte.

P. ¿Luego son realmente desiguales?

R. Sí, en el desarrollo y la aplicación de sus medios, mas no en la naturaleza y la esencia de ellos; es una misma tela, cuyas dimensiones no son iguales, como tampoco su peso ni su valor. Nuestra lengua no tiene una frase propia para expresar a un tiempo la identidad de la naturaleza, y la diversidad de la forma y de uso. Es una igualdad proporcional; y he aquí porque he dicho iguales ante Dios y en el orden de la naturaleza.

P. ¿Cómo viene a ser la libertad un atributo físico del hombre?

R. Porque todos los hombres teniendo sentidos suficientes para su conservación, y no teniendo ninguna necesidad del ojo de otro para ver, de su oído para oír, de su boca para comer, ni de sus pies para andar, son todos ellos, por este mismo hecho, constituidos naturalmente libres e independientes; y ninguno está necesariamente sometido a otro, ni tiene derecho a dominarle.

P. ¿Pero, si un hombre ha nacido fuerte, no tiene derecho de dominar al que ha nacido débil?

R. No; porque esto no es para él una necesidad, ni menos un convenio entre ellos: es una extensión abusiva de su fuerza; y en este caso se abusa

De la palabra derecho que en su sentido verdadero no puede designar sino justicia o facultad recíproca.

P. ¿Cómo puede ser la propiedad un atributo físico del hombre?

R. Por la razón de que hallándose todo hombre constituido igual o semejante a otro, y por consecuencia independiente y libre, cada uno es el dueño, el absoluto propietario de su cuerpo y de los productos de su trabajo.

P. ¿Porqué se deriva la justicia de estos tres atributos?

R. Porque siendo los hombres iguales y libres, no debiéndose nada, no tienen derecho de pedirse cosa alguna los unos a los otros, sino en tanto que aspiren a igualar los valores de sus cambios recíprocos; en tanto que la balanza de lo dado y recibido quede en equilibrio; y a esta igualdad y a este equilibrio es lo que se llama justicia, equidad (1); es decir, que igualdad y justicia son una misma palabra, una misma ley natural, cuyas virtudes sociales no son sino aplicaciones y consecuencias de ella.

(1) AEquitas aequilibrium, aequalitas, son todas frases de una misma familia.

CAPÍTULO XI.

EXPLICACIONES SOBRE LAS VIRTUDES SOCIALES.

P. EXPLÍCAME como se derivan de la ley natural las virtudes sociales; como la caridad o el amor al prójimo es un precepto o una aplicación de ella.

R. Por la razón de la igualdad y la reciprocidad; porque cuando dañamos a otro, le damos el derecho de dañarnos también; así que es atacando la existencia ajena, causamos un mal a la nuestra por efecto de la reciprocidad; al contrario, haciendo bien a los demás, tenemos motivo y derecho de esperar que se nos haga a nosotros; y tal es el carácter de todas las virtudes sociales, el de ser útiles al hombre que las practica, por el derecho de reciprocidad que le dan sobre aquellos a quienes han sido provechosas.

P. ¿Así pues, la caridad no es sino la justicia?

R. Efectivamente, la caridad es la justicia, con la sola diferencia de que la justicia se limita a decir: No hagas a otro el mal que no quieres que te hagan a ti; y la caridad y el amor al prójimo se extienden a decir: Haz a los otros el bien que tú quisieras recibir. Por lo mismo, cuando el Evangelio

Dice que este precepto encierra toda la ley y todos los profetas, no hace mas que anunciar el precepto de la ley natural.

P. ¿Prescribe esta ley el perdón de las injurias?

R. Sí, en tanto que este perdón se conforma con la conservación de nosotros mismos.

P. ¿Es de la ley natural el precepto de presentar el otro carrillo, cuando se ha recibido un bofetón?

R. No; es contrario al de amar al prójimo como a si mismo, pues que se le amaría mas que a uno propio, siendo así que ofende y ataca nuestra conservación. Un precepto semejante, tomado a la letra, incita al perverso a la opresión y a la injusticia; y la ley natural ha sido mas sabia, prescribiendo una medida calculada de valor y de moderación, que hace olvidar una primera injuria de indebilberación y prontitud, pero que castiga todo acto que tiende a la opresión.

P. ¿La ley natural manda hacer bien a otro sin cuenta ni media?

R. No; porque es nuestro medio cierto de conducirlo a la ingratitud. Es tal la fuerza del sentimiento de la justicia inherente al corazón de los hombres, que no se creen obligados por los bienes dados sin discreción. No hay otra medida Buena para ellos, sino la de ser justos.

P. ¿La limosna es una acción virtuosa?

R. Sí, cuando se hace según las reglas de la justicia, sin las cuales no es otra cosa sino una imprudencia y un vicio que fomenta la ociosidad, y es nociva al mismo mediante y a la sociedad: nadie tiene el derecho de gozar del bien y del trabajo ajeno, sin retribuir con un equivalente de su propio trabajo.

P. ¿La ley natural considera como virtudes la esperanza y la fe que se unen a la caridad?

R. No; porque estas son ideas sin realidad; y si resultan algunos efectos de ellas, son mas bien a favor o en beneficio de los que no tienen semejantes ideas, que de aquellos que las tienen; de modo, que pueden llamarse la fe y la esperanza las virtudes de los inocentes en provecho de los pícaros.

P. ¿Prescribe la ley natural la probidad?

R. Sí; porque la probidad no es sino el respeto fundado sobre un cálculo prudente y bien combinado de nuestros intereses comparados con los demás.

P. Pero este cálculo, que abraza intereses y derechos complicados en el estado social, ¿no exige luces y conocimientos que le hacen ser una ciencia difícil?

R. Sí, y una ciencia tanto mas delicada, cuanto que el hombre honrado decide o sentencia en su propia causa.

P. ¿La probidad viene a ser de este modo un signo de extensión y de exactitud en el espíritu?

R. Sí; porque casi siempre el hombre de bien desprecia un interés presente, a fin de no destruir el venidero; al paso que el malo hace todo lo contrario, y pierde un gran interés futuro por un pequeño interés presente.

P. ¿La falta de probidad es pues un signo de falsedad en el juicio y de cortedad de espíritu?

R. Sí; y puede decirse que los pícaros son unos calculadores ignorantes y necios, porque no entienden sus verdaderos intereses, y tienen presunción de ser avisados; pero por sus mañas no consiguen nunca sino ser conocidos por lo que son, y pierdan la confianza, la estimación, y todos los buenos servicios que resultan de estas para la existencia social y física. Ellos no viven en paz ni con los demás, ni consigo mismos; y amenazados sin cesar por su conciencia y sus enemigos, no gozan de otra felicidad verdadera, sino la de no ser ajusticiados.

P. ¿La ley natural prohíbe por consecuencia el robo?

R. Sí; porque el hombre que roba a otro le da derecho para robarle a él mismo; y entonces desaparecen todas las seguridades que deben tenerse en la propiedad y en los medios de conservarse, en fin, el que daña a otro se daña por consecuencia de rechazo a sí propio.

P. ¿Prohíbe también la ley natural el deseo de robar?

R. Sí; porque este deseo conduce naturalmente a la acción, y he aquí por qué se ha hecho un pecado de la envidia.

P. ¿Por qué prohíbe matar?

R. Por los mas poderosos motivos de la conservación de sí mismos; por que primeramente, el hombre que ataca se expone al riesgo de ser muerto, por el derecho natural de la defensa: en segundo lugar, si él mata, da a los parientes, a los amigos del muerto, y a toda la sociedad, un derecho igual de matarle a él mismo, y no vive ya seguro.

P. ¿Cómo puede repararse, según la ley natural, el mal que se ha hecho?

R. Haciendo un bien proporcional al daño causado.

P. ¿Es permitido reparar este mal por medio de oraciones, de votos, de ofrendas a Dios, de ayunos y de mortificaciones?

R. No; porque todas estas cosas son extrañas a la acción que quiere repararse; por ellas no se vuelve la vaca a quien había sido robada, ni el honor a quien le quitó, ni la vida a quien se privó de ella; por consiguiente no llenan al fin de la justicia, y solo son un contrato perverso, mediante el cual un hombre vende a otro un bien que no le pertenece: son una verdadera depravación de la moral, porque incitan a consumir todos los crímenes con la esperanza de expiarlos; y por esto han sido la causa verdadera de todos los males que han atormentado siempre a los pueblos entre los cuales se han practicado estas máximas expiatorias.

P. ¿Prescribe la ley natural la sinceridad?

R. Sí; porque la mentira, la perfidia, el perjurio, suscitan la desconfianza entre los hombres, los odios, las disputas, las venganzas, y una multitud de males que miran a su destrucción común: al paso que la sinceridad y la fidelidad establecen la confianza, la concordia, la paz, y los infinitos bienes que resultan para la sociedad de un estado semejante de cosas.

P. ¿Prescribe la dulzura y la modestia?

R. Sí; porque la altanería y la sequedad alejan de nosotros el corazón de los hombres, y les dan disposiciones para dañarnos: la vanidad y el orgullo hiriendo su amor propio y su envidia, nos hacen faltar al objeto una verdadera utilidad.

P. ¿Prescribe la ley natral la humildad como una virtud?

R. No; porque es propio del corazón humano despreciar secretamente todo aquello que le presente la idea de la debilidad, y el envilecimiento de sí mismo alienta en los otros el orgullo y la opresión: por lo cual es preciso tener la balanza en un equilibrio exacto.

P. Habiendo contado entre las virtudes sociales la moderación o sencillez de costumbres, deseo saber, ¿cómo debe entenderse esta palabra?

R. Entiendo que consiste en la disminución de las necesidades y en la limitación de los deseos a lo que es verdaderamente útil a la existencia del

Ciudadano y de la familia; es decir, que el hombre de costumbres sencillas tiene muy pocas necesidades, y vive contento con poco.

P. ¿Cómo se nos prescribe esta virtud?

R. Por medio de las grandes ventajas que proporciona su ejercicio al individuo y a la sociedad; porque el hombre que necesita poco, se liberta repentinamente de una multitud de cuidados, de trabas y de embarazos; evita una multitud de contestaciones y querellas que nacen de la codicia y del deseo de adquirir; se liberta de las inquietudes de la ambición y de los sentimientos de las pérdidas; hallando siempre cosas superfluas, es el verdadero rico; y contento con lo que tiene, es feliz a muy poca costa; los demás no temen su rivalidad, le dejan tranquilo, y se hallan dispuestos a servirle, si lo necesita. Si esta virtud de la moderación se extiende a todo un pueblo, se asegura por su medio la abundancia: rico de todo lo que consume, adquiere recursos inmensos de cambio y de comercio; trabaja, fabrica, vende a mejor precio que los otros, y logra todos los géneros de prosperidad dentro y fuera.

P. ¿Cuál es el vicio contrario a esta virtud?

R. La codicia y el lujo.

P. Y qué ¿ el lujo es un vicio para el individuo y la sociedad?

R. Sí; y a tal punto lo es, que puede decirse que abraza con él todos los demás; porque el hombre se crea la necesidad de muchas cosas, se impone por lo mismo trabas que incomoda, y se somete a todos los medios justos e injustos que cuesta su adquisición. Si tiene un goce, desea otro; y en medio de la superfluidad de todo, nunca es bastante rico; una casa cómoda no le basta, pues necesita un alojamiento suntuoso; no se contenta con una mesa abundante, sino que quiere manjares selectos y costosos; necesita muebles lujosos, vestidos magníficos, muchos criados, caballos, coches, mujeres, espectáculos y juego. Ahora bien, para atender a tantos gastos, necesita mucho dinero; y para procurárselo, todo medio le parece bueno y necesario; primero lo toma prestado, y después lo usurpa, lo roba, hace bancarrota, declara a todos la guerra, los arruina y es arruinado.

Si el lujo se aplica a una nación, produce en ella los mismos desastres: por la propia razón que consume todos sus productos, se encuentra pobre con la abundancia; nadie tiene que vender el extranjero, fabrica a precios muy altos, vende caro; se hace tributaria de todo lo que extrae de otros

Países; disminuye en lo exterior por su consideración, su poder, su fuerza, sus medios de defensa y de conservación, al paso que dentro de sí misma se arruina y cae en la disolución de todos sus miembros. Todos los ciudadanos, codiciando los gozos, se ponen en una violenta lucha para proporcionárselos; todos se dañan o están propensos a dañarse: y de aquí emanan acciones y hábitos de usurpación, que constituyen lo que se llama corrupción moral, guerra intestina de ciudadano a ciudadano. Del lujo nace la codicia; de la codicia la invasión por la violencia y mala fe; del lujo nace la iniquidad del juez, la venalidad del testigo, la falta de propiedad del esposo, la prostitución de la mujer, la dureza en los padres, la ingratitud en los hijos, la avaricia de amo, los fraudes de los criados, las dilapidaciones del administrador, la perversidad de los legisladores, la mentira, la perfidia, el perjurio, el asesinato, y todos los desordenes del estado social; de suerte, que lo antiguos moralistas colocaron, con un sentido profundo de verdad, la base de las virtudes sociales sobre la sencillez o moderación de las costumbres, la restricción de las necesidades, y el contentarse con poco; y puede tomarse por medida cierta de las virtudes o los vicios de un hombre, la medida de sus gastos proporcionados a sus haberes, y calcular sobre sus necesidades de dinero su probidad, su integridad en llenar sus promesas, su celo por la causa pública, y su amor sincero o falso por la patria.

P. ¿Qué debe entenderse por esta palabra patria?

R. Entiendo que es la comunión de los ciudadanos (1), que reunidos por sentimientos fraternales y necesidades recíprocas, hacen de sus fuerzas respectivas una fuerza común, cuya reacción sobre cada uno de ellos toma el carácter conservador y benéfico de paternidad. De la sociedad, forman los ciudadanos una especie de banco de interés: en la patria, forman una familia de dulces adhesiones; y viene a ser la caridad, el amor del prójimo aplicado a toda una nación. Y como la caridad no puede separarse de la justicia, ningún miembro de la familia puede aspirar al goce de sus ventajas, sino a proporción de sus trabajos; si consume mas de lo que produce, usurpa necesariamente lo que corresponde a otro; y solo cuando consume menos de lo que produce o de lo que posee, es cuando puede tener medios para hacer sacrificios y ser generoso.

(1) Comunión se toma aquí en el sentido absoluto y primitivo de participación de todos a una cosa común; unión de los ciudadanos bajo unas mismas leyes y principios; y comunión, asociación, comunidad, sociedad, comunicación, participación mutua.

P. ¿Qué se deduce de todo esto?

R. Que todas las virtudes sociales no son mas que el hábito de las acciones útiles a la sociedad y al individuo que las practica; que todas se contraen el objeto físico de la conservación del hombre:

Que la naturaleza, habiendo ingerido en nosotros la necesidad de esta conservación, nos obliga a todas sus consecuencias, y tiene por delito lo que se separa de ella:

Que llevamos con nosotros el germen de toda virtud y perfección:

Que no se trata de otra cosa sino de desenvolverlo:

Que no somos dichosos sino en tanto que observamos las reglas establecidas por la naturaleza, con el fin de nuestra conservación;

Y que toda sabiduría, toda perfección, toda ley, toda virtud y toda filosofía, consisten en la práctica de estos axiomas, fundados en nuestra propia organización:

Vive para tus mensajes, a fin de que ellos vivan para ti;

Consérvate; Modérate; Instrúyete; el último de los cuales pueden en parte practicar leyendo y meditando con detección el siguiente tratado sobre LA RAZÓN NATURAL.

LA

RAZÓN NATURAL

O

LA IDEAS NATURALES

OPUESTAS

A LAS SOBRENATURALES.

PREFACIO.

Hay en este mundo una ciencia que tiene por objeto cosas incomprensibles. Al contrario de todas las otras, no se ocupa mas que de los que nunca puede llegar a comprenderse.

En un país donde todo sigue leyes opuestas a las que los hombres están al alcance de comprender en el mundo que habitan: en esta región maravillosa, la luz es tinieblas; la evidencia se hace dudosa o falsa, lo imposible se hace creíble; la razón es una guía infiel, y el sentido común se cambia en delirio. Esta ciencia se llama Teología, y esta teología es un insulto continuo a la razón humana.

A fuerza de amontonar síes, peros, que se yo, puede ser, se ha llegado a formar un sistema informe y disparatado, que está en vías de turbar la razón de los hombres, hasta el extremo de haberles olvidar los conocimientos mas claros y de volver inciertas las verdades mas palpables; con la ayuda de esta jerigonza sistemática, la naturaleza entera se ha convertido para el hombre en un enigma indescifrable; el mundo visible ha desaparecido, para dejar luchar a regiones invisibles; la razón se ve forzada a ceder a la imaginación, que es la que está en posesión de guiar a los países quiméricos que ella sola ha inventado.

Cuando uno quiere examinar a sangre fría las opiniones de los hombres; se asombra al ver que en las mismas que miran como mas esenciales, nada es menos común que verlos hacer uso de la razón; es decir, de aquella dosis de juicio necesaria para conocer las verdades mas sencillas, despreciar

Los absurdos mas chocantes, y sorprendentes de contradicciones palpables: tenemos un ejemplo en la teología, ciencia venerada en todos tiempos y países por la mayoría de los hombres, objeto que miran como el más importante, útil, e indispensable a la felicidad

de las sociedades. En efecto, por poco trabajo que cualquiera se tome en averiguar a fondo los principios sobre que esta supuesta ciencia se apoya, se ve obligado a reconocer que los que juzgaba incontestables, no son sino suposiciones aventuradas, fingidas por la ignorancia, propagadas por el entusiasmo sobre la mala fe, adoptas por credulidad tímida, conservadas por la costumbre que nunca piensa, y respetadas únicamente porque no se entienden: unos, dice Montagne, hacen creer al mundo, que creen, lo que no creen; otros, en mayor número, se lo hacen creer a sí mismos, no sabiendo comprender siquiera que cosa es creer.

En una palabra, cualquiera que se digne consultar la razón acerca de las opiniones religiosas, y haga este examen con la atención que se presta comúnmente a los objetos que se juzgan interesantes, notará fácilmente que estas opiniones carecen de fundamento sólido: que toda religión es un edificio formado en el aire; que la teología no es mas que la ignorancia de las causas naturales, reducida a sistema; que no es sino un tejido de quimeras y contradicciones; que no presenta en ningún país de los diferentes pueblos de la tierra, sino cuentos faltos de verosimilitud, cuyo héroe es un tejido de cualidades imposibles de combinar, y que su nombre Dios, que excita en todos los corazones el respeto y el asombro, no es mas que una palabra vaga, que los hombres tienen siempre en la boca, sin poder atribuirle ideas, o cualidades que no sean desmentidas por los hechos, o que no se rehacen evidentemente unas a otras.

El conocimiento de Dios, de este ser sin idea, o por mejor decir, de la palabra bajo de la cual se le designa, sería una cosa indiferente, sino causase desgracias sin número sobre la tierra. Los hombres infatuados con la opinión de que este fantasma es una realidad muy interesante y necesaria para ellos mismos, en lugar de convenir sabiamente en su incompresibilidad, acerca de la cual están dispensados de pensar en él, que es menester meditar sin término, razonar sin fin, y no perderle jamás de vista; la ignorancia invencible en que están con respecto a esto, lejos de desengañarlos, no hace sino irritar su curiosidad: en lugar de inducirles desconfianza

Contra su imaginación, esta ignorancia misma los hace decisivos, dogmáticos, imperiosos, y los arrastra a chocar contra todos los que oponen alguna duda a los delirios que sus cabezas han producido.

¡Qué irresolución cuando se trata de resolver un problema insoluble! Meditaciones inquietas sobre un objeto difícil de comprender, y que por lo mismo se supone muy importante, no pueden causar mas efecto que poner al hombre de mal humor, y producir en su imaginación exaltaciones peligrosas. Por poco que el interés, la vanidad, y la ambición se junten a estas tristes disposiciones, es necesario que la sociedad se turbe precisamente. He aquí porque tantas naciones han sido continuamente teatro de las extravagancias y locuras de algunos delirantes insensatos, que predicando, o vendiendo sus especulaciones cavilosas por verdades eternas, han encendido el entusiasmo de los pueblos y de los príncipes, y los han armado unos contra otros por opiniones que les pintaban como muy esenciales a la gloria de la Divinidad, y a la felicidad de los imperios. Se ha visto mil veces en todas las partes de nuestro globo fanáticos alucinados degollarse unos a otros, encender hogueras, cometer sin crepúsculo y por deber los mas grandes crímenes, y hacer correr arroyos de sangre humana, y ¿para qué? Para dar valor, desmentir, mantener, o propagar las conjeturas impertinentes de algunos impostores sobre un ser que no existe sino en su imaginación, y que no se ha dado a conocer mas que por las devastaciones, disputas y locuras que ha causado sobre la tierra.

Oprimidos los hombres en extremo bajo el doble yugo del poder espiritual y temporal, los pueblos se hallaron en la imposibilidad de instruirse y de trabajar en su felicidad, porque, de la religión, la política y la moral, se hicieron santuarios en los cuales no fue permitido entrar a los profanos, y los hombres no tuvieron mal moral que aquella que sus legisladores y sacerdotes hicieron bajar de las regiones desconocidas del emperio. El espíritu humano confuso por sus opiniones teológicas, se desconoció a sí mismo, dudó de sus propias fuerzas, desconfió de la experiencia, temió la verdad, despreció la razón, y la dejó, por seguir ciegamente a la autoridad. El hombre fue una máquina en las manos de sus tiranos y de sus sacerdotes, pues ellos solo tuvieron el derecho de dirigir sus pasos: fue tratado siempre como esclavo, tuvo casi siempre en todas partes los vicios y el carácter de tal.

En vano se pretenderá curar a los hombres sus vicios, si no se empieza por curarlos de sus desvaríos. Mostrándoles la verdad es como conocerán sus intereses mas seguros, y los motivos verdaderos que deben conducirlos al bien. Bastante tiempo los

directores de los pueblos han fijado su vista en el cielo, vuélvanla sobre la tierra. Fatigado de una teología inconcebible, de fábulas ridículas, de misterios impenetrables, y de ceremonias pueriles, ocúpese el espíritu humano en cosas naturales, objetos inteligibles, verdades sensibles, y conocimientos útiles. Disípanse las quimeras vanas que obcecán a los pueblos; y bien pronto las opiniones razonables vendrán por sí mismas a fijarse en las cabezas que se creían destinadas al error para siempre.

Para aniquilar o hacer titubear las ideas religiosas ¿no basta demostrar que lo que es inconcebible para el hombre no puede convenirle? ¿Es necesaria otra cosa mas que la simple razón para echar de ver que un ser incompatible con los conocimientos mas evidentes; que una causa continuamente opuesta a los efectos que se la atribuyen; que un ser, que lejos de explicar las leyes del universo, no hace mas que embrollarlas; que un ser, a quine después de tantos siglos los hombres se dirigen en vano para obtener de él su felicidad y el fin de sus trabajos es necesario, digo, mas que la sencilla razón para conocer que la idea de semejante ser es un idea sin principio, y que no es evidentemente el mismo mas que un ente imaginario? ¿Es necesario mas que la razón para conocer a lo menos que es un delirio y frenesí al aborrecerse y atormentarse unos a otros por opiniones inteligibles sobre un ser de esta especie? En fin, ¿no prueba todo que la moral y la virtud son totalmente incompatibles con los conocimientos de un Dios, a quien sus ministros e intérpretes por sus miras particulares han puntado en todo el mundo como el mas caprichoso, injusto y cruel de los tiranos, cuyas supuestas voluntades deben servir de regla y de ley a los habitantes de la tierra?

Para distinguir los verdaderos principios de la moral, los hombres no tienen necesidad ni de teología, ni de revelaciones, ni de misterios, ni de Dios, la razón basta; los hombres ni tienen mas que entrar en sí mismos, reflexionar sobre su propia naturaleza, consultar sus intereses sensibles, considerar el objeto de la sociedad, y de cada uno de los individuos que la componen, y conocerán fácilmente que la virtud es ventajosa, y el vicio

Dañoso a sus semejantes. Dígase a los hombres que sean justos, benéficos, moderados y sociables, no porque sus Dioses lo exigen, si no porque es necesario agradar a los hombres; digámosles que se abstengan del vicio, y del delito, no porque serán

castigados en el otro mundo, sino porque lo serán en este. Hay, dice Montesquieu, modos de impedir los delitos, estos son los castigos: también los hay para corregir las costumbres, y son los buenos ejemplos.

Por último, la verdad es sencilla, el error es complicado, poco seguro en sus pasos y lleno de efugios para disimular la verdad: la voz de la naturaleza es inteligible, la de la mentira es ambigua, enigmática y misteriosa; el camino de la virtud es recto, el de la impostura torcido y tenebrosos; la verdad, siempre necesaria al hombre, está al alcance de todos los entendimientos sabios; las lecciones de la razón pueden ser seguidas por todas las almas buenas; los hombres no son infelices sino porque son ignorantes; no son ignorantes sino porque todo conspira a impedirlos que se ilustren; los hombres son malos, sino porque su razón aun no está bastante desarrollada.

¿Porqué, o teólogos, intentáis penetrar los misterios impenetrables de un primer ser que decís vosotros mismos que es inconcebible para el espíritu humano? Vosotros sois los primeros blasfemadores, atribuyendo a un ser perfecto, según vosotros, tantos horrores cometidos con sus criaturas que ha sacado de la nada. Confesad con nosotros vuestra ignorancia acerca de un Dios criador, y respetad los misterios que los hombres somos indignos de conocer.

RAZÓN NATURAL
DEL MUNDO, DE DIOS

Y DE LOS HOMBRES.

HAY un vasto imperio por un monarca, cuya conducta caprichosa es muy a propósito para confundir los espíritus de sus vasallos. Quiere ser conocido, querido, respetado y obedecido, pero no se muestra jamás, y todo conspira a volver inciertos los conocimientos que se podrían formar con respecto a él. Los pueblos sometidos a su poder, no tienen otras ideas sobre el carácter y leyes de su soberano invisible que las que le dan sus ministros; estos convienen sin embargo en que ellos mismos no tienen ninguna idea de su amo; que sus vías son impenetrables, y sus miras y cualidades totalmente incomprensibles; por otra parte, no están acordes entre sí acerca de los ordenes que suponen dimanadas del Soberano, cuyos órganos se dicen; las anuncian de distinto modo a cada provincia del imperio: se desacreditan a unos a otros, y se tratan de falsarios e impostores mutuamente: los edictos y ordenanzas que se encargan de promulgar son oscuras, y enigmas mal formados para ser entendidos, o adivinados por los vasallos, a cuya instrucción los han destinado. Las leyes del monarca oculto necesitan de intérprete; pero los que las explican están siempre disputando entre sí sobre el modo verdadero de entenderlas. Lo que es más, no están de acuerdo consigo mismo; todo lo que cuentan de su oculto príncipe, no es sino un tejido de contradicciones; no dicen una

Sola palabra que al instante no sea desmentida. Se le llama soberanamente bueno, sin embargo no hay nadie que deje de lamentarse de sus decretos: se le supone infinitamente sabio, y en su admiración todo parece ir en contra la razón y del sentido común. Se alaba su justicia, y los mejores de sus vasallos son generalmente los menos favorecidos. Se asegura que lo ve todo, y su presencia nada remedia. El es, se dice, amigo del orden, y todo en sus estados se halla en confusión y desorden. Lo hace todo para sí mismo, y los resultados corresponden raramente a sus proyectos. Lo prevé todo, pero no sabe precaver cosa alguna. Repugnanle las ofensas, y sin embargo, pone a cada individuo en estado de poder hacerlas. Se admira su sabiduría y la perfección de sus obras, y están llenas de defectos, y son de poca duración: esta continuamente ocupado en hacer y deshacer; después en reparar lo que ha hecho, sin tener jamás tiempo de estar contento con su obra. En todas sus empresas no se propone mas que su propia gloria; pero no llega a ser glorificado. No trabaja sino por la felicidad de sus vasallos, y estos en general carecen de todo lo necesario. Aquellos, a quienes parece que favorece, son por lo común los menos satisfechos de su suerte; se les ve casi todos continuamente alborotados contra un Señor, cuya grandeza no cesan de admirar, alabar su sabiduría, adorar su bondad, temer su justicia, y reverenciar ordenes, que no cumplen jamás. Este imperio es el mundo; el monarca Dios; sus ministros los Sacerdotes, y sus vasallos los hombres.

¿Cómo el entendimiento humano alucinado por medio de fantasmas asombrosos, y conducido por hombres interesados a perpetuarlo en su ignorancia y sus temores ha de haber hecho progresos? Se ha forzado al hombre a vegetar en su estupidez primitiva; no se le habla sino de poderes invisibles, de los cuales se supone que depende su suerte: únicamente ocupado en celos y delirios incapaces de entenderse, está siempre al arbitrio de sus sacerdotes, que se reservan el derecho de pensar por él y de arreglar su conducta.

Así el hombre fue y quedó siempre un niño sin experiencia, un esclavo sin valor, un estúpido que temía raciocinar, y que no supo jamás salir del laberinto en que le habían metido sus antecesores: se creyó obligado a gemir bajo el yugo de sus Dioses, que no conoció sino por los cuentos fabulosos de sus ministros; estos después de la opinión han quedado hechos sus dueños; o bien le han entregado sin defensa al poder absoluto de los

Tiranos no menos terribles que sus Dioses, de quienes se hicieron representantes sobre la tierra.

La religión pasa de padres a hijos, lo mismo que los bienes de familia con sus cargas. Cada uno recibe de sus padres y de sus maestros, el Dios que ellos mismos han recibido de los suyos; pero según su temperamento propio, cada uno le acomoda, le modifica y le pinta a su modo.

Todos los principios peligrosos son asuntos de pura imaginación, en la que la experiencia y el raciocinio jamás tuvieron parte alguna. Se halan muchas dificultades para impugnarlos, porque la imaginación, en la que la experiencia y el raciocinio jamás tuvieron parte alguna. Se hallan muchas dificultades para impugnarlos, porque la imaginación una vez preocupada con quimeras que la maravillan o exaltan, es incapaz de raciocinar. El que pelea contra la religión y sus fantasmas con las armas de la razón, se parece a un hombre que se sirve de una espada para matar mosquitos; así que se ha descargado el golpe los mosquitos y los desvaríos vuelven a revolotear y toman otra vez en las cabezas el lugar de que se creía haberlos desterrado para siempre.

A pesar de las enfermedades, los disgustos y las miserias que el hombre se ve obligado a sufrir en este mundo; a pesar de los peligros que su imaginación alarmada le crea en otro, tiene sin embargo la locura de creerse el favorito de su Dios, el objeto de todos sus cuidados y de todos sus trabajos. Se imagina que el universo entero se ha hecho para él; se titula con arrogancia Rey de la naturaleza, y se coloca en un lugar muy superior al de los demás animales. ¡Pobre mortal! ¿Sobre que puedes fundar tus altaneras pretensiones? Sobre tu alma, dices; sobre la razón de que gozas y sobre sus facultades sublimes que te ponen en estado de ejercer un imperio absoluto sobre los eres que te rodean. ¡Pero débil y orgulloso soberano del mundo! ¿Puedes estar seguro un instante de la duración de tu reinado? ¿No bastan y aun sobran los menores átomos de la materia que desprecias para arrancarte a cada instante de tu trono y privarte de la vida? En fin, el rey de los animales, ¿No acaba siempre por ser pasto de los gusanos?

No hablas de tu alma, ¿pero sabes lo que es tu alma? ¿No ver que esta alma no es otra cosa que el conjunto de tus órganos de que resulta la vida? ¿Negarás pues un alma a los otros animales que viven, piensan, juzgan, comparan, buscan el placer, huyen del dolor como tú, y que muchas veces tienen órganos que les sirven mejor que a ti los tuyos? Nos alabas tus facultades intelectuales, pero estas facultades, que te hacen tan orgulloso, ¿te hacen

Por ventura mas feliz que las otras criaturas? ¿Hacen muchas veces uso de esta razón de que te alabas, y que la religión te manda despreciar? ¿Estas bestias que desprecias porque son o mas débiles, o menos astutas que tú, están sujetas a las pesadumbres, a las

penas de espíritu, a mil pasiones frívolas, y a mil necesidades imaginarias, de que tu corazón es continuamente presa? ¿Son como tú atormentadas por lo pasado, alarmas por lo futuro? Únicamente limitadas a lo presente, que tú llamas su instinto, y yo su inteligencia, ¿no las basta para su conservación y defensa y para proveer todas sus necesidades? Este instinto, de que hablas con desprecio, ¿no les sirve muchas veces mejor que a ti tus maravillas facultades? ¿no les sirve muchas veces mejor que a ti tus maravillosas facultades? ¿no les es mas ventajosa su pacífica ignorancia, que las meditaciones extravagantes, y las indagaciones fútiles que te hacen desgraciado, y por las cuales deliras hasta el extremo de asesinar a los seres de tu noble especie? ¿En fin, esas bestias, tienen como muchos morrales una imaginación turbada que los hace temer no solo la muerte, sino también los tormentos eternos de que la creen seguida?

¿Son necesarios grandes esfuerzos de imaginación para conocer lo que es superior al hombre no es hecho para él; que lo que es sobrenatural no es hecho para seres naturales, y que los misterios impenetrables no son para espíritus limitados? Si los teólogos son demasiado fatuos para disputar entre sí sobre objetos que reconocen ininteligibles para ellos mismos, ¿debe tomar la sociedad parte en sus locas disputas? ¿es preciso que corra la sangre de los pueblos para dar valor a las conjeturas de algunos delirantes testarudos? Si es muy difícil curar a los teólogos de su manía, y a los pueblos de sus preocupaciones, a lo menos es muy fácil impedir que la extravagancia de los unos y la necesidad de los otros produzcan efectos perniciosos. Sea permitido a cada uno pensar como quiera; pero jamás se le permita dañar por su modo de pensar. Si los jefes de las naciones fuesen mas justos y sensatos, las opiniones teológicas no interesarían mas a la tranquilidad pública que las dispuestas de los físicos, de los médicos, de los gramáticos y de los críticos. La tiranía de los príncipes es la que hace que las cuestiones teológicas no interesarían mas ala tranquilidad pública que las disputas de los físicos, de los médicos, de los gramáticos y de los críticos. La tiranía de los príncipes es la que hace que las cuestiones teológicas tengan consecuencias demasiado serias para los estados. Cuando dejen de mezclarse en la teología, las disputas de los teólogos no serán de temer.

Haya, o no existido un Dios, haya o no hablado, los deberes morales de los hombres serán siempre los mismos, mientras tengan la naturaleza que

Les es propia, es decir, mientras sean seres sensibles. ¿Los hombres tienen pues necesidad de un Dios, a quien no conocen, de un legislador invisible, de una religión misteriosa y de temores quiméricos, para comprender que todo exceso se dirige

evidentemente a destruirlos, que para conservarse es preciso abstenerse de él, que para hacerse amar de los demás es necesario hacerles bien, y que hacerles mal es un medio seguro de atraerse su odio y su venganza?

¡Porque fatalidad, los fundadores de todas las sectas han atribuido a sus Dioses los feroces caracteres que causan horror a la naturaleza! ¿Se puede imaginar una conducta mas abominable que la que da Moisés a su Dios para los Egipcios cuando este asesino va fieramente a declarar en nombre y por orden de su Dios que Egipto será atormentado con las mayores calamidades que pueden suceder sobre la tierra? De todas las diferentes ideas que se nos quieren dar de un ser supremo, de un creador y conservador del hombre, no las hay mas perniciosas que la de este malvado que se cree inspirado por un espíritu divino.

¡Sacerdotes, vosotros nos gritáis sin cesar que los designios de Dios son impenetrables, que sus vías no son las nuestras, que sus pensamientos no son los nuestros, que es una locura quejarse de su administración, cuyos motivos y resortes nos son absolutamente desconocidos; que es una temeridad tachar sus juicios de injustos, porque son incomprensibles para nosotros. Pero ¿No veis que hablando en este sentido, destruís con vuestras propias manos todo vuestros profundos sistemas, que no tienen otro fin que el de explicarnos las vías de la divinidad que reputáis impenetrables? ¿Estos juicios, estas vías y designios, los habéis vosotros penetrado? Si conocéis el plan de Dios que admiráis, mientras que muchos le hallan poco digno de un ser justo, y razonable, no digáis que es impenetrable. Si le ignoráis como nosotros, usad de alguna indulgencia, para con los que confiesan ingenuamente que nada comprenden, o nada ven en él de divino. Cesad de perseguir por opiniones que vosotros no entendéis; cesad de despedazaros unos a otros por sueños y conjeturas contradictorias. Habladnos de cosas inteligibles para el hombre, y no nos habléis de las vías impenetrables de un Dios sobre las cuales no hacéis mas que tartamudear y contradeciros

CAPITULO I

TODA RELIGIÓN ES UN FANTASMA IMAGINARIO.

La existencia de un Dios es la base de toda religión. Pocos parecen dudar de esta existencia; pero este artículo fundamental es precisamente el más a propósito para contener todo espíritu que piensa. La primera pregunta de todo catecismo ha sido y será siempre la más difícil de resolver.

La ignorancia y el temor, he aquí los fundamentos de toda religión. La incertidumbre en que el hombre se encuentra con respecto a su Dios, es precisamente el motivo que le liga a su religión. El hombre en la oscuridad teme tanto a lo físico como a lo moral: su temor se hace habitual, y se convierte en necesidad; creería que le faltaba alguna cosa sino tuviese nada que temer.

La religión es solamente para el pueblo un vano aparato de ceremonias, que sigue por costumbre, que divierte su vista, que mueve ligeramente su espíritu entorpecido, sin influir sobre su conducta y sin corregir sus costumbres; según el dicho mismo de los ministros del altar, nada más raro que esta religión interior y espiritual, que por sí sola es capaz de arreglar la conducta del hombre y triunfar de sus pasiones. De buena fe, en el más numeroso y más devoto pueblo, ¿hay muchas cabezas capaces de saber los principios de su sistema religioso, y que le hallen el vigor necesario para sofocar sus perversas inclinaciones?

Muchos nos dirán que es mejor tener un freno, cualquiera que sea, que

CIELO ASTROLÓGICO DE LOS ANTIGUOS, PARA LA EXPLICACIÓN DE LOS
MISTERIOS DE LA RELIGIÓN DE LOS PERSAS, JUDÍOS Y CRISTIANOS.

*aquí va una imagen (página completa)

No tener ninguno. Pretenderán que si la religión no refrena al mayor número, sirve para contener a algunos individuos, que sin ella se entregarían al crimen sin remordimientos. Sin duda es necesario un freno a los hombres, pero no imaginario: son precisos frenos efectivos y visibles, temores verdaderos; mas propios para contener que los terrores pánicos y las quimeras. La religión solo impone terrores en algunos espíritus pusilánimes que la debilidad de su carácter hace ya poco temibles a sus conciudadanos. Un gobierno equitativo, las leyes severas, y una muy sana moral imponen respeto a todos igualmente: a lo menos nadie hay que no esté precisando a creer en ello y que no conozca el peligro que hay en no conformarse.

En asunto de religión los hombres no son otra cosa que unos niños grandes. Cuanto más absurda y llena de prodigios, mas influencia adquiere sobre ellos: el devoto se cree obligado a no poner ningún término a su credulidad: cuanto más inconcebibles son las cosas, mas divinas le parecen; cuanto mas increíbles, mas mérito se figura que hay en creerlas.

Todo hombre que piensa se hace bien pronto incrédulo, porque el raciocinio le prueba que la teología es un tejido de quimeras, que la religión es contraria a todos los principios de la razón, y que imprime un sello de falsedad en todos los conocimientos humanos. El hombre sensible se hace incrédulo porque ve que la religión lejos de hacer mas felices a los hombres, es el primer origen de los mayores desordenes, y de las perennes calamidades con que es afligida la especie humana. El hombre que busca su bienestar y su propia tranquilidad, examina su religión y se desengaña, porque halla tan incómodo como inútil, el pasar su vida temblando delante de fantasmas que solo son hechos para espantar a mujerzuelas y a niños.

Si alguna vez el libertinaje que no raciocina, condice a la irreligión, el hombre arreglado en sus costumbres puede tener motivos muy legítimos para examinar su religión, y desterrarla de su espíritu. Demasiado débiles para poner freno a los malos, en quienes el vicio ha echado profundas raíces, los terrores religiosos afligen, atormentan, y oprimen imaginaciones inquietas. ¿Tienen las almas valor y fuerza? Bien pronto sacuden el yugo que solo sufrían temblando. ¿Son débiles y temerosas-‘ arrastran este yugo durante su vida; envejecen temiendo; o a lo menos viven rodeadas de incertidumbres que las oprimen

Los sacerdotes han hecho de Dios un ser tan feroz y tan propio para acongojar, que hay muy pocos hombres en el mundo, que no deseen en el fondo de su corazón que Dios no exista. ¡Oh devotos! Adoráis a un Dios terrible, muy bien, le aborrecéis; quisierais que no existiese, ¿Se puede no desear la ausencia o la destrucción de un Dios cuya idea solo sirve para atormentar el espíritu? Estos son los negros dolores de que se valen los sacerdotes para pintar la divinidad, los cuales indignando los corazones obligan a los hombres a aborrecerla y despreciarla.

Los que nos ponderan tanto la importancia y utilidad de la religión, deberían mostrarnos muy bien los felices efectos que produce, y las ventajas que las disputas y especulaciones abstractas de la teología pueden proporcionar a los ganapanes, los artesanos, los labradores, los truhanes, las mujeres y a tanto sirviente corrompido de que vemos llenas las grandes ciudades. La gente de esta especie toda tiene religión; tiene lo que se llama la fe del carbonero; sus curas creen por ellos, siguen al parecer la creencia desconocida de sus guías, oyen continuamente los sermones, asisten por lo común a las ceremonias; creerían cometer un gran delito si quebrantasen alguna de las ordenanzas, a las cuales se les ha dicho que se conformen desde su infancia. ¿Qué bien resulta para las costumbres de todo ello? Ninguno. Ellos no tienen idea alguna de la moral, y se les ve permitirse todas las bribonerías, fraudes, rapiñas, y excesos que la ley no castiga.

El pueblo, en realidad, ninguna idea tiene de su religión; lo que llama religión solo es ciega inclinación a opiniones desconocidas o misteriosas. En el hecho, quitar la religión al pueblo, es como si no se le quitase cosa alguna. Si se llegase a hacer vacilar o curar sus preocupaciones, no se haría mas que disminuir, o aniquilar la confianza peligrosa que tiene en sus guías interesados, y enseñarle a desconfiar de aquellos que con pretexto de religión, le conducen muchas veces a los mas funestos efectos.

Bajo el pretexto de instruir y de ilustrar a los hombres, la religión los retiene realmente en la ignorancia y les quita hasta el deseo de conocer los objetos que mas le interesan. Para los pueblos no existe otra regla de conducta sino la que a sus curas les acomoda indicar. La religión da margen para todo; pero siendo tenebrosa, es mas propia de alucinar a los mortales, que para guiarlos por el camino de la sabiduría y de la felicidad; la física, la moral, la legislación, y la política son enigmas para ellos. El hombre a

Causa de sus preocupaciones religiosas se halla en la imposibilidad de conocer su propia naturaleza, de cultivar su razón y de hacer experiencias: teme la verdad cuando no conviene con sus opiniones. Todo conspira a hacer de votos a los pueblos, pero todo se opone a que sean humanos, razonables y virtuosos. La religión solo parece tener por objeto oprimir el corazón y el espíritu de los hombres.

La cosa mas importante para los hombres es aquella que les es absolutamente imposible de comprender. Si Dios es incomprendible para el hombre, parece razonable no pensar en comprenderle; pero la religión dice finalmente que el hombre no puede dejar de pensar en él instante sin cometer un delito.

Preguntad a un filósofo cristiano ¿Cuál es el origen del mundo? Dios ha creado el universo, responderá.- ¿Qué cosa es Dios?- No se sabe - ¿Qué es crear? – No se tiene idea de ellos.- ¿Cuál es la causa de la este, de las hambres, de las guerras, de las inundaciones, de las sequías, y de los terremotos?- La cólera de Dios.- ¿Qué remedios oponer a estas calamidades?- La cólera de Dios.-¿Qué remedios oponer a estas calamidades?- Rogativas, sacrificios, procesiones, ofrendas y ceremonias, son, se nos dice, los verdaderos medios de aplacar la cólera celeste.- ¿Por qué el cielo está enfurecido? – Porque los hombres son perversos.- ¿Por qué son? – Porque su naturaleza se corrompió,- ¿Cuál es la causa de esta corrupción?- Es, dirá también un teólogo europeo, porque el primer hombre, seducido por la primera mujer, comió de una camuesa, a la cual su Dios le había prohibido tocar.- ¿Quién movió a la mujer a hacer tal tontería? – El diablo.- Pero ¿quién ha creado el diablo?- Dios- ¿Y por que Dios ha creado ese diablo destinado a pervertir el género humano?- No se sabe, es un misterio oculto en el seno de la divinidad.

Los teólogos sin duda han tenido sus razones para hacer el alma inmortal; tenían necesidad de algunas y de desvaríos para poblar las imaginarias regiones que han descubierto en la otra vida. Almas materiales habrían estado sujetas a la disolución lo mismo que los cuerpos; luego, si los hombres creyesen que todo debía perecer con ellos, los geógrafos del otro mundo perderían seguramente el derecho de guiar sus almas a esa mansión desconocida; ninguna utilidad sacarían de las esperanzas con que los entretienen, ni de los terrores con que tienen buen cuidado de oprimirlos. Si lo futuro no es útil para el género humano, a lo menos lo es en extremo para aquellos que se han encargado de conducirles al otro mundo.

¿Cómo se ha podido llegar a persuadir a seres razonables, que la cosa mas imposible de comprender, era la mas esencial para ellos? Consiste en que se les ha intimidado mucho; y que cuando se tiene miedo se deja de raciocinar: que se les ha encargado sobre todo que desconfíen de su razón y que cuando el sentido está turbado, se cree todo, y no se examina como alguna.

Si en la economía de todas las relaciones divinas me quejo de no reconocer ni la sabiduría, ni la bondad, ni la equidad de un Dios; si sospechan de la bribonería, de la ambición y de las miras de interés en los grandes personajes que se han interpuesto entre el cielo y nosotros, se me asegura que Dios ha confirmado por medio de milagros ruidosos la misión de los que han hablado de su parte. Pero, ¿no era mas sencillo mostrarse, y explicarse el mismo? Por otra parte, si tengo la curiosidad de examinar estos milagros, veo que son cuentos faltos de verosimilitud, anunciados por personas sospechosas que tenían el mayor interés en hacer creer a otros que ellos eran los enviados de Dios.

La teología podría con justo título llamarse la esencia de las contradicciones toda religión no es más que un sistema imaginado para conciliar conocimientos inconciliables. Con el auxilio de la costumbre y del terror se llega a afirmarse en los mayores absurdos, aun cuando sean los mas claramente aventurados. Todas las religiones son fáciles de impregnar, pero muy difíciles de desarraigar. La razón nada puede contra la costumbre, que se hace, como dicen, una segunda naturaleza. Hay, por otra parte, muchas personas sensatas, que, aun después de haber examinado los ruinosos fundamentos de su creencia, vuelven sin embargo a despreciar las razones mas fuertes.

Todos los conocimientos humanos se han adelantado y perfeccionado, cual mas, cual menos. ¿Por qué fatalidad la ciencia de Dios no ha podido jamás aclararse? Las naciones mas civilizadas y los racionadores mas profundos están, con respecto a esto, en el mismo estado que las naciones mas salvajes, o los rústicos mas ignorantes; y aun mirando la cosa de mas cerca, hallaremos que la ciencia divina a fuerza de desvaríos y sutilezas no ha hecho sino oscurecerse cada vez mas. Hasta aquí toda religión no se funda sino en lo que se llama en la lógica Peticiones de principio; supone arbitrariamente, y prueba en seguida por las suposiciones que ha hecho.

CAPÍTULO II.

MOTIVOS POR LAS CUALES SE HA OBLIGADO A LOS HOMBRES ADOPTAR LAS CREENCIAS RELIGIOSAS.

Todo sistema religioso no puede estar fundado mas que sobre la naturaleza de Dios y del hombre, y sobre las conexiones que subsisten entre ellos; pero para juzgar la realidad de estas conexiones, es necesario tener alguna idea de la naturaleza divina. Todo el mundo nos dice que la esencia de Dios es incomprendible para el hombre, al mismo tiempo que no cesa de señalar atributos a este Dios incomprendible, y de asegurar que el hombre no puede prescindir de conocer a este Dios imposible de concebir.

Cualquiera que se haya formado ideas verdaderas de la ignorancia, de la crueldad, de la negligencia y de la tontería del vulgo, tendrá siempre sus opiniones por mas sospechosas cuanto más generalmente establecidas. Los hombres por lo común nada examinan; se dejan conducir ciegamente por la costumbre y la autoridad: sus opiniones religiosas son sobre todo aquellas que menos valor y capacidad tienen de examinar; como nada comprenden, se ven obligados a callar, o a lo menos llegan muy pronto al fin de sus discursos.

Preguntad a todo hombre del vulgo si cree en Dios, se maravillará de que podáis dudarle. Preguntadle en seguida que entiende por la palabra de Dios; le podréis en el mayor embarazo; notaréis al instante que es incapaz de unir ninguna idea efectiva a esta palabra que repite sin cesar;

El dirá que Dios es Dios, y hallaréis que no sabe lo que piensa, ni los motivos que tiene para creerlo.

Cuanto menos luces y razón tienen los hombres, mas celo muestran por su religión. En todas las sectas religiosas las mujeres movidas por sus directores, muestran un gran celo por opiniones de que es evidente que no tienen idea alguna. En las disputas teológicas, el pueblo se abalanza como un animal feroz sobre todos aquellos contra quienes sus sacerdotes quieren excitarle. Una ignorancia profunda, una crueldad sin límites, una cabeza débil, una imaginación alarmada son los materiales con que se fabrican los devotos, los celosos por la religión, los fanáticos y los santos: ¿Cómo hacer entrar en razón a personas que no tiene otro principio que dejarse guiar, sin examinar jamás cosa alguna? Los devotos y el pueblo ente las manos de sus conductores espirituales, autómatas que dirigen a su modo.

Los discípulos de Pitágoras daban una fe a la doctrina de su maestro: él lo ha dicho, era para ellos la solución de todos los problemas. Los hombres por lo común se conducen con la misma falta de razón. En asunto de religión, un cura, un sacerdote, o un fraile ignorante, se hacen dueños de los pensamientos. La fe consuela la debilidad del espíritu humano, para el cual la aplicación es comúnmente un trabajo muy penoso: es mucho más cómodo referirse a otros que examinar por sí mismo: este examen siendo lento y difícil, disgusta igualmente a los ignorantes estúpidos, y a las imaginaciones demasiado vivas; he aquí sin duda porque la fe tiene tantos partidos sobre la tierra.

Dos causas parecen concurrir para entretener a los hombres en la negligencia y descuido que muestran cuando se trata de examinar sus opiniones religiosas. La primera, es la desesperación de penetrar en la oscuridad precisa de que toda religión está rodeada aún en sus primeros principios, propia y tan solo para desalentar y disgustar a los débiles de espíritu y perezosos que no viendo en ellas mas que un caos, lo juzgan imposible de desenredar. La segunda, es que cada uno se promete no dejarse oprimir demasiado por los preceptos severos de ella; que todo el mundo admira la teoría, y muy pocos se ocupan de la práctica. Muchas gentes tienen su religión como antiguos títulos de familia, que jamás se han tomado el trabajo de examinar, pero que los conservan en sus archivos para buscarlos en caso de necesidad.

El devoto no reflexiona nunca, y se guarda bien de raciocinar. Todo lo cree sin examen; sigue solo la autoridad, y muchas veces una conciencia errónea le hace un santo deber de cometer el mal. El incrédulo raciocina, consulta la experiencia, y la prefiere a la preocupación. Si a raciocinado justamente, su conciencia se ilustra, y halla motivos para hacer bien, mucho mas reales que el devoto, que no tiene otros que sus quimeras, y que nunca escucha la razón. Los motivos del incrédulo ¿no son demasiado poderosos para contrabalancear o igualar sus pasiones? ¿Es tan limitado para desconocer los intereses efectivos que deben contenerle? Muy bien, será viciosos, y malo, pero en este caso no será mejor ni peor que tantos hombres crédulos, que a pesar de la religión y de sus preceptos sublimes, no dejan de observar una conducta que esta misma religión condena. Un asesino crédulo ¿es menos de temer que otro asesino incrédulo? Un tirano devoto ¿es por eso menos tirano que otro indevoto?

Algunos filósofos antiguos y modernos han tenido el valor de tomar la experiencia y la razón por guías, y librarse de las cadenas de la superstición. Leucipo, Demócrito, Epicuro, Straton, y algunos otros griegos se han atrevido a rasgar el espeso velo de la preocupación, y libertar la filosofía de las trabas teológicas. Pero sus sistemas demasiado sencillos y sensibles, demasiado faltos de lo maravillosos para imaginaciones amigas de quimeras, se vieron obligados a ceder a las fabulosas conjeturas de Platón, Sócrates y Zenón. Entre los modernos, Hobber, Espinosa, Bayle, etc. Han seguido la marcha de Epicuro; pero su doctrina halló muy pocos sectarios en un mundo demasiado alucinado con fábulas para escuchar la razón.

En ningún tiempo se pudo sin un peligro eminente apartarse de las preocupaciones que la opinión hacia hechos sagradas. No se permitió hacer descubrimiento en asunto alguno; todo lo que los hombres mas ilustrados han podido hacer, ha sido hablar con palabras encubiertas, y muchas veces por una vil complacencia ligar vergonzosamente la mentira con la verdad. Muchos tuvieron una doble doctrina, oculta la una encubierta la otra; habiéndose perdido la clave de aquella, sus verdaderos sentimientos se hacen muchas veces inteligibles, y por consecuencia inútiles para nosotros.

Aquel que desde su infancia se ha acostumbrado a temblar siempre que oye pronunciar ciertas palabras, tiene necesidad de ellas y la tiene de temblar; por lo mismo está mas dispuesto a escuchar al que le entretenga

Con sus temores, que al que trate de sacarle de ellos. El supersticiosos quiere tener miedo, su imaginación se lo exige; se diría que no temía cosa alguna tanto como no tener de que temer.

El cerebro del hombre es sobre todo en la infancia cera blanda, propia para recibir toda clase de educación le suministra casi todas sus opiniones en un tiempo que es incapaz de juzgar por si mismo. Creemos que haber recibido de la naturaleza, o haber traído al nacer, las ideas verdaderas o falsas que en una edad tierna nos han imbuido en nuestra cabeza. Y esta persuasión es una de las mayores causas de nuestros errores. La ilusión contribuye a cimentar en nosotros las opiniones de los que han estado encargados de nuestra educación: los creemos muchos mas hábiles que nosotros; los suponemos muy convencidos de las cosas que nos enseñan. Tenemos la mayor confianza en ellos; con los cuidados que toman por nosotros cuando nos hallamos en estado de no poder ayudarnos nosotros mismos, los juzgamos incapaces de engañarnos. He aquí los motivos que nos hacen adoptar mil errores, sin otro fundamento que la religiosa palabra de los que nos han educado: la prohibición misma de no poder raciocinar sobre lo que nos dice, no disminuye en nada nuestra confianza, y contribuye muchas veces a aumentar nuestro respecto por sus opiniones.

Los doctores del género humano obran muy prudentemente, enseñando a los hombres sus principios religiosos, antes que estén en estado de distinguir lo verdadero de lo falso, o la mano derecha de la izquierda, sería tan difícil alucinar la razón de un hombre de cuarenta años con las opiniones disparatadas que se nos dan de la divinidad, como desterrar estas mismas opiniones de la cabeza de un hombre que estuviese imbuido en ellas desde su mas tierna infancia.

La naturaleza, decís, es totalmente inexplicable sin un Dios. Es decir, que para explicar lo que entendéis bien poco, tenéis necesidad de una causa que no entendéis absolutamente. Pretendéis aclarar lo que es oscuro, redoblando la oscuridad. Creéis deshacer un nudo, haciendo otros muchos. ¡Físicos entusiastas! Para probarnos la existencia de un Dios, copiad tratados completos de botánica, entrad en un detalle anatómico de las partes del cuerpo humano; elevaos a las regiones del aire para contemplar la revolución de los astros: bajad en seguida sobre la tierra para admirar el curso de las aguas; extasiaos delante de las mariposas, de los insectos, de

Los pólipos (1). Y de los átomos organizados, en los cuales creéis hallar la grandeza de vuestro Dios; todas estas cosas no probarán su existencia, solamente prueba que carecéis de ideas que debierais tener de la inmensa variedad e las materias y de los efectos que pueden producir las combinaciones diversificadas hasta lo infinito, cuyo todo reunid, es el universo. Esto probará que ignoráis lo que es la naturaleza; que no tenéis idea alguna de sus fuerzas, cuando la juzgáis incapaz de producir una multitud de formas y de seres, de los cuales vuestra vista, aún armada de microscopios, no pueden ver jamás la menor parte. En fin, probará que a falta de conocer agentes sensibles, o posibles de conocerse, hallaréis mas fácil recurrir a una palabra, bajo la cual designáis un agente, del cual os será siempre imposible formaros alguna idea verdadera.

¡Sabios! Estudiad la naturaleza y sus leyes, y ya que podéis buscar en ella la acción de las causas naturales, no recurráis a las sobrenaturales, que, lejos de aclarar vuestras ideas, no harán mas que oscurecerlas cada vez mas, y poneros en la imposibilidad de entenderos vosotros mismos.

(1) animalillos marinos de muchos pies.

CAPÍTULO III.

LA TEOLOGÍA CRISTIANA HACE REPRESENTAR UN PAPEL MUY RIDÍCULO A LA DIVINIDAD.

NADA más extravagante que el ridículo papel, que en todo país hace representar la teología a la divinidad. Si la cosa fuese efectiva estaría el hombre obligado a ver en ella el más caprichoso e insensato de los seres. Lo estaría a creer, que Dios no ha hecho el mundo sino para que sea teatro de sus guerras vergonzosas con sus criaturas; que no ha creado ángeles, hombres, demonios, espíritus malignos, sino para tener adversarios contra quienes ejercer su poder. Los deja en libertad de ofenderle; bastante maligno para desconcertar sus proyectos, y muy obstinado para no reconciliarse jamás: todo ellos por tener el placer de enfadarse, aplacarse, reconciliarse, y reparar el desorden que han causado. Habiendo formado de una vez sus criaturas tales cuales debían ser para agradarle; que de trabajos no se hubiera escusado la divinidad, o a lo menos, de que apuros no hubiera sacado a sus teólogos.

Criando seres más perfectos que los hombres parece que Dios jamás ha conseguido su fin, ni tampoco dado mayores pruebas de su perfección. ¿No vemos en muchas religiones ángeles y espíritus puros amotinados contra su Señor, y que aún han pretendido echarle de su trono? Dios se ha propuesto la felicidad e los ángeles y de los hombres, y jamás ha podido hacer felices a los hombres, ni a los ángeles: el orgullo, la malicia,

Los pecados, y las imperfecciones de las criaturas se han opuesto siempre a las voluntades del criador perfecto.

Toda religión está visiblemente fundada sobre el principio, que el hombre propone y Dios dispone. Todos los teólogos del mundo muestran un combate desigual entre la divinidad por una parte, y sus criaturas por otra. Dios no saca jamás el mejor partido; a pesar de todo su poder, no puede conseguir hacer las obras de sus manos tales como quisiera. ¡ Por colmo de absurdo, hay una religión que pretende que Dios mismo ha muerto ajusticiado para reparar la raza humana, y a pesar de su muerte los hombres no son los que Dios desearía!

Trayendo a los mortales a la vida, ¿a qué cruel y peligroso juego no los obliga la divinidad a jugar? Arrojadlos al mundo sin ausencia ; provistos de un temperamento de que no son dueños; animados por pasiones y deseos inherentes a su naturaleza; expuestos a lazos, que no tienen la fuerza de evitar; impelidos por acontecimientos que no han podido prever, ni prevenir, los infelices humanos se ven forzados a seguir una carrera que puede conducirlos a los suplicios mas horribles por su violencia y duración.

Algunos viajeros aseguran que en un rincón del Asia, reina un Sultán lleno de caprichos, y en extremo absoluto en el cumplimiento de sus mas disparatadas voluntades. Por una rara manía, este príncipe pasa su tiempo sentado a una mesa sobre la cual hay tres dados y una trompetilla. Una de las puntas de la mesa está cubierta de montones de oro destinados a excitar la codicia de los palaciegos, y del pueblo de que el Sultán está rodeado: este, conociendo la debilidad de sus vasallos, les habla sobre poco mas o menos del modo siguiente: Esclavos, os quiero bien; mi bondad se propone enriqueceros y haceros a todos felices. ¿Veis estos tesoros? Pues bien: para vosotros son; tratad de ganarlos; uno tras otro tome la trompetilla y los dados; el que tenga la felicidad de hacer tres suertes de a seis para cada una, será dueño del tesoro; pero os prevengo que el que tenga la desgracia de no sacar el número señalado, será encerrado APRA siempre en un oscuro calabozo; en donde mi justicia exige que sea quemado a fuego lento. Sobre este discurso del monarca, los asistentes consternados se miran unos a otros; ninguno quiere exponerse a aventurar una suerte tan arriesgada: ¿Qué, dice entonces el Sultán encolerizado, nadie se presenta a jugar? ¡Oh! Esto no me es conveniente; mi gloria exige que se juegue: jugaréis

Pues yo lo quiero, obedeced sin replicar. Conviene observar que los dados del déspota están preparados de tal modo que de dicen mil juegos, no hay quien gane uno; así el generoso monarca tiene el placer de ver su prisión bien provista, sus riquezas rara vez ganadas. Mortales, este Sultán es vuestro Dios, sus tesoros son el cielo, su calabozo el infierno, y vosotros tenéis los dados.

Según los conocimientos teológicos, Dios se parecería a un tirano que habiendo hecho sacar los ojos al mayor número de esclavos, los encerrase en un calabozo, en donde para divertirse, observaría de incógnito su conducta por una trampa, a fin de tener ocasión de castigar cruelmente a todos aquellos que andando tropezasen con los otros; pero que recompensaría magníficamente el pequeño número de aquellos a quienes hubiese dejado con vista, por haber tenido la habilidad de evitar el encuentro de sus camaradas. Tales son las ideas que el dogma de la predestinación gratuita nos da de la divinidad.

Pero poco trabajo que cualquiera se tome en seguir la historia del género humano, reconocerá sin dificultad que la teología se ha guardado muy bien de llegar a sus límites; principió primeramente por esparcir fábulas que vendió como verdades sagradas: dio a luz la poesía que llenó la imaginación de los pueblos con sus puriles ficciones; los entretuvo con sus Dioses y sus hechos increíbles; en una palabra, la religión trató siempre a los hombres como niños, a quienes adormecía con cuentos que sus ministros querían continuar haciéndolos pasar por verdades incontestables.

Si se quiere creer a los partidarios de la religión, nada podría explicarse en el mundo sin ella; la naturaleza sería un continuo enigma, y el hombre estaría imposibilitado de comprenderse a sí propio. Pero en el fondo, ¿qué es lo que esta religión no explica? Cuanto mas se examina, se halla que sus nociones teológicas solo son a propósito para embrollar todas nuestras ideas; todo lo cambia en misterios; nos explica cosas difíciles por medio de cosas imposibles. ¿Atribuir las cosas a agentes desconocidos, potestades invisibles e inmateriales, es explicarlas? ¿Queda el espíritu humano bien enterado, cuando en un apuro envía a los profundos tesoros de la sabiduría divina, sobre los cuales se le repite sin cesar que echará en vano sus miradas temerarias? La naturaleza divina, de la cual nada se comprende, ¿Puede hacer comprender la del hombre que ya es de sí tan difícil de explicar?

¡Doctores sagrados! Nos repetís a cada instante que la naturaleza del

Hombre se ha pervertido; no gritáis que toda carne ha corrompido si vía: decís que la naturaleza solo nos da inclinaciones desarregladas. En este caso acusáis a vuestro Dios, que no ha podido, o no ha querido que esta naturaleza conservase su perfección primitiva. Si esta naturaleza se ha corrompido, ¿por qué Dios no la ha parado? Al punto el cristiano me asegura que la naturaleza humana se ha reparado: que la muerte de su Dios ha restablecido en su integridad. ¿De dónde, pues, le replicaré, inferís que la naturaleza humana, a pesar de la muerte de un Dios está todavía depravada? ¿luego murió inútilmente? ¿Qué se ha hecho su poder, y la victoria que alcanzó sobre el diablo, si el diablo conserva aun el imperio ha ejercido siempre en el mundo?

La muerte, según la teología cristiana, es la pena del pecado, esta opinión está conforme con la de algunas naciones salvajes, que imaginan que la muerte de un hombre es siempre efecto sobrenatural de la cólera de pecado, mientras que están al alcance de ver que en su religión, como en las otras, el hombre está sujeto a la muerte. Decir que Jesucristo nos ha librado del pecado, ¿no es decir que un juez ha concedido perdón a un reo, cuando vemos que le envía al suplicio?

¿No son los teólogos extraños charlatanes? Cuando no pueden adivinar las causas naturales de las cosas, intentan las que llaman sobrenaturales, se forjan espíritus, causas ocultas, agentes inexplicables, o por mejor decir palabras mucho más oscuras que las cosas que se esfuerzan en explicar. Atengámonos a la naturaleza cuando queramos dar razón de sus fenómenos; ignoremos las causas demasiado sutiles para ser concebidas por nuestros órganos, y estemos persuadidos que en saliendo de la naturaleza, jamás halláremos la solución de los problemas que nos presenta.

Si la religión estuviese clara, tendría mucho menos atractivo para los ignorantes. Necesita oscuridad, misterios, prodigios, asombrosos, fábulas y cosas increíbles que hagan trabajar continuamente su imaginación. Las historietas, los cuentos disparatados, los escritos delirantes, y de los hechiceros, tienen mucho mas atractivo para los hombres vulgares que las historias verdaderas.

Los especuladores que se imaginan, o quieren hacernos creer que todo el universo se ha hecho para el hombre, se hallan muy embarazados cuando se les pregunta ¿en que pueden contribuir al bienestar de los hombres

Tanto animal dañoso que sin cesar infesta nuestra mansión? Que ventaja conocida resulta al amigo de los Dioses de ser picado por una víbora, o por un mosquito; devorado por los piojos y pulgas, y hecho pedazos por un tigre etc.? ¿No hablarían todos estos animales con tanta razón como nuestros teólogos si pretendiesen que el hombre se había hecho para ellos?

Aunque los hombres se maten en repetirnos que su Dios es infinitamente bueno, es evidente que en el fondo nada puede creer. ¿Cómo amar lo que no se conoce? ¿Cómo amar un ser cuya idea no es a propósito mas que para causar inquietud y turbación? ¿Cómo amar un ser de quien todo lo que se dice conspira a hacerle soberanamente odioso?

¿Hay cosa mas aflictiva que ver la felicidad pública y particular depender de una ciencia fútil, falta de principios, que jamás tuvo base sino en la imaginación, de forma, que solo presenta al espíritu palabras faltas de sentido? ¿En qué puede consistir la utilidad tan decantada de una religión, que nadie puede comprender, que atormenta sin cesar a los que tienen la sencillez de ocuparse en ella, que es incapaz de hacer mejores a los hombres, y que muchas veces nubes y fantasmas, descubriremos el origen de lo verdadero, de la razón, de la moral, y los motivos reales que deben inducirnos a seguir la virtud.

La religión jamás ha hecho mas que llenar de tinieblas el espíritu de hombre, y tenerle en la ignorancia de sus verdaderas relaciones, de sus efectivos deberes, y de sus incontestables intereses. ¿Hay una locura mas deplorable que aquella que lejos de causar bien el género humano, no hace mas que cegarle, alucinar su mente, y hacerle miserable, privándole de la verdad que es la única que puede suavizar el rigor de su muerte? Esta religión nos da los remedios al revés sobre las causas de nuestros males, y sobre los remedios naturales que podríamos aplicar a ellos: lejos de curarlos, suele por lo contrario agravarlos, multiplicarlos, y hacerlos mas desagradables. Digamos, pues, y con razón un célebre sabio moderno: La teología es la caja de Pandora, y ya que no es posible cerrarlo, a lo menos es muy útil advertir que esta caja tan fatal está abierta.

CAPÍTULO IV.

LA DIVERSIDAD E LAS RELIGIONES PRUEBA DE FALSEDAD DE TODAS.

Todos los pueblos hablan de un Dios, pero ¿están de acuerdo sobre él? No; la división sobre una opinión no prueba su evidencia; antes es una señal de incertidumbre y oscuridad. ¿Está siempre el hombre acorde consigo mismo sobre los conocimientos que se ha formado de su Dios? No; esta idea varía con las vicisitudes que su máquina experimenta; otra señal de incertidumbre. Los hombres están siempre de acuerdo con los otros, y consigo mismo sobre las verdades demostradas: en cualquier estado que se hallen, a menos de estar faltos de juicio, todos conocen que dos y dos son cuatro; que el sol alumbra; que todo de una cosa es mayor que una parte sola de la; que la justicia es un bien; que es necesario hacer bien para merecer la estimación de los hombres; que la injusticia y la crueldad son incompatibles con la bondad. ¿Están acordes lo mismo cuando hablan de Dios? Todo lo que piensan, o dicen de él, queda instantáneamente destruido por los mismos efectos que quieren atribuirle.

La divinidad se ha revelado de un modo tan poco conforme en los diversos parajes de nuestro globo, que en materia de religión, los hombres se miran unos a otros con el mayor aborrecimiento y desprecio. Los partidarios de las diversas sectas se tienen recíprocamente por muy ridículos y locos; los misterios mas respetados en una religión, son motivos de escarnio, mofa, y risa, en otra. Habiendo teniendo a bien Dios revelarse a los

Hombres, hubiera debido a lo menos haberles a todos un mismo lenguaje, y dispensar su débil imaginación del embarazo en que se halla para buscar cual pueda ser la religión verdaderamente dimanada de él, o cual es el culto mas agradable a sus ojos.

Un Dios universal habría debido revelar una religión universal. ¿Por qué fatalidad se hallan tantas religiones diferentes sobre la tierra? ¿Cuál es la verdadera, entre el gran número de las que pretenden serlo con exclusión de todas las otras? Hay motivos mas que suficientes para creer que ninguna goza de esta ventaja; la división y las disputas en las opiniones son las señales indudables de incertidumbre y de la oscuridad de los principios de que dimanar.

Si la religión fuese necesaria a todos los hombres, debería ser inteligible para todos: si esta religión les fuese la cosa mas importante, la bondad de Dios exigiría que fuese de todas las cosas la mas clara, mas evidente, y mas demostrada para ellos. ¿No es asombroso ver que esta cosa tan esencial para la salvación de los mortales, es precisamente la que entienden menos, y sobre la cual han disputado tanto sus doctores hace muchos siglos? Jamás los sacerdotes de una misma secta han llegado estar conformes entre sí, sobre todo el modo de entender las voluntades de un Dios, que ha tenido a bien revelarse.

El mundo que habitamos puede ser comprado a una plaza pública, en cuyos diferentes puntos se han repartido muchos charlatanes, desacreditando los remedios que venden sus compañeros. Cada puesto o tienda tiene sus parroquianos, persuadidos que solo en ella se hallan los buenos remedios; a pesar del uso continuo que hacen de ellos, no notan que no se alivian, o que están enfermos como los que corren en pos de los charlatanes de otra tienda. La devoción es una enfermedad de la imaginación contraída en la infancia; el devoto es un hipocondríaco que aumenta su mal a fuerza de remedios. El sabio no toma ninguno, guarda un buen régimen, y deja obrar a la naturaleza.

A la vista de un hombre sensible, nada parece más ridículo que los juicios, que los partidarios igualmente interesados de las diferentes religiones de que la tierra está poblada, hacen los unos contra los otros. Un cristiano halla que el alcoran, es decir, la revelación divina anunciada por Mahoma, es un tejido de sueños y delirios impertinentes, y de imposturas injuriosas a la divinidad. El mahometano, por su parte, trata al cristianismo

De idolatra y de perro; no ve sino absurdos en su religión; se imagina tener derecho para conquistar su país, y forzarle con la espada en la manos a recibir la religión de su divino profeta: cree, sobre todo, que nada es mas impío y falta de razón que el adorar un hombre o creer en la Trinidad.

El cristiano protestante, que sin escrúpulo adora un hombre, y cree firmemente el misterio incomprensible de la Trinidad, se burla del cristiano católico, porque este cree además el misterio de la Transustanciación; le trata de loco, de impío, de idólatra, porque se arrodilla para adornar un pedazo de pan, en el cual cree ver al Dios del Universo. Los cristianos de todas las sectas están de acuerdo en mirar como tonterías las encarnaciones del Dios de los Judíos Visnout; sostienen que la sola encarnación verdadera es la de Jesús, hijo del Dios del universo y de la mujer de un carpintero.

El deista, que se dice sectario de una religión, que supone ser de la naturaleza, contento con admirar un Dios, de quien no tiene idea alguna, se toma el permiso de mofarse de todos los otros misterios enseñados por todas las religiones del mundo.

Dios ha hablado de distinto modo a cada pueblo del globo que habitamos. El Indio no cree una palabra de lo que ha dicho el Chino; el Mahometano mira como fábula lo que ha dicho el Cristiano, el Judío mira al Mahometano y al Cristiano como corruptores sacrílegos de la ley santa que su Dios había dado a sus padres; el Cristiano orgulloso con su revelación mas moderna, condena igualmente al Indio, al Chino, al Mahometano, y hasta al Judío, de quien recibió sus libros santos. ¿Quién tiene razón? Cada uno grita, yo: cada uno alega las mismas pruebas; todos nos hablan de sus milagros, de sus adivinos, de sus profetas, de sus mártires; el hombre sensato les responde que todos deliran: que Dios no ha hablado: que si es verdad que es espíritu no puede tener boca ni lengua: que el Dios del universo podría, sin tomar el órgano de los mortales, inspirar a sus criaturas lo que quisiera que aprendiesen, y que como ellas ignoran igualmente por entero lo que deben pensar sobre Dios, es evidente que no ha querido instruirlos de ello.

Los partidarios de los diferentes cultos que se ven establecidos en este mundo, se acusan unos a otros de supersticiosos e impíos. Los cristianos tienen horror de la superstición pagana, china, y mahometana; los católicos romanos tratan de impíos a los cristianos protestantes; estos declaman sin cesar contra la superstición romana. Todos tienen razón. Ser impío es tener

Opiniones injuriosas de un Dios que se adora; ser supersticioso, es tener ideas falsas. Acusándose mutuamente de supersticiosos, los diferentes religionarios, se parecen a una bandada de jorobados que se echan en cara unos a otros su formación viciosa.

¿Son claros los oráculos que la divinidad ha revelado a las naciones por medio de sus diferentes enviados? ¡Ah! No hay dos hombres que los entiendan del mismo modo: los que los explican a los otros jamás están de acuerdo entre sí; para curarlos se acude a interpretaciones, comentarios, alegorías y glosas; se descubre sentido místico, bien diferente del sentido literal. Son necesarios hombres por todas partes para aclarar las voluntades de un Dios, que no ha querido explicarse claramente a aquellos a quienes quería instruir. Dios prefiere siempre servirse del órgano de algunos hombres, a quienes se puede sospechar de haberse engañado ellos mismos, o de haber tenido motivos para querer engañar a los otros.

Cada pueblo se alaba de adorar al solo, al verdadero Dios, al Dios universal, al soberano de toda la naturaleza. Pero cuando se llega a examinar este monarca del mundo, se halla que cada sociedad, cada secta, cada partido, o cábala religiosa, no hace de este Dios tan poderoso, sino un Soberano mezquino, cuyos ciudadanos y bondades solo se extienden sobre un pequeño número de individuos que pretenden tener ellos solos la ventaja de gozar de sus favores, y que de modo alguno cuida de los demás.

Los fundadores de las religiones, y los sacerdotes que la sostienen, se han propuesto visiblemente separar las naciones que han doctrinado de todas las demás; quisieron separar su rebaño con señales distintas; dieron a sus adherentes Dioses, enemigos de los otros Dioses, cultos, dogmas y ceremonias diferentes; se persuadieron sobre todo de que las religiones de los otros eran impías y abominables. Con este indigno artificio, estos pícaros ambiciosos se apoderaron exclusivamente del espíritu de sus sectarios, los hicieron insociables, y mirar como proscriptos a todos aquellos que no tenían un culo, e ideas conforme a las suyas. He aquí como la religión ha llegado a cerrar los corazones, y desterrar para siempre el afecto que el hombre debía tener para sus semejantes. La sociabilidad, la indulgencia, la humanidad, primeras virtudes de la moral, son totalmente incompatibles con las preocupaciones religiosas.

El deísta nos grita: guardaos bien de adorar el Dios caprichoso y feroz de la teología; el mío es un ser infinitamente sabio y bueno, el padre de los

Hombres, el mas suave de los soberanos, el que colma el universo de sus beneficios: pero le diré: ¿no veis que todo desmiente en este mundo las bellas cualidades que dais a vuestro Dios? En la familia numerosa de este tierno padre solo veo desgraciados; bajo el imperio de este soberano tan justo, veo el crimen victorioso, y la virtud abatida; en medio de estos beneficios, que alabáis, y que vuestro entusiasmo quiere notar, yo veo una multitud de males de toda especie, de los cuales os abstenéis en apartar la vista. Obligado a reconocer que vuestro Dios tan bueno, contradiciéndose a sí propio, distribuye el bien y el mal con la misma mano, os veis obligados, para justificarle, a enviarme, como el cura, a las regiones de la otra vida. Inventad otro Dios el de la teología, porque el vuestro es tan contradictorio como el suyo: un Dios lleno de equidad, en cuyo imperio la inocencia es casi siempre oprimida: un Dios perfecto que solo produce obras imperfectas y miserables; ¿tal Dios y su conducta no son tan grandes misterios como el de la Encarnación?

Por poco que se fije la vista sobre la historia se halla uniformidad entre todas las religiones de los hombres. Se ve a las diferentes supersticiones tomas unas de oras, sus sueños abstractos y sus meditaciones. Las religiones son por lo común rapsodias informes combinadas pro nuevos doctores, que, para hacerlo, se han validado de los materiales de sus predecesores, reservándose el derecho de añadir, o quitar lo que conviniese a sus miras presentes. La religión, sobre todo entre los modernos, apoderándose de la moral, ha oscurecido totalmente sus principios. Ha hecho a los hombres insociables por deber; los ha obligado a ser inhumanos para con todos los que no pensaban como ellos, las disputas teológicas, igualmente ininteligibles para los dos partidos encarnizados unos contra otros, han perturbado los imperios, causado revoluciones, hecho perecer los Soberanos, y desolado la Europa entera. Estas miserables disputas no han podido apagarse ni aún con ríos de sangre. Después de la extinción del paganismo los pueblos se impusieron como una obligación religiosa el entrar en frenesí todas las veces que se viese disputar alguna opinión que sus sacerdotes creyesen contraría a la sana doctrina.

CAPÍTULO V

LA RELIGIÓN EN LOS HOMBRES ES CASUAL.

La religión es un asunto de costumbre y de moda; es preciso hacer como los otros, pero entre tantas religiones que vemos en el mundo ¿cuál de ellas se debe escoger? Este examen sería muy penoso y largo; es preciso, pues, atenerse a la religión de sus padres, a la de su país, y a la del príncipe, que tiene la fuerza a su disposición; esta religión debe ser la mejor. Solo la casualidad decide la religión de un hombre de un pueblo: los franceses serían hoy día tan musulmanes como cristianos, si sus antepasados no hubiesen rechazado en otro tiempo los esfuerzos de los Sarracenos.

El nacimiento del hombre en ninguna manera depende de su elección, no se le ha preguntado si quería o no venir al mundo. La naturaleza no le ha consultado sobre el país y padres que le ha dado. Sus ideas adquiridas, sus conocimientos verdaderos o falsos, son frutos necesarios de la educación que ha recibido, de la cual no ha sido árbitro. Sus pasiones y sus deseos son consecuencias necesarias del temperamento que la misma naturaleza le ha dado, y de las ideas que le han inspirado. Durante todo el curso de su vida sus voluntades y acciones son determinadas por sus conexiones, usos, negocios, placeres, conservaciones, pensamientos involuntarios, en una palabra, por una multitud de acontecimientos que están fuera del alcance de su poder. Incapaz de prever lo futuro, no sabe lo

Que querrá ni hará en el instante mismo que debe seguir a aquel en que se halla. El hombre llega a su fin sin que desde el momento de su nacimiento, hasta el de su muerte, haya sido libre un solo instante.

Si se juzga de las intenciones de la providencia por los acontecimientos y revoluciones de este mundo, es preciso creer que se muestra muy indiferente sobre las diversas religiones que vemos en la tierra: por espacio de muchos miles de años, el paganismo, el politeísmo y la idolatría, han sido las religiones del mundo; se asegura ahora que durante este período de tiempo, los pueblos mas florecientes no han tenido la mas leve idea de la divinidad, idea que sin embargo se dice tan necesaria a todos los hombres. Los cristianos pretenden que a excepción del pueblo judío, es decir, de un puñado de bribones, el género humano entero vivía en las mas crasa ignorancia de sus deberes para con Dios, y no tenía mas que nociones injuriosas de la majestad divina. El cristianismo, nacido del judaísmo, muy humilde en su oscuro origen, se hizo poderoso y cruel bajo los emperadores cristianos que, impelidos de un santo celo, le extendieron maravillosamente en su imperio a sangre y fuego, y lo elevaron sobre las ruinas del paganismo destruido. Mahoma y sus sucesores, ayudados por la providencia, o por mejor decir, por sus ejércitos victoriosos, llegaron en poco tiempo a hacer desaparecer la religión cristiana de una parte del Asia, del África y de la Europa misma: entonces el Evangelio se vio obligado a ceder su puesto al Alcoran.

En todas las facciones o sectas, que por espacio de una gran número de siglos han despedazado a los cristianos, la razón del mas fuerte fue siempre la mejor; las armas y la voluntad de los príncipes decidieron solamente de la doctrina mas útil para la salvación de las naciones. ¿No se podría inferir de aquí, o que la divinidad toma muy poco interés en la religión de los hombres, o que se declara siempre a favor de las opiniones que convienen mejor a las potestades de la tierra; en fin, que cambia los sistemas cuando aquellas tienen la voluntad de cambiarlos?

Un rey de Masaca, fastidiado de la idolatría de sus padres, tuvo un día el antojo de dejarla. El consejo del Monarca deliberó largo tiempo para saber si se llamarían doctores cristianos, o mahometanos. En la imposibilidad de escoger la mejor de las dos religiones, se resolvió hacer venir a un mismo tiempo misioneros de una y otra, y abrazar la doctrina de la que tuviesen ventaja de llegar los primeros; no se dudaba, que Dios

Que dispone de los vientos dejase de explicar por este medio sus voluntades; los misioneros de Mahoma fueron los mas diligentes, y el rey con su pueblo se sometió a la ley que el mismo se había impuesto; los misioneros de Cristo fueron despedidos por culpa de Dios, que no les permitió llegar a tiempo. Dios permite evidentemente que la casualidad decía de la religión de los pueblos.

Siempre los que gobiernan deciden infaliblemente de la religión de los pueblos. La verdadera religión no es jamás sino la del Soberano; el verdadero Dios es el que él quiere que se adore; la voluntad de los Sacerdotes que gobiernan al príncipe se hace siempre la voluntad de Dios. Un chistoso ha dicho con razón, que la religión verdadera es siempre aquella que tiene de su parte al soberano y al verdugo. Los emperadores y los verdugos han sostenido largo tiempo los Dioses de Roma contra el Dios de los cristianos; este, habiendo traído a su partido los emperadores, sus soldados, y sus verdugos, ha conseguido hacer desaparecer el culto de los Dioses romanos. El dios de Mahoma ha conseguido echar el Dios de los cristianos de gran parte de los estados que ocupaba en otro tiempo.

En la parte oriental del Asia hay un vasto territorio muy floreciente, abundante, y poblado en extremo, gobernado por letes tan sabias que los conquistadores mas feroces les han adoptado con respeto. Este es la China. A excepción del cristianismo que fue desterrado como peligro, los pueblos siguen las supersticiones que mas les acomodan, mientras que sus mandarines o magistrados desengañados mucho tiempo hace de la religión popular, solo se ocupan en velar que los bonzos o sacerdotes no se valgan de esta religión para turbar el sosiego del estado; sin embargo, no se ve que la providencia rehuse sus beneficios a una nación, cuyos jefes toman tan corto interés en el culto que se les da; los chinos gozan por el contrario de un bienestar y un reposo dignos de ser enviados por tantos pueblos crédulos, fátuos, o devotos, a quienes las diversas religiones asolan y destruyen continuamente.

Por poca atención con que se lea la historia, se verá el cristianismo, humilde al principio, se ha insinuado en las naciones salvajes y libres de la Europa, haciendo entender a sus jefes que sus principios religiosos favorecían al despotismo, y ponían un poder absoluto en sus manos. Vemos en consecuencia príncipes bárbaros convertirse con prontitud maravillosa, es decir, adoptar sin examen un sistema tan favorable a su ambición, y

Hacer toda clase de esfuerzos para hacerle abrazar a sus súbditos. Si los ministros de esta religión han modificado después muchas veces sus principios serviles, es porque la teoría no influye sobre la conducta de los ministros del Señor cuando conviene a sus intereses personales.

Los sectarios de una religión que predica, aunque solo en la apariencia, la caridad, la concordia y la paz, se han mostrado mas feroces que los caníbales o salvajes, siempre que sus doctores les han excitado a la destrucción de sus hermanos. No hay clase de delitos que los hombres no hayan cometido con la idea de ayunar a la divinidad, o de aplacar su cólera. Solo la libertad de pensar puede dar a los hombres grandeza del alma y humanidad. El conocimiento de un Dios tirano solo puede producir esclavos despreciables, taciturnos, pendencieros e intolerantes.

CAPÍTULO VI.

LA CARIDAD DE LA TEOLOGÍA.

CUANDO se echa en cara a los teólogos la esterilidad de sus virtudes teologales, nos alaban con entusiasmo la caridad, este amor tierno del prójimo de que el cristianismo hace un deber esencial a sus discípulos. Pero, ¡ah! ¿Qué se hace esta supuesta caridad cuando se trata de examinar la conducta de los ministros del Señor? ¿Preguntadles si es preciso amar a su prójimo, o hacerle bien, cuando es un impío, un hereje, un incrédulo, es decir, cuando no piensa como ellos? ¿Preguntadles si es preciso tolerar las opiniones contrarias a la religión que ellos profesan? ¿Preguntadles si el soberano puede mostrar indulgencia para con los que están en el error? Al momento su caridad desaparece, y el clero dominante dirá, que el príncipe solo tiene la espada para sostener los intereses de Dios; dirá que por amor al prójimo es preciso perseguirle; no hallaréis tolerancia sino en algunos sacerdotes también perseguidos, que apartaran a un lado la caridad cristiana, cuando tengan el poder de perseguir ellos mismos.

La religión cristiana, predicada en su origen por mendigos y hombres en extremo miserables, bajo el nombre de caridad recomienda muy fuertemente la limosna: la religión de Mahoma le hace igualmente un deber indispensable. Nada sin duda, es mas conforme a la humanidad, que socorrer a los desgraciados, vestir al desnudo, y tender una mano bienhechora a todo el que se halla en necesidad. Pero ¿no sería mas humano y caritativo

Precaver la miseria, e impedir que los pobres se multiplicasen? Su la religión en lugar de divinizar a los príncipes les hubiese enseñado a respetar las propiedades de sus vasallos, a ser justos, y a ejercer solo sus legítimos derechos, no se vería un número tan considerable de mendigos en sus estados. Un gobierno codiciosos, injusto, y tiránico multiplica la miseria; el rigor de los impuestos produce el desaliento, la pereza, y la miseria, que hacen a su tiempo salir a la luz los robos, los asesinatos, t los delitos de toda especie. Si los soberanos tuviesen mas humanidad, caridad y equidad, sus estados no estarían poblados de un número tan considerable de desgraciados, cuya miseria es imposible aliviar.

Los estados cristianos y mahometanos están llenos de grandes hospicios ricamente dotados, en los cuales se admira la piadosa caridad de los reyes y de los sultanes que los han fundado. ¿No hubiera sido mucho mas humano gobernar bien los pueblos, proporcionarles la comodidad, excitar y favorecer la industria y el comercio, y dejarles gozar con seguridad el fruto de sus trabajos, que oprimirlos bajo un despótico yugo, empobrecerlos con guerras insensatas, reducirlos a la mendicidad para satisfacer un lujo desenfrenado, y edificar después monumentos suntuosos que solo puede contener una pequeña porción de tantos millares a quienes se ha hecho infelices? La religión por sus virtudes, todo lo ha hecho al revés para los hombres; en lugar de precaver los males solo les ha aplicado remedios inútiles.

Los ministros del cielo han sabido siempre sacar partido de las calamidades de los demás: la miseria pública fue por decirlo así, su elemento; por todas partes se han hecho administradores de los bienes de los pobres, distribuidores de las limosnas, y depositarios de la caridad; con estos medios han extendido y sostenido siempre su poder sobre los desgraciados, que componen generalmente la mayor, la mas inquieta, y la mas sediciosa parte de la sociedad. De este modo los mayores males redundan y han redundado siempre en beneficio de los ministros del Señor.

Los sacerdotes de los cristianos nos dicen, que los bienes que poseen son los bienes de los pobres, y pretenden con este medio que sus posesiones son sagradas. En su consecuencia los soberanos y los pueblos se han apresurado a amontonar en sus manos rentas, fincas y tesoros. Bajo el pretexto de caridad nuestros guías espirituales se han hecho muy opulentos, y gozan a la vista de las naciones empobrecidas, bienes que solo estaban destinados

Para los desgraciados: estos, lejos de murmurar, alaban una santa generosidad que enriquece la iglesia, pero que a su vez contribuye a aliviar los pobres.

Según los principios del cristianismo, la pobreza es un sí una virtud, y la que los soberanos y los sacerdotes hacen observar con mayor rigor a sus esclavos. Con estas ideas un gran número de cristianos piadosos han renunciado de buena voluntad las riquezas perecederas de la tierra, distribuido su patrimonio a los pobres, y se han retirado a los desiertos para vivir en ellos en una indigencia voluntaria. Pero bien pronto este entusiasmo, y este gusto sobrenatural por la miseria han sido obligados a ceder a la naturaleza, los sucesores de estos pobres voluntarios vendieron a los pueblos devotos sus oraciones, y sus poderosa intercesión para con la divinidad; se hicieron ricos y poderosos; así los frailes y los solitarios vivieron en la sociedad y su pretexto de caridad devoraron descaradamente la sustancia del pobre.

La pobreza de espíritu es aquella de que la religión hizo siempre mas caso. La virtud fundamental de toda religión, es decir, la mas útil a sus ministros es la fe. Consiste en una credulidad sin límites, que hace creer sin examen todo aquello que los intérpretes de la divinidad tienen interés que se crea. Merced a esta maravillosa virtud, los sacerdotes se han hecho árbitros de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal; les fue muy fácil hacer cometer los mayores delitos cuando tuvieron necesidad de ellos para hacer valer sus intereses. La fe implícita ha sido el origen de los mas grandes atentados que se han cometido sobre la tierra.

La moral está fundada sobre las relaciones, necesidades e intereses constantes de los habitantes de la tierra; las que subsisten entre los hombres y Dios, o son completamente desconocidas o imaginarias. La religión asociando a Dios, o son completamente desconocidas o imaginarias. La religión asociando a Dios con los hombres, ha debilitado visiblemente, o destruido los vínculos que los unían entre sí. Los mortales se imaginan poder dañarse impunemente unos a otros, haciendo una reparación conveniente al ser supremo, a quien se le supone el derecho de personar todas las ofensas a sus criaturas.

Desde la mas remota antigüedad hasta nuestros días, la teología estuvo en posesión de arreglar ella sola los pasos de la filosofía: ¿qué socorros la ha suministrado? La trocó en una jerga ininteligible propia para volver inciertas las verdades mas claras: convirtió el arte de raciocinar en una

Ciencia de palabras; envió el espíritu humano a las aéreas regiones de la metafísica, donde se ocupó sin éxito alguno en sondear abismos inútiles y peligrosos. A las causas físicas y sencillas substituyó esta filosofía causas sobrenaturales, o por mejor decir, verdaderamente ocultas: explicó fenómenos difíciles por medio de agentes mas incomprensibles que los mismos fenómenos. Llenó el discurso de palabras faltas de sentido, incapaces de dar razón de las cosas, mas propias para oscurecerlas, que para aclararlas, y que parecen inventadas para oscurecerlas, que para aclararlas, y que parecen inventadas para desalentar al hombre, prevenirle contra las fuerzas de su imaginación, hacerle desconfiar de los principios de la razón y de la evidencia, y rodear la verdad de un foso impenetrable.

¿Qué hombre sensato, impedido del amor a la ciencia, e interesado en el bienestar de la humanidad, puede pensar sin rabia y sin dolor en la pérdida de tantas inteligencias profundas, laboriosas, y sutiles que después de muchos siglos, se han apurado necesariamente sobre quimeras siempre inútiles, y muchísimas veces peligrosas? ¿Qué de luces no hubieran podido infundir en los espíritus tanto raciocinador famoso, si en lugar de ocuparse de una teología vana y de sus impertinentes disputas, hubiese puesto su atención sobre objetos inteligibles, y verdaderamente importantes para los hombres? La mitad de los esfuerzos que ha costado a las naciones sus cultos frívolos ¿no hubiera bastado para ilustrarlas perfectamente sobre la moral, la política, la física, la medicina, la agricultura, etc.? La superstición absorbe casi siempre, la atención y riqueza de los pueblos; tienen una religión muy costosa; pero no tienen por su dinero luces, virtudes, ni felicidad.

En ningún tiempo se pudo sin un inminente peligro apartarse de las preocupaciones que la opinión había hecho sagradas. No se permitió hacer descubrimiento en asunto alguno; todo lo que los hombres mas ilustrados han podido hacer, ha sido hablar con palabras encubiertas, y muchas veces por una vil complacencia ligar vergonzosamente la mentira con la verdad. Muchos tuvieron una doble doctrina, ocultan la una, y descubierta la otra; habiéndose perdido la clase de aquella, sus verdaderos sentimientos se hacen muchas veces ininteligibles, y por consecuencia inútiles para nosotros.

CAPÍTULO VII.

ORÍGEN DE LAS OPINIONES RELIGIOSAS.

EN su origen las naciones salvajes y feroces, y que estaban continuamente en guerra, han adorado bajo diversos nombres algún Dios conforme a sus ideas, pero siempre un Dios cruel, carnívoro, interesado, y sediento de sangre. Hallamos en todas las religiones de la tierra un Dios de los ejércitos, un Dios celoso, un Dios vengador, un Dios exterminador, un Dios, que se complace en la matanza, y al que sus adoradores se han impuesto la obligación de servirle a su gusto. Se le sacrifican corderos, toros, niños, hombres, herejes, infieles, reyes y naciones enteras. Los servidores acérrimos de este Dios tan bárbaro, ¿no llegan a la locura de creerse obligados ellos mismos a ofrecérsele en sacrificio? Por todas partes se ven hombres perversos, que después de haber meditado trimestre a su Dios terrible, se imaginan que para agradecerle es necesario hacerse todo el mal posible, y aplicarse por honor suyo los tormentos mas extraños. En una palabra, por todas partes las ideas siniestras de la Divinidad, lejos de consolar a los hombres en las desgracias y ansias anexas a su existencia, han por el contrario llenado de turbación los corazones, y hecho producir locuras destructivas para ellos.

El origen de las opiniones religiosas dimana por lo común de los tiempos en que las naciones salvajes estaban aun en el estado de infancia. A hombres groseros, estúpidos, e ignorantes, fue a quienes los fundadores de religion

Se juntaron siempre para darles Dioses, cultos, mitologías y fábulas maravillosas y terribles. Estas quimeras adoptadas sin examen por los padres, se han transmitido con mas o menos variaciones a sus hijos que por lo regular no piensan mas que ellos.

Los primeros legisladores de los pueblos tuvieron por objeto dominarlos; el modo mas fácil de hacerlo fue amedrentándolos y prohibiéndoles pensar: los condujeron por senderos tortuosos, a fin de que no notasen los designios de sus guías: los obligaron a mirar al cielo, temerosos de que viesen lo que pasaba en la tierra y los distrajeron en el camino con fábulas; en una palabra, los trataron del mismo modo que las nodrizas, que emplean las canciones y las amenazas para hacer dormir a los niños, y obligarlos a que callen.

Toda religión en su origen fue un freno imaginado por los legisladores, que quisieron someter los espíritus de los pueblos mas groseros semejantes a las amas de cría que meten miedo a los niños para obligarlos a estarse quietos: los ambiciosos se sirvieron del nombre de los Dioses para atemorizar a los salvajes; el terror les pareció a propósito para obligarlos a soportar tranquilamente el yugo que querían imponerles. Pero ¿los duendes de la niñez son hechos para la edad madura? El hombre en su estado de madurez no cree en ellos, o si todavía cree, no se conmueve por ello, y sigue siempre su rumbo.

Las especulaciones teológicas y los sueños místicos de los antiguos están en posesión, aun en nuestros días, de dar la ley en una gran parte del mundo filosófico. Nos entretienen con seres aéreos, espíritus, ángeles, genios, y otros fantasmas que se hacen el objeto de las meditaciones de nuestros pensadores mas profundos, y que sirven de base a la metafísica, ciencia abstracta y fútil, sobre la cual se han ejercitado inútilmente los mayores ingenios después de muchos miles de años. Así las hipótesis imaginadas por algunos fátuos de Méfís y de Babilonia, se han hecho fundamentos de una ciencia venerada por su oscuridad, que la hace pasar por maravillosa y divina.

Los sacerdotes fueron los primeros legisladores de las naciones: los primeros mitologistas y poetas fueron sacerdotes; sacerdotes los primeros sabios. La ciencia entre sus manos se hizo una cosa sagrada y prohibida a los profanos; solo hablaron con alegorías, emblemas, enigmas y oráculos ambiguos, medios muy a propósito para excitar la oscuridad, hacer trabajar

La imaginación, sobre todo para inspirar al vulgo asombrado un santo respecto a hombres, a quienes se creía instruidos por el cielo, capaces de leer en los destinos de la tierra, y que se vendían temerariamente por órganos de la divinidad.

Todos los Dioses adorados por los hombres, tienen origen salvaje; han sido visiblemente imaginados, o presentados por legisladores ambiciosos y astutos a naciones sencillas y groseras, que carecían del valor y capacidad necesaria para examinar madurmanete los objetos que a fuerza de terror se les hacía adorar. Mirando de cerca el Dios, que vemos todavía adorado en nuestros días por las naciones mas civilizadas, es forzoso conocer que tiene evidentemente rasgos salvajes. Ser salvaje, es no conocer mas derecho que la fuerza; ser cruel hasta el extremo; seguir solamente su capricho, y estar falto de prudencia, de razón y de previsión.

¡Pueblos que os creéis civilizados! ¿no reconocéis por este horrible carácter el Dios a quien prodigáis vuestros inciensos? Las pinturas que se os hacen de la divinidad ¿no son visiblemente tomadas del humor implacable, celosos, vengativo, sanguinario, caprichoso, e inconsiderado del hombre que aún no ha cultivado su razón? ¡Oh hombres! ¡Solo admiráis un gran salvaje a quien por lo mismo miráis como un soberano lleno de perfecciones!

Las opiniones religiosas de los hombres de todos los países, son momentos antiguos y perennes de la ignorancia, de la credulidad, de los terrores, y de la ferocidad de sus antecesores. Todo salvaje es un hombre ávido de lo maravilloso, que cree todo, y jamás piensa sobre lo que le parece a propósito para remover su imaginación; su ignorancia sobre las miras de la naturaleza le hace que atribuya a espíritus, a encantamientos, y a magia todo lo que le parece extraordinario; a su vista sus sacerdotes son hechiceros, en los que supone un poder divino, delante de los cuales su razón confundida se humilla, y cuyos oráculos son para él secretos infalibles, que sería muy peligroso contradecir.

En materias de religión los hombres por lo general han quedado en su primitiva barbarie. Las religiones modernas son locuras antiguas rejuvenecidas o presentadas bajo cualquier aspecto nuevo. Si los antiguos salvajes han adorado montañas, ríos, serpientes, árboles, ídolos e todas especies; si los sabios Egipcios han rendido sus homenajes a cocodrilos, ratas y cebollas, ¿no vemos pueblos que se creen mas sabios que ellos,

Adornar con mucho respeto un pedazo de pan, al cual se imaginan que los encantos de sus sacerdotes han hecho descender a la divinidad? ¿no es el Dios Pan, ídolo de muchas naciones cristianas tan poco razonables en esta parte como las mas incultas?

La ferocidad, la estupidez, y la locura del hombre salvaje se han manifestado en todo tiempo en los usos religiosos, que fueron continuamente crueles, o extravagantes. Un espíritu de barbarie se ha perpetuado hasta nosotros; y se divisa en las religiones que siguen las naciones mas civilizadas. ¿No vemos ofrecer aun a la divinidad víctimas humanas? Con la mira de apaciguar la cólera de un Dios, que se supone siempre tan feroz, tan celosos, tan vengativo como un salvaje, ¿las leyes de sangre, no hacen perecer con suplicios horribles a aquellos que se cree que le desagradan por su modo de pensar? Las naciones modernas instigadas por sus sacerdotes han excedido quizá en crueldad a la locura atroz de las naciones mas bárbaras: a lo menos no hallamos que haya vendido a la imaginación de algunos salvajes atormentar por opiniones, escudriñar los pensamientos, e inquietar a los hombres por movimientos invisibles de su imaginación.

Cuando se ven naciones civilizadas y sabias, ingleses, franceses, alemanes, rusos, etc., a pesar de todas sus luces y vastos conocimientos, continuar postrándose delante del bárbaro Dios de los judíos, es decir del pueblo mas estúpido, mas crédulo, mas salvaje, y mas insociable que ha habido jamás sobre la tierra; cuando se ve a estas naciones ilustradas dividirse en sectas, despedazarse una a otras, aborrecerse y despreciarse por opiniones igualmente ridículas que conciben sobre la conducta y las intenciones de este Dios falto de razón; cuando se ve a personas ilustradas ocuparse neciamente en contemplar las voluntades de este Dios lleno de caprichos y locuras, es casi forzoso exclamar: ¡Oh hombres! Vosotros sois salvajes aún. ¡Oh hombres! Solo sois niños cuando se trata de religión.

Las religiones de los sacerdotes antiguos han desaparecido, o por mejor decir, solo han mudado de forma. Aunque nuestros teólogos modernos los miran como impostores, han tenido cuidado de recoger muchos fragmentos esparcidos de sus sistemas religiosos, cuyo todo no existe ya para nosotros: encontramos aun en nuestras religiones modernas no solamente sus dogmas metafísicos que la teología no ha hecho mas que vestirlos de otro modo, sino que también vemos en ellos restos notables de sus prácticas supersticiosas, de su theurgía, de su magia, y de sus encantamientos. Se manda aun

A los cristianos que mediten con respecto a los monumentos que les restan los legisladores, de los sacerdotes, y de los profetas de la religión hebraica que según la apariencia, había tomado del Egipto los caprichosos conocimientos de que le vemos llena. ¡Así las extravagancias inventadas por los bribones, o delirantes idólatras son aún opiniones sagradas para los cristianos!

Son claros los oráculos que la divinidad ha revelado a las naciones por medio de sus diferentes enviados. Para hacer vacilar la existencia de un Dios, no es necesario mas que pedir a un teólogo que hable de él: desde a primera palabra, lamedor reflexión nos hace ver que lo que dice es incompatible con la esencia que le atribuye. ¿Qué es Dios? Es una palabra abstracta hecha para designar la fuerza oculta de la naturaleza, o es un punto matemático que no tiene longitud, ni profundidad. Un filósofo ha dicho, muy ingeniosamente hablando de los teólogos, que han hallado la solución del famoso problema de Arquímedes: un punto en el cielo, desde el cual dirigen el mundo.

Para evitar todo inconveniente se nos dice que es necesario saber que cosa es Dios, que es preciso adorarle sin conocerle, que nos está prohibido dirigir nuestra temeraria vista sobre sus atributos. Pero antes de saber si es forzoso adorar un Dios, ¿no convendría asegurarse de su existencia? Pero, ¿Cómo asegurarse de que existe, antes de haber examinado si es posible que la cualidades diversas que se le dan, se hallen en él? El verdadero adorar a Dios, no es otra cosa que adorar las ficciones de su propia cabeza, o mejor decir, es no adorar cosa alguna.

La religión pone a los hombres de rodillas delante de un ser sin extensión, y que por lo mismo es infinito, y lo llena todo con su inmensidad; delante de un ser todopoderoso que no ejecuta jamás lo que desea; delante de un ser sumamente bueno, y que no hace sino descontentos; delante de un ser amigo del orden y en cuyo gobierno todo está en desorden ¡adivínese que cosa es el Dios de la teología? Jamás podrán los hombres estar asegurados de la existencia de un ser que nunca se ha podido examinar, y del que es imposible formarse alguna idea permanente, cuyos diferentes efectos sobre nosotros mismos nos impiden formar un juicio invariable; y cuyo conocimiento no puede ser uniforme en nuestras diferentes imaginaciones.

*AQUÍ VA UNA IMAGEN A HOJA COMPLETA

CAPÍTULO VIII.

SOBRE EL ORDEN DE LA NATURALEZA.

Reconoced, se nos frita sin cesar, la mano de un Dios, de un obrero infinitamente inteligente y poderosos, en una obra tan maravillosa como la máquina humana. Convengo en que la máquina humana es maravillosa; pero supuesto que el hombre existe en la naturaleza, no me creo con derecho de poder decir que su formación está fuera del alcance de la misma naturaleza; añadiré que comprenderé mucho menos la formación de la máquina humana cuando para explicármela se me dice que un puro espíritu, que no tiene ojos, pies, manos cabeza, pulmones, boca ni alimento, ha hecho al hombre, tomando un poco de barro y soplando encima.

Los habitantes salvajes del Paraguay se dicen descendientes de la Luna, y nos parecen estúpidos: los teólogos de la Europa se dicen descendientes de un espíritu puro. ¿Es mucho mas sensata esta pretensión?

El hombre es inteligente; Deducese pues que no puede ser sino la obra de un ser inteligente, y no de una naturaleza falta de inteligencia. Aunque nada sea mas raro que ver hacer uso al hombre de esta inteligencia de que esta tan ufano, convendré en que es inteligente, que sus necesidades desarrollan en él esta facultad, y que la sociedad de los demás hombres contribuye sobre todo a cultivarla. Pero en la máquina humana, y en la inteligencia de que está dotada, nada veo que muestre de un modo incontestable la inteligencia

Infinita del obrero, a quien se hace el honor de atribuírsele; veo que esta máquina admirable está sujeta a desbaratarse, que entonces su inteligencia maravillosa se turba, y desaparece algunas veces del todo: concluyo que la inteligencia humana depende de cierta disposición de los órganos materiales del cuerpo, y que, de que el hombre sea un ser inteligente, no hay motivo para reducir que Dios debe serlo también, como, de que el hombre es material no le hay para deducir que Dios es material. La inteligencia del hombre ni prueba la malicia de Dios, de quine se pretende que el hombre es hechura. De cualquier modo que la teología se afiance, Dios será siempre una causa opuesta a sus efectos, de la cual es imposible juzgar por sus obras. Siempre veremos resultar males, imperfecciones y locuras de una causa que se dice llena de bondad, de perfecciones y sabiduría.

¡Así, pues, diréis, el hombre inteligente, lo mismo que el universo y todo lo que encierra son efectos de la casualidad! No, os replicaré, el universo no es un efecto, es la causa de todos los efectos: todos los seres que encierra son efectos necesarios de esta causa, que algunas veces nos manifiesta su modo de obrar, y otras nos lo oculta. Los hombres se valen de la palabra casualidad, para cubrir la ignorancia en que están de las verdaderas causas: pero aunque las ignoren no dejan por eso de obrar con arreglo a las leyes invariables. No hay efectos sin causas.

La naturaleza es una palabra de que usamos para designar el conjunto un inmenso de los seres, de las materias diversas, de las infinitas combinaciones, y de los varios movimientos de nuestra vista es testigo. Todos los cuerpos organizados, o no organizados, son resultados necesarios de ciertas causas hechas para producir precisamente los efectos que vemos. Nada puede hacerse en la naturaleza por casualidad; todo sigue leyes fijas; esta no son mas que la continuación precisa de ciertos efectos con sus causas. Un átomo no encuentra casualmente, o por casualidad a otro átomo; este encuentro es debido a las leyes permanentes, que hacen que cada ser obre precisamente como lo hace, y no puede obrar de otro modo en las circunstancias que le están señaladas. Hablar del concurso casual de los átomos o atribuirles ciertos efectos por casualidad, es decir que se ignoran las leyes por las cuales los cuerpos obran, se encuentran, se combinan o se separan.

Todo se hace por casualidad para los que no conocen la naturaleza, las

Propiedades de los seres y los efectos deben forzosamente resultar del conjunto de ciertas causas. No es pues la casualidad la que ha fijado el Sol en el centro de nuestro sistema planetario; es que debe ocupar el lugar que tiene por su esencia y la materia que está compuesto, y desde allí repartirla para vivificar a los demás seres encerrados en los planetas.

Los adoradores de un Dios hallan sobre todo en el orden del universo una prueba incontestable de la existencia de un ser inteligente y sabio que le dirige pero este orden, no es mas que una continuación de los movimientos necesarios traídos por causas o circunstancias que nos son unas veces favorables, y otras adversas; aprobamos las unas, y nos quejamos de las otras.

La naturaleza sigue constantemente el mismo rumbo, es decir, las mismas causas producen los mismos efectos, mientras no se impida su acción por otras causas que obligue a las primeras a producir efectos diferentes. Cuando las causas cuyos efectos experimentamos son turbadas en sus acciones o movimientos por otras causas que por sernos desconocidas no son menos naturales ni precisas, quedamos admirados; acudimos al milagro, y las atribuimos a una causa mucho mas desconocida que todas aquellas que vemos obrar a nuestra vista.

El universo está siempre en orden y no puede estar fuera de él. Nuestra máquina es ola la que padece cuando nos quejamos de su desorden. Los cuerpos, las causas, y los seres que este mundo encierra, obran necesariamente del modo que los vemos, bien aprobemos sus efectos o bien los desaprobemos. Los temblores de tierra, los volcanes, las inundaciones, las pestes, las hambres, los efectos tan necesarios, o están tan en el orden de la naturaleza, como la caída de los cuerpos pesados, el curso de los ríos, los movimientos periódicos del mar, el impulso de los vientos, las lluvias fecundas, y los efectos favorables por los cuales alabamos la providencia, y la damos gracias por sus beneficios.

Maravillarse de ver reinar cierto orden en el mundo, es admirarse de que las mismas causas produzcan los propios efectos. Asombrarse de ver el desorden es ignorar que habiendo cambiado las causas o sido turbadas en sus acciones, los efectos no pueden ser los mismos, sorprenderse de ver reinar el orden en la naturaleza, es admirarse de que pueda existir alguna cosa, es sorprenderse de su propia existencia. Lo que es orden para un ser, es desorden para otro. Todos los seres dañados hallan que todo está

En orden, cuando pueden impunemente desordenar todo, hallan al contrario, que todo está en desorden cuando se les impide el ejercicio de sus maldades.

Dícese que Dios está en todas partes, que lo llena todo con su inmensidad, que no se hace cosa alguna sin él, que la materia no podría obrar sin tenerle por motor. ¿Pero en este caso, convenís en que vuestro Dios es el autor del desorden; que él es quien desarregla la naturaleza; que él es el padre de la confusión; que está en el hombre, y que le mueve en el momento en que peca. Si Dios está en todas partes, está en mí, obra conmigo y se engaña conmigo, y combate conmigo la existencia de Dios. ¡Ah teólogos, nunca os entendéis cuando habláis de Dios!

Para ser lo que llamamos inteligencia, es preciso tener ideas, pensamientos y voluntades; es necesario tener órganos; para tener órganos es indispensable tener un cuerpo; para obrar sobre cuerpos es necesario tenerle; para experimentar el desorden es preciso ser capaz de sufrir, de donde se sigue evidentemente que un puro espíritu no puede ser inteligente, si afectarse por lo que pasa en el mundo.

La inteligencia divina, las ideas divinas, los juicios divinos, no tienen, decís, nada de común, con las de los hombres. Enhorabuena pero en este caso, ¿cómo pueden los hombres juzgar bien o mal de estos juicios, razonar sobre estas ideas, y admirar esta inteligencia? Esto sería juzgar, admirar, y adorar una cosa de que no se puede tener idea. Adorar los juicios profundos de la sabiduría divina, y admirar estos mismos juicios, ¿no es admirar sin saber por qué? La admiración es siempre hija de la ignorancia. Los hombres son admirados sino lo que no comprenden.

Todas estas cualidades que se atribuyen a Dios, no pueden en manera alguna convertir a un ser que por su esencia misma está privado de toda analogía con los seres de la especie humana. Es verdad que se cree salir del apuro, exagerando las cualidades humanas de que se ha adornado a la divinidad; se las exagera hasta lo infinito y desde entonces se cesa de entenderlas. ¿Qué resulta, pues, de esta combinación del hombre con Dios, o de esta Theantropía? No resulta sino una quimera de la que nada se puede afirmar, sin que al punto se desvanezca el fantasma que tanto cuidado se había tenido de combinar. Adorando al hombre a Dios, se adora a sí mismo.

¿La reflexión más ligera no debiera bastar para probarnos que Dios no

Puede tener ninguna de las cualidades, virtudes, o perfecciones humanas? Nuestras virtudes y nuestras perfecciones son consecuencia de nuestro temperamento modificado, ¿Tiene Dios un temperamento como nosotros? Nuestras buenas cualidades son disposiciones relativas a los seres con quienes vivimos en sociedad. Dios, según vosotros, es un ser aislado Dios no tiene semejante; Dios no vive en sociedad; Dios no tiene necesidad de nadie; goza de una felicidad que nada puede alterarla; convenid pues, según estos principios, en que Dios no puede tener lo que llamamos virtudes, y que los hombres no pueden ser virtuosos con respecto a él.

¡Veis que todo esta en acción en la naturaleza, y pretendéis que la naturaleza por sí misma este muerta y sin energía! ¿Creéis que con este conjunto, esencialmente obrando, tiene necesidad de un motor? ¡Ah! Cuál es pues este motor? Es un espíritu; es decir, un ser absolutamente incomprensible y contradictorio. Comprended de una vez que la materia obra por sí misma, y cesad de creer en vuestro motor espiritual, que nada posee de lo necesario para ponerla en movimiento. Volved de vuestros desvaríos inútiles; entrad de un mundo imaginario en uno efectivo; ateneos a las causas segundas y dejad de los teólogos su causa primera, de la cual no tiene necesidad la naturaleza para producir los efectos que veis.

Solo por la diversidad de impresiones y efectos que las materias o los cuerpos causan sobre nosotros de modo que las conozcamos, tenemos percepciones e ideas; las distinguimos unas de otras, y las señalamos propiedades. Luego, para percibir, o sentir un objeto, es forzoso que este objeto obre sobre nuestros órganos; no puede hacerlo, sin excitar algún movimiento en nosotros, ni puede producirle, sino esta en movimiento el mismo. Para ver un objeto es preciso que mis ojos sean chocados; no puedo concebir la luz y la visión sin un movimiento en el cuerpo luminoso, extenso, colorado, que se comunica a mis ojos, o que sobre mi retina. Cuando huelo una cosa, es preciso que mi olfato se irrite o ponga en movimiento por las partes que se exhalan de la cosa olida. Cuando oigo un sonido es preciso que el tímpano de mi oído sea tocado por el aire puesto en movimiento por un cuerpo sonoro, que no obraría, si no fuese movido. De donde se sigue evidentemente que sin movimiento no puedo conocer, percibir, distinguir, comparar ni juzgar los cuerpos, ni aun ocupar mi pensamiento en materia alguna.

Se nos dice gravemente que no hay efecto sin causa; se nos repite a cada

Instante, que el mundo no se ha hecho él mismo. Pero el universo es una causa, y no un efecto, no es una obra, no ha sido hecho, porque es imposible que lo fuese. El mundo ha existido siempre, su existencia es necesaria. El es causa para sí mismo. La naturaleza, cuya misión es obrar y producir para llenar sus funciones, como lo hace a nuestra vista, no tiene necesidad de un motor invisible, mucho mas desconocidos que ella misma. La materia se mueve por su propia energía, por una continuación necesaria de su heterogeneidad: la diversidad de los movimientos o modos de obrar, constituye solo a la diversidad de las materias: no distinguimos los seres unos de otros sino por la diferencia de las impresiones, o de los movimientos que comunican a nuestros órganos.

¿Gira la tierra alrededor del sol? Dos siglos hace que un físico devoto hubiera respondido que no se podría sin pensarlo sin blasfemia, en vista de que semejante sistema no podía convenir con los libros sagrados que todo cristiano venera como inspirados por la misma divinidad. ¿Qué se piensa en el día de hoy? A pesar de la inspiración divina de los filósofos cristianos han llegado por fin a atenerse a la evidencia, mejor que sus libros inspirados.

¿Cuál es el principio oculto de las acciones y movimientos del cuerpo humano? El alma, ¿qué es el alma?- un espíritu- ¿qué es un espíritu?- una sustancia que no tiene forma, color, extensión, ni partes.- ¿cómo semejante sustancia puede concebirse? ¿cómo puede mover un cuerpo?- se ignora, es un misterio.- ¿los animales tienen alma?- el Cartesiano asegura que son puras máquinas. ¿Pero no los vemos obrar, sentir, y pensar de un modo muy semejante al hombre? Husión pura.- ¿Con qué derecho priváis a los animales del alma, que sin conocerla atribuíis al hombre?- porque las almas de los animales embarazarían a nuestros teólogos, que contentos con poder asombrar y condenar las almas inmortales de los hombres, no tienen el mismo interés en condenar la de los animales.

¡Tales son las soluciones pueriles que la filosofía, conducida siempre con andadores por la teología, se vio obligada a inventar para explicar los problemas del mundo físico y moral?

¿De dónde viene el hombre? ¿cuál es su primer origen? ¿es el efecto del concurso casual de los átomos? ¿el primer hombre ha sido formado del todo del polvo de la tierra? No lo sé: el hombre me parece una producción de la naturaleza, como todas las demás que ella encierra. Tan embarazado me

Hallaría para decirnos de donde han venido las primeras piedras, los primeros árboles, los primeros leones, los primeros elefantes, las primeras hormigas, las primeras bellotas, etc., como de explicaros el origen de la especie humana.

Si se mira atentamente, y sin preocupación la conducta equívoca de la providencia con respecto a la especie humana, y a todos los seres sensibles, se vera que lejos de parecerse a una madre tierna y cuidadosa que debe afanarse para el bien y la felicidad de sus propios hijos, se asemeja, mucho mas a las madres crueles y desnaturalizadas, que olvidando en un momento los frutos infelices de sus lúgubres amores abandonan a sus hijos así que han nacido, y contentas con haberlos solamente engendrado los dejan expuestos sin socorro a los caprichos de la suerte. Este raciocinio es mas justo y mas conforme a la experiencia, que el obstinarse en no ver en Dios sino bondad, sabiduría, previsión, y negar que los innumerables males de que este mundo es teatro, deben venir de la misma mano que besan con sumisión, y enajenamiento

CAPÍTULO IX.

SOBRE LOS MISTERIOS Y MILAGROS.

Si nos lamentamos de no comprender cosa alguna de la religión de hallar en ella cada paso absurdo que repugnan, y de ver cosas imposibles, se nos dice que no somos hechos para concebir cosa alguna de las verdades que la religión nos propone; que la razón se extravía, y es un guía infiel y capaz de conducirnos a la perdición; se nos asegura, además, que lo que es locura a los ojos de los hombres es sabiduría a los de Dios, a quien nada es imposible. En fin, para cortar de una sola palabra las dificultades mas insuperables que la teología nos presenta por todas partes, se concluye diciéndonos que estos son misterios.

¿Qué es un misterio? Si examino la cosa de cerca, descubro al momento que un misterio no es nunca mas que una contradicción, un absurdo palpable, y un imposible manifiesto, sobre el cual los teólogos quieren obligar a los hombres a cerrar los ojos; en una palabra, un misterio es todo lo que nuestros doctores espirituales no pueden explicarnos.

Es muy ventajoso para los ministros de la religión que los pueblos nada comprendan de lo que ellos enseñan como es completamente inútil examinar lo que no se comprende, cuando no se ve, es preciso dejarse guiar. Si la religión fuese clara, los sacerdotes no tendrían tanto que hacer aquí abajo.

Nada de religión sin misterio; el misterio es una esencia; una religión

Falta de misterios sería una contradicción en los términos. El Dios que sirve de fundamento a la religión natural, al deísmo, es en sí mismo el mayor de los misterios para toda imaginación que quiere pensar en él.

Todas las religiones reveladas que existen en el mundo están llenas de dogmas, misterios, principios ininteligibles, maravillas increíbles y cuentos asombrosos, que parecen inventados para confundir la razón. Toda religión anuncia un Dios oculto, cuya esencia es un misterio; en consecuencia la conducta que se le asigna es tan difícil de concebir como su esencia misma. La divinidad jamás ha hablado sino de un modo enigmático y misterioso en las diversas religiones que ha fundado en las diferentes regiones de nuestro globo: no se ha revelado por todas partes, sino para advertir a los mortales que quería que creyesen contradicciones imposibles, y cosas a las que no les era posible aplicar ninguna idea verdadera.

Cuanto mas misterios tiene una religión, y mas cosas increíbles y extravagantes presenta al espíritu, mayor motivo tiene para agrandar a la imaginación de los hombres, en la que halla un alimento continuo, cuanto mas tenebrosa es la religión, mas divina parece, es decir, mas conforme a la naturaleza de un ser oculto, de quien no se tiene idea.

Es propio de la ignorancia preferir lo desconocido, oculto, maravilloso, fabuloso, increíble y aun lo terrible, a lo claro, sencillo y verdadero. La verdad no choca a la imaginación tan vivamente como la ficción, que por otra parte cada uno es dueño de arreglar a su modo. El vulgo nada apetece mejor que escuchar fábulas; los sacerdotes y legisladores, inventando las religiones, y forjando misterios le han dado por el gusto. Se han atraído por este medio a los entusiastas, a las mujeres, y los ignorantes. Con seres de esta especie se necesitan muy pocas razones, porque son incapaces de examinar; el amor a lo sencillo y verdadero solo se encuentra en el pequeño número de aquellos cuya imaginación se ha dirigido por el estudio y la reflexión.

Los vecinos de un lugar nunca están contentos con su cura que cuando les mezcla mucho latín en un sermón. Los ignorantes se imaginan siempre que aquel que les dice cosas que ellos no comprenden, es precisamente un hombre muy hábil. He aquí el verdadero principio de la incredulidad de los pueblos, y de la autoridad de los que pretenden dirigirlos.

Hablar a los hombres para anunciarles misterios, es lo mismo que dar

Y guardar la cosa: es hablar para no ser entendido, el que solo habla por enigmas, o busca diversión en el desorden que causa en el espíritu, tiene interés que no explicarse con claridad. Todo secreto anuncia desconfianza, falta de poder o temor. Los príncipes y sus ministros hacen un misterio de sus proyectos, de miedo que sus enemigos llegando a conocerlos los descubran ¿Puede un Dios bueno divertirse con sus criaturas? Un Dios que goza de un poder, al cual nada en el mundo es capaz de resistir, ¿puede enseñar que sus miras sean impedidas? ¿Qué interés tendrían en haceros vender enigmas y misterios?

Se nos dice que el hombre por la debilidad de su naturaleza es incapaz de comprender cosa alguna de la economía divina: que no puede ser para él sino un tejido de misterios: que Dios no puede descubrirle secretos precisamente superiores a su alcance. En este caso responderé siempre que ya que el hombre no está hecho para ocuparse en la economía divina, esta de ningún modo puede interesarle; que ninguna necesidad tiene de misterios que no podrá comprender; y que una religión misteriosa es ya inútil al hombre, como un discurso par aun rebaño de ovejas.

Los fundadores de todas las religiones comúnmente han probado sus misiones con milagros. Pero; ¿Qué es un milagro? Es una opinión directamente opuesta a las leyes de la naturaleza. Pero, según vosotros, ¿quién había hecho estas leyes? Dios; ¡Así, vuestro Dios, que según decís, lo ha previsto todo, contradice las leyes que su sabiduría impuesto a la naturaleza! Estas leyes estaban, pues, incompletas, a lo menos en ciertas circunstancias no convenían a las miras de este mismo Dios, pues nos decís que ha creído deber suspenderlas, o contrariarlas.

Se nos quiere persuadir que hombres favorecidos del todo poderoso han recibido de él el poder de hacer milagros; pero para hacer un milagro es preciso tener la facultad de crear nuevas causas, capaces de producir efectos contrarios a lo que las causas ordinarias pueden obrar. ¿Se concibe bien que Dios pueda conceder a los hombres, el poder incomprensible de crear, o sacar causas de la nada? ¿Es creíble que un Dios, que nada muda, pueda comunicar a los hombres el poder de cambiar o rectificar su plan, poder, que en su esencia, de ser inmutable no puede tener él mismo. Los milagros lejos de honrar a Dios, y de probar la divinidad de la religión, amenguan evidentemente la idea que se nos da de Dios, de su inmutabilidad, de sus atributos incommunicables, y aun de su absoluto poder. ¿Cómo puede

De un teólogo decimos que un Dios que ha debido abarcar todo el conjunto de su plan, que no ha podido hacer sino leyes muy perfectas, y que nada puede variar, se ve obligado a usar de milagros para realizar sus proyectos, o puede conceder a sus criaturas la facultad de hacer prodigios para ejecutar sus diversas voluntades? ¿Es creíble que un Dios tenga necesidad del apoyo de los hombres? Un ser todo poderoso, cuyas voluntades se cumplen siempre, que tiene en sus manos los corazones y los pensamientos de sus criaturas, no tiene mas que querer arar crear todo lo que desea.

¿Qué diremos de algunas religiones que tienen cuidado ellas mismas de hacernos sospechosos? ¿Cómo dar fe a los milagros escritos en el libro sagrado de los cristianos, en que Dios se alaba de endurecer los corazones, y alucinar a los que quiere perder; donde este Dios permite a los malos espíritus y a los mágicos hacer milagros tan grandes como los de sus siervos; donde se pronostica que el Ante- Cristo tendrá poder de obrar prodigios capaces de hacer vacilar la fe de los mismos escogidos? Supuesto esto, ¿porqué señales reconoceremos si Dios quiere instruirnos, o si nos arma un lazo? ¿Cómo distinguir si las maravillas que vemos dimanar de Dios o del diablo?

Pascal para sacarnos del apuro nos dice muy gravemente: que es preciso juzgar la doctrina por los milagros, y los milagros por la doctrina; que la doctrina hace conocer los milagros, y los milagros la doctrina. Si existe un círculo vicioso y ridículo, es sin duda en este bello razonamiento de uno de los mas acérrimos defensores de la religión cristiana. ¿Cuál es la religión en este mundo que no se alaba de poseer la doctrina mas admirable, y que no cite en su apoyo un gran número de milagros? Pero un milagro ¿es capaz de destruir la evidencia de una verdad demostrada? Aun cuando un hombre tuviese el secreto de curar todos los enfermos, enderezar todos los cojos, resucitar todos los muertos de una ciudad? Elevarse en los aires, detener el curso del Sol y de la Luna ¿podría convencerme por eso que dos y dos no hacen cuatro, que una son tres, que tres es una sola; que un Dios que llena el universo con su inmensidad ha podido encerrarse en el cuerpo de un judío: que el eterno puede morir como un hombre, y que un Dios a quien se dice inmutable, pródigo y juicioso, ha podido mudar de parecer sobre su religión, y reformar su propia obra, por una revelación moderna?

Según los principios mismos de la teología, sea natural, sea revelada

Toda revelación moderna debería pasar por falsa, toda mudanza en una religión dimanada de la divinidad debería ser reputada por impiedad, por blasfemia. ¿No supone toda reforma que Dios no ha podido ni querido hacer tan razonable al pueblo que ilustraba como debía ser para agradarle?

El cristianismo es una impiedad, si es verdad que el judaísmo ha sido en otro tiempo una religión realmente dimanada de Dios santo, inmutable, todo poderoso y pródigo. La religión de Cristo supone, o defectos en la ley que Dios mismo había dado por medio de Moisés, o falta de poder, o malicia en este Dios que no ha podido, o querido hacer a los judíos, como era necesario que fuesen para ser a su gusto. Todas las religiones nuevas o reformadas de las antiguas están sin duda alguna fundadas sobre la falta de poder, la inconstancia, y la malicia de la divinidad.

¿Qué testigos se nos citan para obligarnos a creer milagros increíbles, o mejor diremos, tonterías y frivolidades? Se llama en testimonio a pueblos necios que no existen después de millares de años; y que aun cuando pudiesen atestiguar los milagros en cuestión, se podría sospechar que habían sido engañados por su propia imaginación y de haberse dejado seducir por las apariencias que los impostores diestros obraban a su vista. Pero, diréis, estos milagros están depositados en los libros que por una constante tradición se han perpetuado hasta nosotros. ¿Por quién han sido escritos estos libros? ¿quiénes son los hombres que los han transmitido y perpetuado? Son las mismas gentes que han establecido las religiones, o aquellos que se han hecho sus adherentes y causantes. ¡Así pues, en materia de religión el testimonio de las partes interesadas es irrefragable y no puede ser disputado!

¿Contribuyen evidentemente las ideas de Dios a la felicidad del pueblo, a quine las declara? Examinando las voluntades divinas solo hallo siempre ordenanzas caprichosas, preceptos ridículos, misterios incomprensibles, ceremonias cuyo objeto no se adivina, prácticas pueriles, una etiqueta indigna del monarca de la naturaleza, ofrendas, sacrificios y expiaciones útiles a los ministros de Dios, pero muy gravosas al resto de los hombres.

CAPÍTULO X.

CULPA EN DIOS SI EL HOMBRE PECA.

DICE la teología; el hombre al salir de las manos de Dios estaba puro, inocente y bueno; pero su naturaleza se ha corrompido en castigo del pecado, si el hombre ha podido pecar aún al salir de las manos de Dios, su naturaleza no estaba perfecta. ¿Porqué Dios ha permitido que pecase y su naturaleza se corrompiese ¿porqué Dios le ha dejado seducir sabiendo muy bien que sería demasiado débil para resistir al tentador? ¿porqué Dios ha criado a Satanás, n espíritu maligno, un tentador ¿porqué Dios, que quiere tanto bien para el género humano, no ha aniquilado y confundido de una vez tantos malos genios, a quienes su naturaleza hace enemigos de nuestra felicidad? O mas bien, ¿porqué Dios ha criado genios malos, de quienes debía prever las victorias y las influencias terribles sobre todo el género humano? En fin, ¿porqué fatalidad en todas las religiones del mundo el mal principio tiene una ventaja notable sobre el bueno. O sobre la divinidad?

Se cuenta un rasgo de sencillez que hace honor al buen corazón de un fraile italiano, este buen hombre, predicando un día, se creyó obligado a anunciar a su auditorio, que gracias al cielo, a fuerza de meditar había en fin descubierto un medio seguro de hacer a todos los hombres felices. << El diablo, decía, no tienta a los hombre sino para tener en los infiernos compañeros de su desgracia >> : dirijámonos pues al Papa que tiene las llaves

Del cielo y del infierno: obliguémosle a suplicar a Dios a la cabeza de toda la iglesia que tenga a bien reconciliarse con el diablo, volverle a tomar en su gracia, y reponerle en su primer rango, lo que por fuerza ha de poner fin a sus proyectos siniestros contra el género humano. >> El buen padre no estaría en la inteligencia de que el Diablo es tan útil como Dios a los ministros de la religión; estos se hallan muy bien con sus riñas y enemistades para dedicarse a una reconciliación entre dos enemigos, sobre cuyos debates se fundan sus rentas y su existencia. Si los hombres cesasen de ser tentados por el diablo y de pecar, el ministerio de los sacerdotes les sería inútil. El Maniqueísmo es evidentemente el origen de todas las religiones: pero por desgracia, el diablo, inventado para justificar a la divinidad de las sospechas de malicia, nos prueba a cada momento la falta de poder, o poca destreza de su celeste adversario.

Cuando preguntamos por qué bajo un Dios bueno se halla tanto infeliz, se nos consuela diciéndonos, que el mundo actual no es mas que un pasaje destinado a conducir al hombre a un mundo mas feliz. Se nos asegura que la tierra en que vivimos es una mansión para experimentarnos. En fin, se nos cierra la boca con decir, que Dios no ha podido dar a sus criaturas ni la calidad de no padecer, ni una felicidad sin fin, reservada para él solo. ¿Cómo satisfacerse con estas respuestas? Primero: la existencia de otra vida, solo tiene por garante la imaginación de los hombres, que suponiéndola, no han hecho mas que realizar el deseo de sobrevivirse a sí mismos, a fin de gozar seguidamente de una felicidad mas durable y mas pura que las que disfrutaban en el presente. Segundo: ¿Cómo se concebirá que un Dios que sabe todo, y que debe conocer a fondo las disposiciones de sus criaturas, tenga aun necesidad de tantas pruebas par asegurarse de ellas? Tercero: según los cálculos de nuestros cronologistas, la tierra que habitamos subsiste después de seis, o siete mil años. Desde este tiempo, las naciones bajo diversas formas han experimentado sin cesar vicisitudes y calamidades aflictivas: la historia nos muestra la especie humana atormentada t asolada en todos los tiempos por tiranos, los conquistadores t los héroes; por las guerras, las inundaciones, las hambres, las pestes, etc. Experiencias tan largas, ¿pueden inspirarnos una confianza muy grande en las miras ocultas de la divinidad? Una multitud de males tan constantes ¿nos dan una alta idea de la suerte futura que su bondad nos prepara? Cuarto: si Dios está tan bien dispuesto en nuestro favor como se asegura, sin

Dar a los hombres una felicidad sin fin, ¿no habría podido darles a lo menos el grado de que todos los seres finitos son susceptibles acá abajo? Para ser felices ¿tenemos necesidad e una felicidad sin fin o divina? Quinto: si Dios no ha podido hacer a los hombres mas felices de lo que son en este mundo, ¿qué hará la esperanza de un Paraíso donde se pretende que los escogidos gozarán para siempre de una felicidad inefable? Si Dios no ha podido, ni querido alejar el mal de la tierra, única mansión que podíamos conocer, ¿qué razón tendremos para presumir que podrá o querrá alejarle de otro mundo, del cual no tenemos idea alguna?

Hace mas de dos mil años, que según Lactancio el sabio Epicuro ha dicho: << O Dios no quiere impedir el mal y no puede hacerlo; o puede y no quiere; o ni quiere ni puede; o quiere y puede. Si lo quiere sin poderlo hacer, no es todo poderoso; si lo puede, y no lo quiere, tendría una malicia que no debe atribuírsele: si no lo puede ni lo quiere hacer, sería a un mismo tiempo impotente y maligno, y por consiguiente no sería Dios: si lo quiere y lo puede, ¿de dónde pues viene el mal? O ¿porqué no lo impide? Después de mas de dos mil años, los buenos entendimientos esperan una solución razonable a estas dificultades, y nuestros doctores nos enseñan que solo en la vida futura serán allanadas.

Cicerón ha dicho con razón: que si Dios no se hace agradable al hombre no puede ser su Dios, la bondad constituye la divinidad; esta bondad no puede manifestarse al hombre sino por los beneficios que experimente; cuando es desgraciado, esta bondad desaparece, y hace desaparecer al mismo tiempo la divinidad. Una bondad infinita no puede ser limitada, parcial, ni exclusiva. Si Dios es infinitamente bueno y poderoso ¿es posible concebir que un solo hombre pueda padecer? Un animal, un insecto que sufra forma argumentos invencibles contra la providencia divina y sus bondades infinitas.

Aunque digan los teólogos que el hombre es libre, mientras sus principios conspiran a destruir la libertad del hombre; por poco que se reflexione habrá precisión de reconocer que el hombre es violento en todas sus acciones, y que su libre albedrío es una quimera, aun en el sistema de los teólogos. Queriendo justificar a la divinidad, la acusan realmente de la mas infame injusticia. Suponen que sin la gracia, el hombre se

Halla en la necesidad e obrar mal, y aseguran que Dios le castigará por no haberle dado la gracia de obrar bien-

En lugar de criar hombres, un Dios perfecto no debiera hacer criado sino ángeles muy dóciles y sumisos. Los ángeles, se dice, son libres, algunos de ellos han pecado, no todos, sin embargo, han abusado de su libertad para amotinarse contra su Señor. ¿No hubiera podido Dios criar solo ángeles de buena especie? Si ha criado ángeles que no han pecado, no podría criar hombres impecables, o que jamás abusasen de su libertad para hacer mal? Si los elegidos son incapaces de pecar en el cielo, ¿no hubiera podido Dios hacer hombres impecables en la tierra?

La lógica de la razón nos enseña que no se puede ni se debe juzgar de una causa, sino por sus efectos. Una causa no puede ser reputada constantemente buena, sino cuando produce constantemente efectos buenos, útiles, y agradables. Una causa que produce bien y mal, es una causa tan pronto buena como mala. Pero la lógica de la teología viene a destruir todo esto. Según ella, los fenómenos de la naturaleza o los efectos que vemos en este mundo nos prueban la existencia de una causa infinitamente buena, y esta causa es Dios. Aunque este mundo esté lleno de males, aunque el desorden reine en el constantemente, aunque los hombres se lamenten sin cesar de la suerte que los oprime, debemos estar convencidos de que estos efectos son debidos a una causa benéfica, e inmutable; y muchas gentes lo creen, a lo menos aparentan creerlo.

A muchas personas les chocan verdaderamente los absurdos de que está lleno el pormenor de todas las religiones; pero no tienen valor para internarse en el origen de donde precisamente han de dimanar. No conocen que un Dios lleno de caprichos, de contradicciones, y de cualidades incompatibles, acalorando, y alborotando la imaginación de los hombres, jamás ha podido dar a luz sino una larga serie de quimeras.

¿El hombre es libre, o no? En cualquiera de los dos casos, vuestro Dios, si tiene una sombra de equidad, no puede recompensarle ni castigarle. Si el hombre es libre, Dios es quien le ha concedido la libertad de obrar o no; luego es Dios la causa primitiva de todas sus acciones; castigando al hombre por sus faltas, le castigaría por haber ejecutado lo que le ha concedido libertad de hacer. Si el hombre no es libre para obrar de otro modo que lo hace, ¿no sería Dios el mas justo de los seres si castigase las faltas que habría podido impedir que se castigasen?

¿Qué diríamos de un padre que nos asegurase que velaba sin cesar por la conservación y bienestar de sus hijos débiles y faltos de previsión, y que al mismo tiempo los dejara en libertad de andar a la aventura en medio de rocas, de precipicio y de las aguas; que no les impidiera si no muy rara vez seguir sus apetitos desordenados; que les consintiera manejar sin precaución armas de todas clases con peligro de que se hiriesen gravemente? ¿Qué pensaríamos de este mismo padre, si en lugar de quejarse a sí mismo del mal que hubiese acontecido a sus propios hijos, los castigase por sus extravíos del modo más cruel? Un Dios que castiga las faltas que hubiera podido impedir, es un ser falto de sabiduría, de bondad y de equidad. Un Dios que prevé, debería impedir el mal, y no tendría necesidad de castigarlo. Un Dios bueno no castigaría las debilidades que sabe que son inherentes a la naturaleza humana. Un Dios justo, si ha criado al hombre no le castigaría por no haberle concedido la fortaleza necesaria para resistir a sus deseos: castigar la debilidad es la más injusta de las tiranías. ¿No es calumniar a un Dios justo es decir que castiga a los hombres de sus faltas aun en la vida presente? ¿Cómo ¿castigaría a seres a quienes está en su mano corregir, y que mientras no han recibido la gracia no pueden obrar de otro modo?

Según los principios de los mismos teólogos, el hombre, en su estado actual de corrupción, solo puede hacer mal, supuesto que sin la gracia divina jamás tiene la fuerza de hacer bien: luego si la naturaleza del hombre está entregada a sí misma, o está faltada de los auxilios divinos, le determina precisamente al mal, o le constituye incapaz de hacer el bien ¿qué hace entonces el libre albedrío del hombre? Con tales principios el hombre no puede ni merecer ni desmerecer; recompensando al hombre por el bien que ha hecho, Dios no haría más que recompensarse a sí mismo; castigándole por el mal, le castigaría por no haberle dado la gracia, sin la cual estaba imposibilitado de obrar mejor.

Dios preside una máquina cuyos resortes ha criado; estos no obran sino en razón del modo que los ha formado: a su poca habilidad es preciso culpar si estos resortes no contribuyen a la armonía de la máquina, en que el artífice ha querido hacerles entrar. Dios es un rey criador, que se ha creado a sí propio toda clase de vasallos; que los ha formado según su gusto, y cuyas voluntades no pueden jamás hallar resistencia. Si Dios en su imperio

Tiene vasallos rebeldes, es porque él mismo así lo ha resultado. Si los pecados del hombre turban el orden del mundo, Dios ha querido que sea turbado.

Nadie se atreve a dudar de la justicia divina, sin embargo, bajo el imperio de un Dios justo, no se ven sino injusticias y violencias. La fuerza decide de la suerte de las naciones: la equidad parece estar desterrada de la faz de la tierra; un pequeño número de hombres se burla impunemente del reposo, de los bienes, y de la vida de todos los demás: todo está en conflicto, en desacierto, y sin orden en un mundo gobernado por un Dios, de quien se dice, que el desorden le desagrade en extremo.

Dícese igualmente << Dios es el árbitro soberano de nuestros destinos; su poder supremo, que nadie puede limitar, le da derecho para hacer de la obra de sus manos todo lo que se le antoje; ni el gusano de la tierra, ni el hombre, tienen el derecho de murmurar siquiera. >> Este tono arrogante está visiblemente tomado del lenguaje que usan por lo común los ministros de los tiranos cuando tapan la boca a los que padecen por sus violencias; no puede absolutamente ser el lenguaje de un Dios, cuya equidad se alaba; no es hecho para acallar a un ser que piensa. ¡Ministros de un Dios justo! Yo os diré pues, que el mayor poder no puede conferir a vuestro Dios mismo la facultad de ser injusto para con las más ínfimas de sus criaturas: un déspota no es un Dios. Un Dios que se arroga al derecho de hacer mal, será un tirano; un tirano no es un modelo para los hombres, muy al contrario, debe ser a su vista un objeto el más abominable.

¿No es bien extraño que para justificar la divinidad, se la haga continuamente el más injusto de los seres? Cuando uno se queja de su conducta, se cree hacernos callar, alegándonos que Dios es el árbitro; lo que significa, que Dios, siendo el más fuerte, no está sujeto a las reglas ordinarias. Pero el derecho del más fuerte es la violación de todos los derechos; no puede pasar por derecho son a la vista de un conquistador feroz, que en el frenesí de su furor, se imagina poder hacer todo lo que se le antoje de los desgraciados a quienes ha vencido: este derecho bárbaro no puede parecer legítimo sino a esclavos demasiado ciegos para creer que todo es lícito a los tiranos cuando se encuentran demasiado débiles para resistirlos.

Se nos dice, que la justicia de Dios no es la de los hombres. ¿De qué especie, o naturaleza es pues esta justicia divina? ¿Qué idea puede formarse de una justicia que se parece tanto a la injusticia? ¿no es confundir todas nuestras ideas de lo justos y de los injusto decimos, que lo que es equitativo

En Dios, es inicuo en sus criaturas? ¿cómo tomar por modelo un ser, cuyas perfecciones divinas son precisamente lo contrario de las perfecciones humanas?

Quiere consolársenos en nuestros trabajos diciéndonos que Dios es sufrido, y que su justicia, aunque regularmente muy lenta, no es por eso menos cierta. ¿no se ve que la paciencia no puede convenir a un ser justo, inmutable y todo poderoso? ¿puede Dios, pues, tolerar la injusticia ni un instante? Contemporizar con un mal que se conoce, anuncia debilidad, incertidumbre, o inteligencia secreta: sufrir el mal cuando se tiene la facultad y poder de estorbarlo, es hacer que el mal se haga, o bien consentirlo.

CAPÍTULO XI.

EL JESÚS DE LOS CRISTIANOS NO PUEDE SERVIR PARA MODELO DE LA DIVINIDAD.

¿QUÉ gallardas ideas de la justicia divina pueden tener los cristianos, a quienes se dice que crean que su Dios, con la mira de reconciliarse con el género humano, culpable de su nacimiento de falta de sus padres, ha hecho morir a su hijo inocente, e incapaz de pecar? ¿Qué diríamos de un rey, a quien se le hubiesen rebelado sus vasallos, y que para apaciguarse y aplacarse el mismo no hallase otros mejor arbitrio que hacer morir al heredero de su corona, que no se había mezclado en la rebelión general? Es, dirá el cristiano, por bondad hacia sus vasallos, incapaces de satisfacer ellos mismos a su divina justicia, la razón por que Dios ha consentido en la muerte cruel de su hijo: pero la bondad de un padre para los extraños, no le da derecho para ser injusto y bárbaro con su hijo: todas las cualidades de la teología da a Dios, no hacen a cada instante mas que destruirse unas a otras: siempre el ejercicio de una de sus perfecciones es a expensas de la otra.

A pesar de las injusticias con que todas las religiones se complacen en hacer odiosa la divinidad, los hombre no pueden consentir en acusarla de iniquidad; temen, que semejante a los tiranos de este mundo, la verdad lo ofenda y redoble sobre ellos el peso de su malicia, de su perversidad y de su tiranía. Escuchan pues a sus curas que les dicen que su Dios es padre tierno; un monarca equitativo, cuyo objeto en este mundo es asegurarse

Del amor, de la obediencia y del respeto de sus vasallo, que no les deja la libertad de obrar, sino para darles ocasión de merecer sus favores y adquirir una felicidad eterna, del que por título alguno les es deudor. ¿porqué señales se pueden conocer la ternura de un padre que no ha criado la mayor parte de sus hijos, sino para arrastrar sobre la tierra una vida penosa, inquieta y llena de amargura? ¿hay un presente mas funesto que esta pretendida libertad que se dice pone a los hombres en los tormentos eternos?

¿puede tenerse por modelo de la divinidad al Jesús de los cristianos? Este, muerto para aplacar la cólera implacable de su padre, ¿nos suministrará un ejemplo que deban seguir los hombres? ¡Ah! Solo veremos en e' l un Dios, o por mejor decir un fanático, un misántropo, un miserable, que sumergido él mismo en la miseria, y predicando a miserables, les aconseja ser pobres, combatir y sofocar la naturaleza, aborrecer el placer, buscar el dolor, y detestarse a sí mismos; les dice que por seguirle abandonen a sus padres, madres, parientes, amigos, etc., etc. ¡Qué bella moral! Diréis. Es admirable, sin duda, deber ser divina porque es impracticable para los hombres. Pero ¿una moral tan sublime no está hecha para hacer aborrecible la virtud? Según la moral tan alabada del hombre Dios de los cristianos, sus discípulos son en este mundo verdaderos Tántalos atormentados de una sed ardiente que no les es permitido aplacar. ¿No nos da semejante moral una idea maravillosa del autor de la naturaleza? Si como se asegura lo ha creado todo para el uso de sus criaturas ¿porqué capricho les prohíbe el uso de los bienes que ha creado para ellas? El placer que el hombre apetece sin cesar, no es otra cosa sino un lazo que Dios le ha armado maliciosamente para sorprender su debilidad.

Los secretarios de Cristo quisieron hacernos mirar como un milagro el establecimiento de su religión que se muestra en todo contraria a la naturaleza, opuesta a todas las inclinaciones del corazón, y enemiga de los placeres de los sentidos: pero la austeridad de una doctrina la hace mucho mas maravillosa a los ojos de la plebe: la misma disposición hace respetar como divina y sobrenatural una moral impracticable y superior a fuerzas del hombre.

Admirar una moral, y ponerla en práctica son dos cosas muy diferentes. Todos los cristianos no cesan de admirar y alabar la moral del evangelio; pero no es practicada sino por un pequeño número de santos, admirable para gentes que se dispensan ellos mismos de imitar su conducta, bajo

El pretexto de que les faltan las fuerzas o la gracia necesaria para ello.

Todo el universo está infestado mas o menos de una moral religiosa, fundada sobre la opinión de que para agradar a la divinidad, es muy necesario hacerse desgraciado sobre la tierra. Se ven en todas partes de nuestro globo penitentes, ermitaños, faquires y fanáticos que no parece sino que han estudiado profundamente los modos mas extraños de atormentarse en honor de un ser cuya bondad todos convienen en celebrar. La religión, por su esencia, es enemiga de la alegría y del bienestar de los hombres. Bienaventurados son los pobres; bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que padecen. Infelices de aquellos que están en la abundancia y en la alegría; tales son los raros descubrimientos que el cristianismo anuncia.

Apartando la vista de todo lo que sucede en el mundo, y queriendo atenerse solo a los partidarios de la religión cristiana, cualquiera creería, que su divino salvador ha producido la revolución mas maravillosa y reforma mas completa en las costumbres de las naciones. << El Mesías, según Pascal, debía producir él solo un gran pueblo predestinado, santo y escogido; conducirlo, alimentarle, e introducirle en el lugar del reposo y de la santidad; hacerle santo para con Dios, hacerle su templo y libertarle de la cólera de Dios, de la servidumbre del pecado; dar leyes a este pueblo, infundirlas en su corazón, ofrecerse a Dios por él, quebrantando la cabeza del Demonio, etc. >> Este grande hombre se ha olvidado de decirnos sobre que pueblo su divino Mesías ha producido los efectos maravillosos de que habla con tanto énfasis; hasta el presente parece que no existe sobre la tierra.

Por poco que se examinen las costumbres de las naciones cristianas y que se escuchen los clamores de sus curas, es preciso convenir en que Jesucristo su Dios, ha predicado en desierto y muerto inútilmente; sus muy poderosas voluntades hallan aun en los hombres una resistencia de que este Dios o no puede o no quiere triunfar. La moral de este divino doctor, que sus discípulos admiran tanto y practican tan poco, solo se observa en todo un siglo por media docena de santos oscuros y fanáticos, y frailes que solamente tendrían la gloria de lucirlo en la corte celestial; todo el resto de los mortales, aunque rescatado con la sangre de este Dios, será sin embargo presa de las llamas eternas.

El Júpiter material de los antiguos podría mover, componer, destruir y

Engendrar seres análogos a él mismo; pero el Dios de la teología moderna es un ser estéril. Según la naturaleza que se le supone, no puede ocupar lugar alguno en el espacio, ni remover la materia, producir un mundo visible, ni engendrar hombres ni Dioses. El Dios metafísico es un obrero sin manos; y no es a propósito sino para producir nubes, sueños, locuras y pendeencias.

Si es necesario un Dios a los hombres, ¿Porqué no se contentan con el Sol, Dios visible adorado por tantas naciones? ¿Qué ser tiene mas derecho a los homenajes de los hombres que el astro del día, que alumbra, calienta, vivifica todos los seres; cuya presencia reanima y rejuvenece la naturaleza, y cuya ausencia parece sumergirla en la tristeza y desmayo? Si algún ser anuncia el género humano el poder, la actividad, la beneficencia, la duración, es sin duda el Sol, a quien debe mirarse como padre de la naturaleza, como alma del mundo, y como divinidad; a lo menos no se hubiera podido sin locura, disputarle la existencia, o rehusar de conocer su influencia y beneficios.

Pretender que los atributos divinos están fuera del alcance del espíritu humano, es convenir en que Dios no ha sido hecho para los hombres: Si se asegura que en Dios todo es infinito, se confiesa que no puede hacer nada de común en él y sus criaturas. Decir que es infinito, es reducirle a la nada para el hombre, a lo menos es hacérsele inútil.

Para el común de los hombres nada hace un argumento mas convincente que el temor. En consecuencia de este principio los teólogos nos dicen que es preciso tomar el partido mas seguro: que nada es mas criminal que la incredulidad: que Dios castigará sin piedad a todos los que tengan la temeridad de dudar de su existencia; que su rigor es justo, en vista de que nada sino la demencia o la malignidad pueden impugnar la existencia de un monarca encolerizado que castigará severamente a los ateos. Si examinamos estas amenazas a sangre fría, hallaremos siempre que suponen la cosa en cuestión. Era necesario empezar por probarnos de un modo satisfactorio la existencia de un Dios, antes de decirnos que lo mas seguro es creerle y lo mas abominable dudar, o negarle. En seguida era preciso probarnos que es posible que un Dios justo castigue con crueldad a los hombres por haber permanecido en un estado de demencia, que les ha estorbado creer en la existencia de un ser, que su razón alucinada no podía concebir. En una palabra, era forzoso probar que un Dios que se dice

Lleno de equidad podrá castigar sin medida la ignorancia invencible y necesaria en que se halla el hombre con respecto a la esencia divina. El modo de raciocinar de los teólogos ¿no es bien singular? ¡Ellos inventan fantasmas, los componen de contradicciones, y aseguran después que el partido mas seguro es no dudar de la existencia de estos fantasmas que ellos mismos han inventado! Según este método, no hay absurdo que no este mas seguro de creerse que de negarse. Todos los niños son ateos; ellos no tienen idea alguna de Dios; ¿son pues criminales por esta ignorancia ¿A qué edad principian a estar obligados a creer en Dios? A la edad de la razón diréis: ¿en qué tiempo debe empezar esta edad? Por otra parte, si los teólogos mas profundos se pierden en esencia divina y se alaban de que la comprenden, ¿qué ideas puede tener la gente común, las mujeres, los artesanos, y en una palabra los que componen la gran masa del género humano?

No hay cosa mas contradictoria, mas imposible, ni mas misteriosa, que la creación de la materia por un ser inmaterial, que siendo invariable el mismo, causa las mudanzas continuas que vemos en el mundo. No hay nada mas incompatible con los conocimientos de la razón que el creer que un ser soberanamente bueno, sabio, equitativo y poderoso, preside a la naturaleza, y dirige por sí mismo los movimientos de un mundo lleno de locuras, miserias, crímenes, y desordenes que el miso hubiera podido precaver, estorbar o hacer desaparecer con una sola palabra. Mas breve cuando se admite un ser tan contradictorio como el Dios teológico, con muchísima mas razón no deben los hombres despreciar los absurdos manifiestos, milagros asombrosos, misterios profundos, y fábulas necias.

CAPÍTULO XII,

SOBRE EL DOGMA DE LA ETERNIDAD

La justicia divina, tal como nuestros doctores la pintan, es sin duda alguna propia tan solo para hacernos aborrecer la divinidad. Según los conocimientos de la teología moderna, parece evidente que Dios no ha criado el mayor número de los hombres sino con la mira de ponerlos en estado de merecer tormentos eternos. ¿No hubiera sido mas conforme a la bondad, a la razón y a la equidad, criar solo piedras o plantas, y demás seres insensibles, que formar hombres cuya conducta en este mundo podría atraer los castigos sin fin en el otro? Un Dios bastante pérfido y maligno para crear un solo hombre y dejarle después expuesto al peligro de condenarse, no puede ser mirado como un ser perfecto, pero sí como un monstruo de sinrazón, de injusticia, de malicia y atrocidad. Los teólogos lejos de componer un Dios perfecto, han formado el mas imperfecto de los seres

El Dios de la teología no puede mostrarse tal como se pinta sino bajo los puntos de vista mas a propósito para alejar el amor. Los devotos, que nos dicen que aman sinceramente a su Dios, son embusteros, o locos, que no ven a su Dios sino de perfil. Es imposible amar un ser, cuya idea no sirve mas que para inspirar el terror y cuyos juicios hacen estremecer:

¿Cómo mirar sin atemorizarse a un Dios, a quien se supone la barbarie necesaria para condenarnos?

No se hable de un temor filial, o de un temor respetuoso, y mezclado de amor que los hombres deben tener con su Dios. Un hijo no puede de ningún modo amar a su padre cuando le ve demasiado cruel en aplicarle tormentos inauditos, para castigarle por las menores faltas que hubiese cometido, ningún hombre sobre la tierra puede tener la menor chispa de amor por un Dios que reserva castigos infinitos a cada noventa y nueve de sus cien hijos.

Los inventores del dogma de la eternidad y de las penas del infierno han hecho de Dios, a quien dicen tan bueno, el más detestable de todos los seres. La crueldad en los hombres es el último término de perversidad: no hay alma sensible que no se estremezca y altere al oír solamente los tormentos que padece el mayor de los malhechores; pero la crueldad es aún más capaz de indignar cuando se la juzga voluntaria o inmotivada. Los tiranos más sanguinarios, los Calígulas, los Nerones, los Domicianos, tenían a lo menos algún motivo para atormentar a sus víctimas, y para insultar su sufrimiento; estos motivos eran o su propia seguridad, o el furor de la venganza o el deseo de espantar con ejemplos terribles, o quizá la vanidad de hacer alarde de su poder, y el deseo de satisfacer una curiosidad brutal y bárbara. ¿Un Dios puede tener alguno de estos motivos? Atormentado las víctimas de su cólera castigaría seres que no han podido realmente poner en peligro su poder constante, ni turbar la felicidad que nada puede alterar. Por otra parte, los tormentos de la otra vida serían inútiles a los vivientes que no pueden ser testigos de ellos; estos suplicios serían inútiles a los condenados, supuesto que en infierno no se convierten, y que el tiempo de las misericordias ha pasado: de donde se sigue que Dios, en el uso de su venganza eterna, no tendría más fin que divertirse, e insultar la debilidad de sus criaturas.

Apelo al género humano eterno. ¿Hay en la naturaleza un hombre que se conozca bastante cruel, para querer atormentar a sangre fría no digo a un semejante suyo, sino a cualquier ser sensible, sin interés, sin provecho, sin curiosidad y sin tener nada que temer de él? Concluid, pues, ¡Oh teólogos! Que vuestro Dios es infinitamente mucho más malo que el más perverso de todos los hombres.

Me diréis tal vez que ofensas infinitas, merecen castigos infinitos: y yo os

Diré, que no se ofende a un Dios, cuya felicidad es infinita: diré, además que las ofensas de seres finitos no pueden ser infinitas: diré que un Dios que no quiere que se le ofenda, no puede consentir en hacer durar las ofensas de sus criaturas durante la eternidad: diré que un Dios infinitamente bueno, no puede ser infinitamente cruel, ni conceder a sus criaturas una duración sin fin únicamente por darse el placer de atormentarlas sin fin.

Nada hay sino la barbarie mas salvaje, la mas insigne bribonería y la ambición mas ciega, que hayan podido hacer imaginar el dogma de la eternidad de los castigos. Si existiese un Dios, a quien se pudiese ofender y blasfemar, no habría sobre la tierra mayores blasfemadores que los que se atreven a decir este Dios es un tirano bastante perverso para complacerse durante la eternidad, con los inútiles tormentos de sus débiles criaturas.

Pretender que Dios que puede ofenderse de las acciones de los hombres, es reducir a la anda las ideas que por otra parte se esfuerzan en darnos de este ser. Decir que el hombre puede turbar el orden del universo, encender al rayo en la mano de su Dios, y desbaratar sus proyectos, es decir que el hombre es mas fuerte que su Dios, que es el árbitro de su voluntad, y que está en su mano alterar su bondad y cambiarla en crueldad. La teología no hace sin cesar otra cosa que destruir con una mano lo que edifica con la otra. Si toda religión está fundada sobre un Dios que se irrita y se aplaca, toda religión está fundada sobre una contradicción palpable.

Todas las religiones se unen para exagerarnos la sabiduría y poder infinito de la divinidad: pero cuando nos manifiestan su conducta, no hallamos en ella sino imprudencia, falta de previsión, debilidad y locura. Dios, se dice, ha criado el mundo para sí mismo, y hasta aquí, jamás ha podido conseguir hacerse honrar convenientemente. Dios ha creado los hombres a fin de tener en sus estados vasallos que le rindan homenaje, y nosotros vemos a los hombres siempre rebelados contra él.

¿Qué diremos de la invención del Infierno, mansión que se dice horrible, donde, no obstante la bondad de Dios, se reservan tormentos infinitos al mayor número de los hombres? Así, después de haber hecho a los mortales muy desgraciados en este mundo, la religión los hace conjurar que Dios podrá muy bien hacerlos todavía mas desgraciados en el otro; se sale del apuro diciendo que entonces la bondad de Dios hará lugar a su justicia; pero una bondad que hace lugar a la crueldad mas terrible, no debe reputarse infinita.

Por otra parte, un Dios, que después de haber sido infinitamente bueno, se hace infinitamente malo, ¿puede ser mirado como un ser inmutable? Un Dios que siempre se halla lleno de un furor implacable ¿es un Dios en quien se puede hallar sombra de clemencia, de benignidad o de bondad?

Si pregunto ¿qué motivos hay para suponer que el alma es inmortal? Se me responderá al instante: es, que el hombre, por su naturaleza desea ser inmortal, o lo que es lo mismo, vivir siempre. A esto replicaré: que no porque uno desee una cosa con ansia, debe deducirse que se realizará. ¿porqué extraña lógica se atreven a deducir que una cosa no puede dejar de suceder únicamente porque se desea con ansia que suceda? Los deseos alborotados por la imaginación de los hombres, son pues la mediada de la realidad? Los impíos, decís, privados de las esperanzas lisonjeras de otra vida, desean ser reducidos a la nada: muy bien, ¿Y no están ellos del mismo modo autorizados a creer, según este deseo, que serán reducidos a la nada, como vosotros pretendéis estarlo, para creer que existiréis siempre porque lo deseáis?

El hombre muere todo entero. Nada es mas evidente para él que conserva su juicio sano. El cuerpo humano después de la muerte no es mas que una masa incapaz de producir los movimientos cuyo conjunto constituye la vida; no se ve entonces en él circulación, respiración, digestión, palabras, ni pensamientos. Se pretende que entonces el alma se ha separado del cuerpo: pero decir que esta alma de ninguna manera se conoce en el principio de la vida, es no decir nada, sino que una fuerza desconocida es el principio oculto de movimientos imperceptibles. Nada mas natural ni mas sencillo que creer que el hombre muerto no vive ya, nada mas extravagante que creer el hombre muerto conserva todavía la vida.

Nos reímos de la sencillez de algunos pueblos, entre los cuales está en uso enterrar provisiones con los muertos, con la idea de que estos alimentos serán útiles y necesarios en la otra vida. ¿Es mas ridículo o mas absurdo creer que los hombres comerán después de la muerte, que imaginarse que pensarán, que tendrán ideas agradables, o tristes, que gozaran o padecerán; y que experimentaran arrepentimiento o alegría, cuando los órganos propios para causarles sensaciones, o ideas, serán un ser disuelto y reducido a polvo? Decir que las almas de los hombres serán felices o desgraciadas después de la muerte del cuerpo, es pretender que los hombres podrán ver sin ojos, oír sin oídos, gustar sin paladar, oler sin nariz.

Y tocar sin manos y sin pies. Naciones que se creen civilizadas adoptan sin embargo semejantes ideas.

Se nos ataba muy a menudo la utilidad del dogma de la otra vida: se pretende que aun cuando fuese una ficción, es ventajoso porque se hace respetable a los hombres más virtuosos y cuerdos. ¿Son notables por sus buenas costumbres y conducta las naciones en que esta ficción se halla establecida? ¿No se lleva el mundo visible la ventaja sobre el invisible? Si los que están encargados de instruir y gobernar a los hombres tuviesen luces y virtudes, los gobernarían mucho mejor por medio de realidades que de vanas quimeras; pero los legisladores perversos, ambiciosos y corrompidos, han hallado más fácil adormecer las naciones con fábulas, que enseñar las verdades, desarrollar su razón, excitarlos a la virtud por motivos reales y sensibles, y gobernarlos de un modo razonable.

Según las ficciones de la teología, las regiones de la otra vida son felices y desgraciadas; nada más fácil que atraerse los tormentos terribles que la divinidad prepara a las víctimas desdichadas de su furor eterno. Los que hallan la idea de la otra vida tan dulce y lisonjera ¿han olvidado que la otra vida debe, según ellos, ser acompañada de tormentos eternos para el mayor número de los mortales? La idea del anonadamiento total ¿no es infinitamente preferible a la de una existencia eterna acompañada de dolores, y de crujimiento de dientes? ¿Es más aflictivo el temor de existir siempre que el de no haber existido? El temor de dejar de existir solo es un mal efectivo para la imaginación que ha inventado el dogma de la otra vida.

Decís ¡Oh doctores! Que la idea de una vida más feliz es halagüeña: convengo en ello: nadie hay que no desee una existencia más agradable y más firme que la que goza en este mundo. Pero si el paraíso es seductor, convendréis también en que el infierno es espantoso. El cielo es muy difícil, y el infierno muy fácil de merecer. ¿No decís que una senda estrecha y penosa conduce a las regiones afortunadas, y que una senda ancha guía a las regiones de la infelicidad? ¿No repetís a cada paso, que el número de los escogidos es muy pequeño y muy grande de los réprobos? ¿No es necesario para salvarse ciertas gracias que vuestro Dios concede solo a muy pocos? Pues bien. Yo os diré que estas ideas de ningún modo son consoladoras: diré que quiero más ser reducido a la nada de una vez, que ser tostado eternamente: diré, que la suerte de los animales me parece más apetecible que la de los condenados: diré, que la opinión que me aleja de

Temores molestos en este mundo, me parece mas lisonjera, que la incertidumbre en que me deja la opinión de un Dios que, árbitro de sus gracias, solo las dispensa a sus favoritos, y permite que todos los demás se hagan merecedores de eternos castigos. Solo el entusiasmo a la locura pueden hacer preferir a un sistema evidente, las conjeturas improbables y los temores aflictivos.

Se asegura que el dogma de la otra vida es de la mayor importancia para el reposo de las sociedades; se imaginan que sin él, carecerían los hombres en este mundo de motivos para hacer bien. ¿Qué necesidad hay de terrores y de fábulas para hacer conocer a todo hombre razonable el modo con que debe conducirse sobre la tierra? ¿No ve cada uno de nosotros que tiene el mayor interés en merecer la aprobación, la estima, la benevolencia de los seres que le rodean, y en abstenerse de todo lo que puede atraerle el vituperio, el desprecio, y el resentimiento de la sociedad? Por corta que sea la duración de un festín, de una conversación, de una visita, cada uno quiere hacer en ella un papel decente, agradable para sí propio y para los demás; si la vida es solo una peregrinación, tratemos de hacerla fácil; no puede serlo si faltamos a los miramientos debidos a aquellos que caminan con nosotros.

Si el deísta no ve a Dios mas que por el lado bueno, el supersticioso lo ve del lado mas deforme. La locura del uso es alegre, la del otro es lúgubre: pero ambos a dos deliran igualmente. Aun cuando la existencia del alma no se puede dejar de conocer que depende totalmente de la del cuerpo, y sufre con él todas las vicisitudes que experimenta el mismo cuerpo, se imaginan que el alma no tiene de naturaleza nada de análogo con él: se quiere que pueda obrar, y sentir sin ayuda del cuerpo: en una palabra se pretende que privada de este cuerpo, y desprendida de sus sentidos, está alma, podrá vivir, gozar y sufrir. Aunque los hombres se hallen en la imposibilidad de formarse idea de su alma, o de este supuesto espíritu, que los anima, se persuaden que esta alma desconocida está exenta de la muerte: sobre semejante tejido de absurdos imaginarios se ha constituido la opinión maravillosa de la inmortalidad del alma.

CAPÍTULO XIII.

LOS SANTOS SON INÚTILES Y PERJUDICIALES.

Si la historia me enseña que los primeros apóstoles, fundadores o reformadores de milagros han hecho grandes milagros, la historia me enseña también que estos reformadores y sus adictos han sido por lo común deshonorados, perseguidos y condenados a muerte como perturbadores del reposo de las naciones. Estoy ya casi por creer que no han hecho los milagros que se les atribuyen; en efecto, esos milagros habrían debido hacerles un gran número de partidarios, entre los que los presenciaban, que hubieran debido a impedir que los ejecutores de ellos fuesen maltratados: mi incredulidad se redobra, si se me dice que los hacedores de milagros han sido cruelmente atormentados y ajusticiados. ¿Cómo es posible creer que misioneros protegidos por un Dios, y revestidos de su poder divino, gozando de la gracia de hacer milagros no hayan podido obrar el sencillo de sustraerse a la crueldad de sus perseguidores?

Hay también la destreza de sacar de las mismas persecuciones una prueba convincente en favor de la religión que se alaba de haber hecho perder la vida a muchísimos mártires, y que nos asegura que sus fundadores por propagarla han sufrido tormentos inauditos; pero esta no puede ser la religión de un Dios benéfico, equitativo, y todo poderoso. Un Dios bueno no permitiría que los hombres encargados de anunciar sus voluntades fuesen maltratados. Un Dios todo poderoso, queriendo fundar una religión se valdría

De medios mas sencillos y menos funestos a sus fieles servidores. Decir que Dios ha querido que su religión fuese sellada con sangre, es decir, que este Dios es débil, injusto, ingrato y sanguinario, y que sacrifica indignamente sus enviados a sus ambiciosas miras.

Morir por una religión no prueba que sea verdadera o divina; cuando mas se probará que se la supone tal. Un entusiasta muriendo, no prueba sino que el fanatismo religioso es muchas veces mas poderoso que el amor a la vida. Un impostor puede algunas veces morir con valor; hace entonces, como se dice, de necesidad virtud.

Causa sorpresa y compasión muchas veces al ahínco generoso y celo desinteresado que ha conducido a los misioneros a predicar su doctrina, aun con peligro de experimentar los tratamientos mas rigurosos. Sácanse de este amor por la salvación de los hombres consecuencias favorables a la religión que ha anunciado. Pero en el fondo este desinterés es solo aparente.

Quien nada tiene, nada aventura; un misionero que nada tiene, quiere probar fortuna con el auxilio de su doctrina, sabe que si tiene la felicidad de vender su género, se hará el dueño absoluto de los que le tomen por su guía; está seguro de hacerse el objeto de sus cuidados, de su respeto y de su veneración; tiene motivos para creer que de nada carecerá. Tales son las verdaderas causas que inflaman el celo y carácter de tantos predicadores y misioneros como se ven correr por el mundo.

Morir por una religión no prueba mas la verdad o bondad de ella, que el morir en una batalla el derecho y razón del príncipe por cuyos intereses tienen tantos la locura de sacrificarse. El valor de un mártir alucinado con la idea de un paraíso, nada mas de sobrenatural tiene que el valor de un soldado alucinado con la idea de la gloria, o movido por el temor de la deshonra. ¿Qué diferencia se halla entre un Iroqués que canta mientras se le quema a fuego lento, y el mártir san Lorenzo que sobre las parrillas insulta al tirano?

Los predicadores de una nueva doctrina caen, porque no son los mas fuertes: los apóstoles ejercen comúnmente un oficio peligroso cuyas consecuencias prevén de antemano; su muerte animosa no prueba mas la verdad de sus principios, ni su propia sinceridad, que la muerte violenta de un ambiciosos o de un salteador de caminos; no prueba que han tenido razón para turbar la sociedad, o que han creído autorizados para hacerlo. El oficio de misionero fue siempre halagüeño a la ambición, y cómodo a expensas

Del vulgo; estas ventajas han podido bastar para hacer olvidar los peligros que le rodeaban.

¿Nos decís, oh teólogos que es locura a los ojos de los hombres es sabiduría a los de un Dios que se complace en confundir la sabiduría de los sabios? Pero ¿no decís que la sabiduría humana es un don del cielo? Diciéndonos que esta sabiduría desagrada a Dios, que no es sino locura sus ojos, y que él quiere confundirla, y que hace a los hombres sensatos un funestos presente, por el cual este pérfido tirano espera castigarlos cruelmente algún día. ¿No es bien extraño que no se pueda ser amigo de vuestro Dios, sino declarándose enemigo de la razón y del buen sentido?

La fe, según los teólogos, es un consentimiento inevidente. De donde se sigue la religión exige que se crean firmemente cosas no evidentes, y proposiciones comúnmente muy poco probables, o muy contrarias a la razón. Pero recusar a la razón por juez de la fe, ¿no es confesar que aquella no puede acomodarse a esta? Supuesto que los ministros de la religión han tomado el partido de desterrar la razón, es preciso que hayan conocido la imposibilidad e conciliarla con la fe, que no es visiblemente sino una ciega sumisión a sus sacerdotes, cuya autoridad en muchas cabezas parece tener mas fuerza que la evidencia misma, y ser preferible al testimonio de los sentidos: << Sacrificad vuestra razón, renunciad a la experiencia, desconfiad del testimonio de vuestros sentidos; someteos sin examen a lo que nosotros os anunciamos en el nombre del cielo >> Tal es el lenguaje uniforme de todos los sacerdotes del mundo; sobre ningún punto están de acuerdo sino sobre la necesidad de no pensar jamás, cuando se trata de los principios que nos presentan como los mas esenciales para nuestra felicidad.

Pretender que estamos obligados a creer cosas que están fuera del alcance de nuestra razón, es una aserción tan ridícula como decir que Dios exige que sin alas nos elevemos en los aires. Asegurar que hay objetos sobre los que no es permitido consultar la razón, es decirnos que en el asunto mas interesante para nosotros, no es necesario consultar mas que la imaginación, o que es a propósito obrar solo por casualidad.

Nuestros doctores nos dicen que debemos sacrificar nuestra razón a Dios. Pero ¿Qué motivos podemos tener de sacrificar nuestra razón a un ser, que solo nos hace presentes inútiles, de los cuales no pretende que hagamos uso?

¿Qué confianza podemos tener en un Dios que, según nuestros mismos doctores afirman? Es bastante maligno para endurecer los corazones, para cegar a los hombres, para armarlos lazos, y para reducirlos en tentación? En fin, ¿qué confianza podemos tener en los misterios de este Dios, que para guiarnos mas cómodamente, no manda tener cerrados los ojos?

¿Qué es un santo en todas las religiones? Un santo es un hombre que reza, que ayuna, que se atormenta, que huye del mundo, que como un búho, no se complace sino en la sociedad, que se abstiene de todo placer, y que parece asombrado de todo objeto que le distraiga un momento sus meditaciones fanáticas. ¿Es pues esto la virtud? ¿Un ser de esta especie es útil a los demás? ¿no se disolvería la sociedad, y los hombres volverían al estado salvaje, si cada uno en particular fuese demasiado loco para querer ser santo?

Es evidente que la práctica literal de la divina moral de los cristianos acarrearía infaliblemente la ruina de las naciones. Un cristiano que quisiese aspirar a la perfección, debería apartar de su espíritu todo lo que puede distraerle del cielo, su verdadera patria; no ve sobre la tierra sino tentaciones, lazos y ocasiones de perderse. Debe temer la ciencia como dañosa a la fe; huir de la industria como un medio de obtener las riquezas muy fatales a su salvación; renunciar a los empleos y honores, como cosas capaces de excitar su orgullo y distraerle del cuidado de pensar en su alma. En una palabra, la sublime moral de Cristo sino fuese impracticable rompería todos los vínculos de la sociedad.

Un santo en el mundo no es un ser mas útil que un santo en el desierto; el Santo en el mundo tiene un humor tétrico, descontento y a veces turbulento; su celo le obliga en conciencia a turbar la sociedad con opiniones o desvaríos que su vanidad le hace tomar como inspiraciones del cielo. Los anales de todas las religiones están llenos de santos inquietos, intratables, sediciosos que se han hecho ilustres por las desolaciones que oara la mayor gloria de Dios han causado sobre la tierra. Si los santos que viven en el desierto son inútiles, los que viven en el mundo son por lo común muy peligrosos.

La vanidad e hacer gran papel y el deseo de hacerse ilustres a los ojos del populacho necio, con una conducta caprichosa, constituye comúnmente el carácter definitivo de los grandes santos. El orgullo les persuade que son

Hombres extraordinarios, muy superiores a la naturaleza humana; seres mucho mas perfectos que los otros, y favoritos de Dios, a quienes mira con mucha complacencia que al resto de los demás hombres. La humanidad en un santo no es por lo común sino un orgullo mas refinado que el ordinario de los hombres. ¡Solo una muy ridícula verdad puede determinar al hombre a hacer una guerra continua a su propia naturaleza!

Una moral que contradice la naturaleza del hombre no esta hecha para él. Pero, diréis, la naturaleza del hombre se ha corrompido. ¿En qué consiste esta supuesta depravación? Consiste en que tiene pasiones. Pero ¿las pasiones no son anexas a la esencia del hombre? ¿No es preciso que busque, que deseen que ame lo que es, o creer ser útil a la felicidad? ¿No lo es también que tema o huya lo que juzga que puede serle desagradable o funesto? Inflamad sus pasiones con objetos útiles, enlazad a ellos su bien estar, apartadle por motivos sensibles y conocidos de lo que puede dañarle a sí propio, o a los otros, y haréis un ser razonable y virtuoso. Un hombre sin pasiones sería igualmente indiferente para el vicio y para la virtud.

Siempre habrá peligro de engañarse cuando se quiera juzgar de opiniones de los hombres por su conducta, o de esta por sus opiniones. Un hombre muy religioso a pesar de los principios insociables y crueles de una religión sanguinaria, será alguna vez, por una infeliz consecuencia, humano, tolerante y moderado; entonces los principios de su religión no convienen con la dulzura de su carácter. Un libertino desenfrenado, un hipócrita, un adúltero, un bribón nos muestran regularmente que tienen las ideas mas verdaderas sobre las costumbres ¿Porqué no las ponen en práctica? Porque los temperamentos, sus intereses y sus usos no convienen con sus sublimes teorías. Los principios mas severos de la moral cristiana, que tantas gentes hacen pasar por divinas, no influyen sino muy débilmente sobre la conducta de los que los predicán a los otros. ¿No nos dicen continuamente que hagamos lo que nos mandan, y no lo que ellos hacen?

Los partidarios de la religión designan continuamente a los incrédulos con el nombre de libertinos. Puede muy bien suceder que muchos incrédulos tengan costumbres depravadas; estas son debidas a sus temperamentos, y no a sus opiniones. ¿Un hombre sin costumbres no puede ser buen médico, buen arquitecto, buen geómetra, buen lógico, buen metafísico, y hablar bien? Con una conducta irreprochable, se puede ser un ignorante

Sobre muchas cosas y hablar muy mal. Cuando se trata de la verdad nos importa poco que venga de donde quiera. No juzgamos los hombres por sus opiniones, ni sus opiniones por los hombres; juzguemos de ellos por su conducta; y de sus opiniones para su conformidad con la experiencia, la razón, y la utilidad del género humano.

El dogma de la inmortalidad del alma supone que esta es una sustancia simple, en una palabra, un espíritu, pero ¿qué es un espíritu? << Es, se dice, una sustancia falta de extensión, incorruptible, que nada tiene de común con la materia. >> Pero si esto es así ¿cómo vuestra alma, nace, crece, se robustece, se debilita, se desarregla y envejece con la misma progresión que el cuerpo? Creer la existencia del alma inmortal, es persuadirse de la existencia de una cosa, de la cual es imposible formarse ideas verdaderas; creer solo en palabras, sin poder darlas algún sentido.

CAPÍTULO XIV.

LA RELIGIÓN NO SOLO ES INÚTIL SINO PERJUDICIAL.

NADA es tan raro en el mundo como los hombres consecuentes: sus opiniones solo influyen sobre su conducta cuando estén conformes con sus temperamentos, pasiones, e intereses. Las opiniones religiosas, según la experiencia diaria, producen mucho mal y poco bien; son dañosas, porque se acomodan regularmente con las pasiones de los tiranos, de los ambiciosos, de los fanáticos y de los sacerdotes: ningún efecto surten, porque son incapaces de contrarrestar los intereses presentes del mayor número de los hombres. Los principios religiosos se desprecian siempre y echan a un lado cuando se oponen a los deseos ardientes; si ser incrédulo, el hombre obra entonces como si lo fuese.

Se nos repite sin cesar que muchas personas sensatas concluyen por creer que la religión es necesaria para contener a los hombres; que sin ella ningún freno existiría para los pueblos: que la moral y la virtud la están íntimamente unidas: << El temor de Dios (se nos grita) es el principio de la sabiduría. Los terrores de la otra vida son saludables y a propósito para contener las pasiones de los hombres. >>

Para desengañarse de la utilidad de los conocimientos religiosos, basta abrir los ojos, y considerar cuales son las costumbres de las naciones mas sumisas a la religión. En ellas se ven tiranos orgullosos, ministros opresores, cortesanos pérfidos, concusionarios sin número, magistrados poco

Escrupulosos, pícaros, adúlteros, libertinos, mujeres prostitutas, ladronas y bribones de toda especie, que jamás han dudado ni de la existencia de un Dios vengador, y remunerado, ni de los suplicios del infierno, ni de las felicidades del paraíso. Aunque en cano para la mayoría de los hombres, los ministros de la religión se han aplicado a presentar la muerte muy terrible a la visa de sus secuaces. Si los cristianos mas devotos pudiesen ser consecuentes, pasarían toda su vida llorando, y morirían en seguida con los mas terribles sobresaltos ¿Qué cosa mas horrorosa que la muerte para los desventurados, a quienes se repite a cada paso que es horrible caer entre las manos de Dios vivo: que se debe esperar su salvación con la mayor inquietud y temor? Sin embargo, se nos asegura que la muerte del cristiano tiene consuelos infinitos, de que está privada la del incrédulo. El buen cristiano, se nos dice, muere con la firme esperanza de la felicidad eterna que ha procurado permanecer. ¿Pero esta firme certeza, no es una presunción digna de castigo a los ojos de un Dios severo? Hasta los mayores santos deberían ignorar si son dignos de amor o de odio. Sacerdotes que nos consoláis con la esperanza de los bienes del cielo, y que entonces apartáis la vista de los tormentos del infierno, ¿Habéis tenido la ventaja de ver vuestros nombres y los nuestros escritos en el libro de la vida?

Oponer las pasiones y a los intereses presentes de los hombres, las nociones oscuras de un Dios metafísico que nadie conoce, los castigos increíbles de la otra vida, y los placeres del cielo, de que no se tiene idea ¿no es combatir realidad con quimeras? los hombres jamás tienen de su Dios sino ideas confusas; jamás piensan en él cuando tienen deseo de hacer mal; siempre que la ambición, la fortuna, o el placer los impelen, ni Dios ni sus amenazas, ni sus promesas los detiene. Las cosas de esta vida tienen para el hombre un grado de certidumbre que jamás puede dar a las del otro mundo la fe mas viva.

No hay hombre que no tema mas lo que ve, que lo que no ve: las sentencias de los hombres cuyos efectos experimenta, que los de un Dios de quien solo tiene ideas vagas y vacilantes. El deseo de parecer bien al mundo, el torrente de las costumbres, el temor de lo ridículo y del que se dirá, tiene mucha mas fuerza que todas las opiniones religiosas. ¿No va un militar continuamente a arriesgar su vida en los combates por el temor del deshonor, aun con peligro de incurrir en la condenación eterna?

Cuando un hombre tiene un gran deseo de pecar, en lo que menos piensa es en su Dios;

Al contrario, aún después de cometer el mayor crimen, se lisonjea siempre de que este Dios modificará para con él la dureza de sus decretos. Ningún mortal cree seriamente que su conducta pueda condenarle: aunque teme a un Dios terrible, que muchas veces le hace temblar, siempre que es tentado con fuerza peca, y no ve ya sino un Dios en las misericordias, cuya idea le tranquiliza ¿Hace mal? Espera tener tiempo de enmendarse, y promete en extremo arrepentirse algún día.

La mayor parte de los hombre rara vez piensan en Dios, o a lo menos no se ocupan mucho de ello: la idea que de él se tiene es tan poco consistente y tan aflictiva, que solo puede preocupar la imaginación de algunos delirantes necios y meditados, que seguramente no constituyen el mayor número de los habitantes de este mundo. El vulgo nada comprende; su débil imaginaciones enmaraña cuando quiere pensar en él. El hombre de negocios solo piensa en ellos; el cortesano en sus intrigas; las gentes del mundo, las mujeres los jóvenes de ambos sexos en sus placeres; la disipación borra muy prontamente en ellos el fatigoso recuerdo de religión; los ambiciosos, los avaros y los desenfrenados, alejan de sí con mucho cuidado unas especulaciones demasiado débiles para contrarrestar sus diversas pasiones.

¿A quién impone temor la idea de un Dios? a algunos hombres débiles, tristes y disgustados de este mundo; a algunas personas, en quienes las pasiones están amortiguada, bien sea por la edad, por las enfermedades, o por los reveses de la fortuna. La religión no es un freno sino para los que por su temperamento o circunstancias han llegado a la razón. El temor de Dios solo impide pecar a los que no quieren hacerlo de veras, o no pueden,.

Decir a los hombres que la divinidad castiga los delitos en este mundo, es anunciarles un hecho que la experiencia contradice a cada momento. Los mas malos de todos los hombres son regularmente los árbitros del mundo, y los que la fortuna colma de favores. Para convencernos de los juicios de Dios nos remiten a la otra vida, es decir, nos alegan conjeturas para destruir hechos de que no se puede dudar.

Para encubrir la falta de poder de sus sordos Dioses, la religión ha llegado a hacer creer a los mortales, que sus iniquidades son las que encienden siempre la cólera de los cielos. Los pueblos a sí mismos se atribuyen la casa de los infortunios y reveses que experimentan a cada paso. Aunque

El desorden de la naturaleza hace algunas veces experimentar sus efectos a las anciones, sus malos gobiernos son continuamente la causa inmediata y permanente de que dimanen las continuas calamidades que se ven obligados a sufrir. A ellos y solo a ellos, a la ambición de los reyes y de los grandes, a su negligencia, vivios y opresión se deben por lo común las esterilidades, la mendicidad, las guerras, las pestes, las malas costumbres, y todos los azotes multiplicados que asolan la tierra.

Nada mas común que ver a los ambiciosos, a los perversos a los hombres corrompidos y sin costumbres tener religión y mostrar siempre mucho celo por los intereses de ella, si no la practica se prometen hacerlo algún día; la tiene guardada como un remedio que tarde i temprano les será preciso para tranquilizarse del mal que aun piensan hacer. Por otra parte, como el partido de los devotos y de los sacerdotes es muy numeroso, activo y poderoso, no es extraño ver a los pícaros y bribones buscar su apoyo para conseguir sus fines, se nos dirá sin duda, que muchas gentes honradas son religiosas sinceramente y sin provecho; pero ¿la rectitud de corazón va siempre acompañada del talento?

Se nos cita un gran número de sabios y hombres de gusto y talento que han sido adictos fuertemente a la religión. Esto prueba que los hombres de gusto y talento pueden tener preocupaciones, ser pusilánimes, o tener una imaginación que los seduzca, y les impida examinar los objetos a sangre fría. Pascal nada prueba en favor de la religión sino que un hombre de disposición puede tener su poquito de locura, y que no es mas que un niño cuando es bastante débil para escuchar las preocupaciones, pascal nos dice que el espíritu puede ser fuerte y débil.: antes había dicho, se pede tener sentido recto y no caminar con igualdad en todas las cosas, porque hay quienes, teniéndole recto para cierto orden de las cosas, se alucinan en otras.

¿Qué es la virtud según la teología? Es, se nos dice, la conformidad de las acciones del hombre con la voluntad de Dios. pero ¿qué es Dios? es un ser que nade es capaz de concebir, y que por consecuencia cada uno modifica a su manera ¿Qué es la virtud de Dios? es lo que los hombre que han visto a Dios, o a quienes ha inspirado nos han dicho ser la voluntad de Dios. ¿Quiénes son lo que han visto a Dios? los fanáticos, bribones, o ambiciosos a quienes de ningún modo se puede creer bajo su palabra.

Fundar la moral sobre un Dios que cada hombre se figura diferentemente,

Que cada uno compone a su modo, que cada uno coordina según su propio temperamento e interés, es evidentemente fundar la moral sobre el capricho, y sobre la imaginación de los hombres; es fundarla sobre los antojos de una secta, de una facción o de un partido que creará tener la ventaja de adorar un verdadero Dios con exclusión de todos los demás.

Aquel que primero ha dicho a las naciones, que cuando se hiciera una injuria o un mal a los hombres, era preciso pedir perdón a Dios, apaciguarle con presentes y ofrecerle sacrificios, ha destruido claramente los verdaderos principios de la moral, con estas ideas los hombres se imaginan que se puede obtener del rey del cielo, como de los reyes de la tierra el permiso de ser injusto y perverso, o a lo menos el perdón del mal que se infiera.

¿Hay cosa mas a propósito para asegurar a los malvados, o para alentarlos a cometer el delito, que persuadirles que existe un ser invisible que tiene el derecho de perdonarles las injusticias, las rapiñas, las perfidias, y los ultrajes que puedan hacer a la sociedad? Animados con estas funestas ideas, vemos que los hombres mas perversos se entregan a cometer los mas horribles crímenes, y creen repararlos implorando la misericordia divina; su conciencia queda tranquila cuando un cura les asegura que el cielo se aplaca con un arrepentimiento sincero, muy inútil al mundo; el mismo sacerdote los consuela en nombre de la divinidad, su consienten para reparar sus faltas, en partir con sus ministros los frutos de sus robos de sus fraudes y de sus maldades.

el temor de las potestades invisibles rara vez es tan fuerte como el de las visibles, suplicios desconocidos o remotos, contiene mucho menos al pueblo que una horca levantada en una plaza, o el ejemplo de un ahorcado. Ningún cortesano que tema tanto la cólera de su Dios como el caer en desgracia de sus soberano. Una pensión, un título, una cinta, bastan para hacerle olvidar los tormentos del infierno, y los placeres de la corte celestial. Las caricias de una mujer llevan siempre la ventaja sobre las amenazas de Dios. un chiste, una bufonada, una palabra hacen mucha mas impresión sobre un cortesano que todo los graves conocimientos de su religión.

¿No se nos asegura que un ¡Señor, pequen! Basta para apacigua la divinidad? Sin embargo no se ve que este ¡Señor, peque? Se diga sinceramente, a

Lo menos es muy raro ver a los salteadores de caminos restituir, aun in articulo mortis, los bienes que han adquirido injustamente. Los hombres se persuaden sin duda que se acostumbrarán al fuego eterno sino pueden liberarse de él. Pero hay compostura con el cielo: dando a la iglesia una parte de su fortuna, poco bribones devotos hay que no mueran muy tranquilos respecto al modo con que se han enriquecido en este mundo.

Es necesaria, se nos dice sin cesar, una religión al pueblo. Si las personas ilustradas no tienen la necesidad del freno de la opinión, es necesario a lo menos a los hombres groseros, en quienes la educación no ha desarrollado la razón. ¿Es verdad que la religión sea un freno para el pueblo? ¿vemos que esta religión le impida entregarse a la intemperancia, a la embriaguez, a la brutalidad, a la violencia, al fraude, al robo, al asesinato, y a toda suerte de excesos? ¿un pueblo que no tuviese idea alguna de la divinidad podría conducirse de un modo mas detestable, que tantos pueblos crédulos entre los que se ve reinar la disolución y los vicios indignos de seres razonables? Al salir de sus templos ¿¿ no se ve al artesano, o al hombre bajo pueblo meterse de rondón en sus desordenes ordinarios, y persuadirse que los homenajes periódicos que rinde a su Dios, le dan derecho para seguir sin remordimiento sus costumbres viciosas, y sus inclinaciones habituales? En fin, si los pueblos son tan groseros y poco razonables, ¿no dimana su estupidez de la negligencia de los príncipes, que de ningún modo cuidan de la educación pública, o que se oponen a la instrucción de sus súbditos? La falta de razón de los pueblos es visiblemente obra de los sacerdotes, que en lugar de instruir a los hombres en una moral sensata, solo los entretienen con fábulas, sueños, quimeras, y prácticas de falsas virtudes en que la hacen consistir.

Los hombres por lo regular solo hacen consistir la virtud en una renuncia total de la naturaleza humana, en un olvido involuntario de su razón, y en un santo odio para consigo mismo. Los preceptos religiosos muestran ser con bastante frecuencia la perfección en una conducta cruel para nosotros propios, completamente inútil para los demás: tienen por objeto hacer a los hombre sin sociables desde niños, intolerantes, pendencieros injustos, e inhumanos para con todos aquellos que no han recibido las mismas ordenes ni los mismos favores del cielo.

Las personas mas religiosas muestran muchas veces mas respeto a sus criados que su Dios, un hombre que cree muy firmemente que Dios ve

Todo, hace todo, y está presente a todo, cuando esté solo hara cosas que no ejecutaría en presencia del mas vil de los mortales, los que dicen estar muy fuertemente convencidos de la existencia de un Dios no dejan de obrar muy a menudo como si nada creyesen. Viene a deducirse claramente de todo esto, que las ideas de la religión, de Dios, de las penas eternas, y de todos los fantasmas imaginarios que se han inventado para encadenar a los hombres, lejos de contener su tendencia a obrar mal, les deja rienda suelta para obrar a su antojo en perjuicio de la sociedad.

CAPÍTULO XV.

LA RELIGIÓN LEJO DE SER UN FRENO A LAS PASIONES DE LOS REYES, ES EL ARMA DE QUE ESTOS SE VALEN PARA OPRIMIR Y VEJAR A SUS PUEBLOS.

DEJAD a los menos, se dice, subsistir la idea de un Dios, que ella sola puede servir de freno a las pasiones de los Reyes. >> Pero, ¿de veras podemos admirar los efectos maravillosos que el temor de Dios produce por lo común sobre el espíritu de los príncipes, que se llaman imágenes suyas? ¡Que idea se puede formar del original si se juzga por las copias!

Los Soberanos, es verdad, se titulan los representantes de Dios, y sus tenientes en la tierra: pero el temor de un Señor mas poderoso que ellos ¿los mueve a ocuparse seriamente en la felicidad e los pueblos que la providencia ha confiado a su cuidado? El supuesto terror que debiera inspirarles la idea de un juez invisible, a quien solo tienen que dar cuenta de sus acciones ¿los hace mas equitativos, mas humanos, menos avaros de la sangre y de los bienes de sus vasallos, mas moderados en sus placeres, y mas atentos a sus deberes? En fin, este Dios por el cual se asegura que los reyes reinan, ¿les impide hollar y ultrajar de mil modos a los pueblos de quienes deberían ser conductores fieles, los protectores y los padres? Extiéndase la vista sobre la tierra, y se verá casi por todas partes a los hombres gobernados por tiranos, que no se sirven de la religión sino para embrutecer mas y mas los esclavos a quienes oprimen bajo

El peso de sus vicios, o que se sacrifican sin piedad sus fatales extravagancias.

La religión lejos de servir de freno a las pasiones de los reyes, por estos mismos principios los transforma en divinidades a cuyos caprichos jamás es permitido a las naciones resistir. Al mismo tiempo que desencadena los vicios de los príncipes, y rompe para ellos los vínculos del pacto social, se esfuerza en encadenar los espíritus y las manos de los vasallos a quienes oprimen. ¿Es por ventura nuevo, que los Dioses de la tierra crean que todo les está permitido y que solo miren a sus vasallos como viles instrumentos de sus caprichos o de su ambición?

La religión ha hecho en todas partes del monarca de la naturaleza un tirano cruel, antojadizo y parcial, cuyos caprichos son leyes; el Dios monarca está muy bien imitado por sus representantes en la tierra. Por todas partes la religión parece haber sido inventada para sumir los pueblos en la esclavitud, a fin de suministrar a sus árbitros la facilidad de devorarlos, o hacerlos desgraciados impunemente.

Tantos tiranos y malos príncipes, a quienes su conciencia reprueba sin cesar su negligencia o perversidad, lejos de temer a su Dios, prefieren siempre tener que habérselas con este juez invisible, que jamás se opone a nada, o con sus sacerdotes siempre propicios a los soberanos de la tierra, que con sus propios vasallos: los pueblos reducidos a la desesperación podrían muy bien apelar como de un abuso, de los derechos divinos de sus jefes. Los hombres cuando son oprimidos con exceso hacia algunas veces de las suyas, y entonces los derechos divinos del tirano se ven obligados a ceder a los derechos naturales de los vasallos.

Se saca mejor partido de los Dioses que de los hombres. Los reyes solo a Dios son responsables de sus acciones; los sacerdotes no son responsables sino a sí mismos: hay suficientes motivos para creer que unos y otros están mas asegurados de la indulgencia del cielo que de la tierra. Es mucho mas fácil escapar del juicio de los Dioses, que se apaciguan a poca costa, que del de los hombres, cuya paciencia se ha agotado.

<< Si quitáis a los soberanos el temor de un poder invisible>> ¿Qué freno se podrá poner a sus extravíos? Que aprendan a reinar, a ser justos, a respetar los derechos de los pueblos, a reconocer los beneficios de las naciones de quienes tienen su grandeza y su poder; que aprendan a temer a los hombres y a someterse a las leyes de la equidad; que nadie puede violarlas sin

Riesgo que contengan de un mismo modo al poderoso y al débil, a los grandes y a los pequeños, al soberano y a los vasallos.

El temor de los Dioses, la religión, y los terrores de la otra vida, son los diques metafísicos y sobrenaturales que se oponen a las fogosas pasiones de los príncipes. ¿Son suficientes? La experiencia debe resolver la cuestión. Oponer la religión a la perversidad de los tiranos, es querer que especulaciones vagas, inciertas e inteligibles sean mas poderosas que las inclinaciones, cuando todo conspira de día en día a fortificarlas mejor.

Se nos alaban sin cesar las inmensas ventajas que la religión proporciona a la política; pero por poco que se reflexione, se reconocerá sin trabajo que a los pueblos, y jamás los ilustran sobre sus verdaderos deberes e interese. La religión forma muy a menudo déspotas licenciosos y sin costumbres, obedecidos por esclavos, forzados siempre a conformarse con su voluntad.

Pero no haber meditado o conocido los verdaderos principios de la administración, el fin y los derechos de la vida social, los verdaderos intereses de los hombres, y los deberes que los unen, los príncipes se han hecho casi en todas partes licenciosos, absolutos y perversos, y sus vasallos viles, desgraciados y malos. Por excusarse al trabajo de estudiar estos importantes objetos se creyeron obligados a recurrir a quimeras que, hasa el presente, lejos de remediar cosa alguna, no han hecho mas que aumentar los males del género humano, y distraerle en todo de las cosas mas interesantes para él.

El modo injusto y cruel con que tantas naciones son gobernadas en el mundo, nos suministra visiblemente una de las mas fuertes pruebas, no solamente del poco efecto que produce el temor de la otra vida, sino aun la de la existencia de una providencia que se interesa de la suerte del género humano. Si existiera un Dios bueno, ¿no habría precisión de convenir en que desprecia en esta vida a la mayoría de los hombres? No parece sino que Dios ha creado las naciones, para ser juguete de las pasiones y locuras de sus representantes sobre la tierra.

Por poca atención con que se lea la historia, se verá que el cristianismo, humilde al principio se ha insinuado en las naciones salvajes y libres de la Europa, haciendo entender a sus jefes que sus principios religiosos favorecían el despotismo, t ponían un poder absoluto en sus manos, vemos en consecuencia príncipes bárbaros convertirse con prontitud maravillosa,

Es decir, adoptar un examen un sistema tan favorable a su ambición, y hacer todos los esfuerzos para hacerla abrazar a sus súbditos. Si los ministros de esta religión han modificado después muchas veces sus principios serviles, es porque la teoría no influye sobre la conducta de los ministros del señor, sino cuando conviene a sus intereses personales.

La religión solo parece inventada para elevar a los príncipes sobre las naciones, y para entregarles los pueblos a discreción. Cuando estos se encuentran bien desagraciados acá en la tierra, se les hace callar amenazándoles con la cólera de los Dioses: se fija su atención sobre el cielo a fin de impedirles que noten las verdaderas causas de sus males, y que apliquen los remedios que la naturaleza les presenta.

A fuerza de repetir a los hombres que la tierra no es su verdadera patria, que la vida presente solo es un tránsito, que no son hechos para ser felices en este mundo, que la autoridad de sus soberanos dimana de Dios, y a el solo deben dar cuenta del abuso que hagan de ella, que jamás es permitido resistirles etc., etc., se ha llegado a eternizar la falta de conducta de los reyes y las desgracias de los pueblos, y los intereses de las naciones han sido sacrificados vilmente a sus jefes. Cuanto mas se consideran los dogmas y principios religiosos, tanto mas se convencerá uno, de que tiene por único objeto de la ventaja de los tiranos y de los sacerdotes, sin tener jamás miramiento a la de las sociedades.

Según los bellos principios de la moral religiosa, un tirano que durante un largo reinado no haya hecho mas que oprimir a sus vasallos, arrancarles los frutos de sus trabajos, sacrificarlos sin piedad a su insaciable ambición; un conquistador que haya usurpado las provincias de otros, que haya hecho degollar naciones enteras, que haya sido toda su vida un verdadero azote del género humano, se imagina que su conciencia puede tranquilizarse cuando para expiar tantos horrores haya llorado a los pies de un sacerdote, que tendrá regularmente la vil complacencia de consolar y asegurar a un infame, a quien la mas horrible desesperación castigaría muy débilmente del mal que ha hecho sobre la tierra.

Es una opinión destructora de la sana política y de las costumbres de los príncipes, persuadidos que solo a Dios tienen que temer cuando dañan a sus vasallos, o cuando desprecian su felicidad. ¡Soberanos! No a los dioses, a vuestros pueblos ofendéis, cuando obráis mal, a los pueblos, y de rechazo a vosotros mismos hacéis daño gobernáis injustamente.

Un soberano devoto con sinceridad es comúnmente un jefe muy peligroso para un estado: la credulidad supone siempre un espíritu muy limitado: la devoción absorbe por lo común la atención y el tiempo que el príncipe debería emplear en el gobierno de sus pueblos: dócil a las sugerencias de sus sacerdotes, se hace a cada paso el juguete de sus caprichos, el favorecedor de sus contiendas y el instrumento y cómplice de sus locuras, a las que da el mayor valor. Entre los presentes mas funestos que la religión ha hecho al mundo, se deben contar sobre todo los monarcas devotos y celosos, que con la idea de trabajar para la salvación de sus vasallos, se imponen el santo deber de atormentar, perseguir y destruir a los que su conciencia hace pensar de diferente modo que ellos. Un devoto a la cabeza de un imperio es el mayor azote que el cielo enfurecido puede enviar sobre la tierra, un solo cura fanático o un bribón que tenga el favor de un príncipe crédulo, basta para poner en estado en desorden, y el universo en combustión.

En casi todos los países los sacerdotes y los devotos están encargados de formar el espíritu y el corazón de los príncipes jóvenes destinados a gobernar las naciones. ¿Qué luces pueden tener los directores de esta clase? ¿de que interés pueden estar animados? Llenos ellos mismos de preocupaciones, pintarán a su discípulo la superstición como la cosa mas importante y sagrada, sus deberes quiméricos como los mas santos deberes; la intolerancia, y el espíritu perseguidor, como los verdaderos fundamentos de su autoridad futura; tratarán de sacar un jefe de partido, un fanático turbulento, un tirano; apagarán su razón con tiempo; le prevendrán contra ella; impedirán que la verdad llegue a él; le malquistarán con los hombres de verdadero talento, y le dispondrán en favor de los necios; en fin, harán de él un devoto fátuo, sin idea alguna de lo justo y de lo injusto, de la verdadera gloria, ni de la verdadera grandeza, y falto de luces y de las virtudes necesarias APRA el gobierno de un gran estado. ¡He aquí en compendio el plan de la educación de un niño destinado a hacer algún día la felicidad o la desgracia de muchos millones de hombres!

Un Soberano ilustrado, aquel que conoce sus verdaderos intereses sabe que están unidos a los de su nación; sabe que un príncipe no puede ser grande, poderoso, querido, ni considerado, mientras solo mande a esclavos miserables; sabe que la equidad, la beneficencia y la vigilancia le darán sobre los hombres derechos mas efectivos que los títulos fabulosos que se

Hacen bajar del cielo; conocerá que la religión solo es inútil a la sociedad, que muchas veces la perturba, que es preciso contenerla para impedirle que dañe; en fin conocerá que para reinar con gloria es preciso hacer buenas leyes, enseñar la virtud y no fundar su poder sobre imposturas y quimeras.

Los dogmas, las ceremonias, la moral y las virtudes que prescriben todas las religiones del mundo, no han sido visiblemente calculadas sino para aumentar y extender el poder, y las utilidades de los fundadores y ministros de las mismas. Los dogmas son oscuros, incomprensibles, pavorosos, y por lo mismo muy a propósito para alucinar la imaginación, y hacer al vulgo mas dócil a las voluntades de los que quieren dominarlos. Las ceremonias y prácticas religiosas proporcionan riquezas, y consideración al sacerdocio. La mora y virtud religiosa consiste en una fe sumisa que impide racionar, en una humildad devota que asegura al sacerdocio la sumisión de sus esclavos, y en un celo ardiente cuando se trata de la religión, es decir, de los intereses de los sacerdotes. Todas las virtudes religiosas no tienen evidentemente mas objeto que la utilidad de los ministros de la religión.

¿Qué ateo, que sectario, que judío puede ser mas fuerte, ni mas perjudicial que tantos conquistadores, tiranos, perseguidores, ambiciosos y cortesanos perversos, que sin ser ateos, sectarios, ni judíos, sino regularmente muy religiosos y devotos, hacen gemir la humanidad bajo el peso de sus crímenes? ¿Puede un príncipe ateo causar mas daño al mundo que un Luis XI, un Felipe II, un Richelieu, un Cromwell, Carlos I, etc., que todos han aliado la religión con el crimen? Nada menos común, en una palabra, que príncipes ateos, nada mas común que tiranos, y ministros perversos, y al mismo tiempo muy religiosos.

CAPÍTULO XVI.

VANIDAD Y ORGULLO DEL SACERDOCIO.

La vanidad y orgullo han sido y serán siempre vicios anexos al sacerdocio. ¿Hay cosa mas capaz de hacer a los hombres orgullosos y vanos que la pretensión de ejercer un poder dimanado del cielo, de poseer un carácter sagrado, y de ser los enviados y ministros del todo poderoso? ¿Estas disposiciones no están continuamente alimentadas por la credulidad de los pueblos, por las diferencias y respetos de los soberanos, por la inmunidades, los privilegios y las distinciones de que se ve gozar el clero? El vulgo en todas partes es mas adicto a sus guías espirituales, que tiene por hombres divinos, que a sus superiores temporales, a quienes mira como hombres ordinarios el cura de un pueblo hace mucho mas papel en él que el juez. Un sacerdote entre los cristianos se cree muy superior a un rey, o a un emperador. Un grande de España, habiendo hablado con energía a un fraile, este le dijo con mucha arrogancia: aprended a respetar a un hombre que tiene todos los días a vuestro Dios es sus manos y a vuestro rey a sus pies.

¿Tienen los sacerdotes derecho para acusar de orgullosos a los incrédulos? ¿Se distinguen ellos por su rara modestia y profunda humildad? ¿no es evidente que el deseo de dominar a los hombres es la esencia de su oficio? Si los ministros del Señor fuesen verdaderamente modestos, ¿Se les vería tan avaros de respetos, tan prontos a irritarse por cualquier contradicción,

Tan decisivos, y tan crueles en vengarse de aquellos que no convienen con sus opiniones? ¿la ciencia modesta no hace conocer cuando difícil es averiguar la verdad? ¿qué otra pasión que un orgullo desenfrenado puede hacer a los hombres tan feroces, tan vengativos y tan faltos de indulgencia y dulzura? ¿Hay cosa más presuntuosa que armar a las naciones unas contra otras, y hacer correr arroyos de sangre para establecer o defender frívolas conjeturas?

Los sacerdotes se han mostrado en todo tiempo favorecedores del despotismo y enemigos de la libertad pública; su profesión exige esclavos envilecidos y sumisos que ninguna tengan el atrevimiento de raciocinar. En un gobierno absoluto no tratan sino de apoderarse del espíritu de un príncipe débil y estúpido para hacerse árbitro de los pueblos. En lugar de conducir a estos a su salvación, los curas los han guiado siempre a la esclavitud.

En pago de los títulos sobrenaturales que la religión ha forjado para los más perversos príncipes, estos se han ligado comúnmente con los sacerdotes que, seguros de reinar por la opinión sobre el tirano mismo, se han encargado de atar los manos de los pueblos y tenerlos bajo su yugo: pero en vano el tirano escudado con la religión, cree estar a cubierto de los golpes de la suerte; la opinión es un débil muro contra la desesperación de los pueblos: por otra parte, el sacerdote no es amigo del tirano, sino mientras le tiene cuenta; predica la sedición y abate el ídolo que ha elevado, cuando no le halla conforme con los intereses del cielo, a quien ha hecho hablar cuando le ha convenido, y que jamás habla, sino según él quiere.

Se nos dirá sin duda que los soberanos conociendo toda la ventaja que la religión les proporciona, se hallan verdaderamente interesados en sostenerla con todo su poder. Si las opiniones religiosas son tan útiles a los tiranos, es muy evidente que son inútiles a los que gobiernan con arreglo a las leyes de la razón, de la equidad y de la justicia. ¿Hay pues alguna ventaja en ejercer la tiranía? ¿Los príncipes están verdaderamente interesados en ser tiranos? ¿no los priva la tiranía del verdadero poder, del amor de los pueblos, y de toda seguridad? ¿no debiera notar todo príncipe razonable que un déspota es un insensato que no sabe sino dañarse a sí mismo? ¿no debiera todo príncipe ilustrado desconfiar de los aduladores, cuyo objeto es adormecerles sobre el borde del precipicio que abren a sus pies?

Si las adulaciones sacerdotales llegan a pervertir los príncipes y a convertirles en tiranos, estos por su parte corrompen también a los grandes

Y a los pueblos. Bajo el yugo de un soberano injusto, sin bondad, sin virtud, que no conoce otra ley que su capricho, es absolutamente indispensable que una nación se corrompa. ¿Querrá un soberano de esta clase tener de cerca de su persona hombres honrados, virtuosos, e ilustrados? No; solo necesita aduladores, aprobadores, incitadores esclavos, almas bajas y serviles que se presenten a sus gustos y caprichos; su corte propagará el contagio del vicio en las clases inferiores. De uno en otro, todo se corromperá necesariamente en un estado cuyo jefe está corrompido. Se ha dicho hace mucho tiempo, que los príncipes parece que mandan ejecutar los mimos que ellos hacen.

Los ministros de la religión han tenido muy buen cuidado de hacer de su Dios un tirano muy terrible, caprichoso, e inconstante: era preciso que fuese así, para que se acomodase con sus intereses, sujeto a variaciones. Un Dios que fuese justo y bueno, exento de capricho, y de malignidad: un Dios que tuviese constantemente las cualidades de un hombre honrado, o de un soberano benigno, no convendría de modo alguno a sus ministros. Es muy útil a los sacerdotes que se tiemble delante de su Dios, a fin de que se recurra a ellos, para obtener el modo de asegurarse de sus temores.

No es maravilloso que un Dios adornado por sus sacerdotes de un modo que cause grande temor a los demás hombres, les cause a ellos poco respeto, o que influya muy poco en su propia conducta. Constantemente las vemos en todos los países portarse de un modo muy uniforme con el pretexto de la gloria de Dios; por todas partes devoran las naciones, envilecen las almas, desalientan la industria y siembran la discordia. El orgullo, la ambición y la avaricia fueron en tiempo las pasiones dominantes del sacerdocio; en todas partes el sacerdote está por encima de los soberanos y de las leyes; siempre se le ve ocupado en los intereses de su orgullo, de su codicia, de su humor despótico y vengativo; siempre instituyendo expiaciones, sacrificios, ceremonias y prácticas misteriosas, en una palabra, invenciones que solo a él son lucrativas.

El espíritu se confunde, y la razón se turba a la vista de las ridículas prácticas y de los medios despreciables que los ministros de un Dios han inventado en todos los países de la tierra para purificar las almas y tener el cielo propicio a las naciones. En una parte se corta un pedacito al prepucio de un niño para merecer la benevolencia del cielo; en otra se le

Echa agua sobre la cara para lavarle los delitos que aun no ha podido cometer; en otra se manda echarse en un río, cuyas aguas tienen el poder de llevarse todas las falsedades del vicio; en otra se le prohíben ciertos alimentos, cuyo uso no dejaría de atraerle el cólera del cielo; en otros parajes se ordena al hombre pecador, y aun se le obliga a ir de cierto en cierto tiempo a confesar sus faltas a los pies de un sacerdote, que regularmente es mayor que él, etc, etc.

Los ministros de la religión declaman sin cesar contra la corrupción del siglo, y se lamentan altamente del poco fruto de sus lecciones, al mismo tiempo que nos aseguran que la religión es el remedio universal, la verdadera Panacea contra los males del género humano. Los sacerdotes están ellos mismos muy enfermos y sin embargo los hombres continúan frecuentando sus tiendas y dando crédito a sus antidotos divinos, que según ellos mismos a nadie curan. ¿Qué diríamos de una turba de empíricos, que viendo diariamente a una plaza pública, nos ponderase con extremo la bondad de sus remedios, y los diesen por infalibles, al mismo tiempo que los viésemos a ellos llenos de las mismas enfermedades que pretendiesen curar? ¿Tendríamos mucha confianza en las recetas de estos charlatanes que nos gritasen hasta el extremo de atolondrarnos: comprad nuestros remedios, sus efectos jamás faltan, curan a todo el mundo menos en nosotros? ¿Qué pensaríamos viendo que estos mismos charlatanes pasaban su vida lamentándose de que sus remedios jamás producían efecto alguno sobre los enfermos que los tomaban? En fin, ¿qué idea nos formaríamos de la majadería del vulgo, que a pesar de todos estos avisos, no cesase de pagar muy caros los remedios cuya ineficiencia se le probaba? Los sacerdotes se parecen a los alquimistas que dicen con arrogancia que poseen el secreto de hacer oro, mientras que apenas tienen vestido para cubrir su desnudez.

Para precaverse de los atentados de un pontífice altanero, que pretendía reinar sobre los reyes; para poner su persona a cubierto de los atentados de los pueblos crédulos excitados por los sacerdotes; muchos príncipes de la Europa pretendieron tener sus coronas y sus derechos solamente de Dios, y no debe dar cuenta sino a él de sus acciones. El poder civil venció a la larga en sus combates al espiritual, y los sacerdotes, obligados a ceder, reconocieron los derechos divinos de los reyes, y los predicaron a los pueblos, reservándose empero la facultad de mudar de parecer, y predicar la rebelión siempre que los derechos divinos de los reyes no convenga con

Los derechos divinos del clero. Siempre se ha hecho a expensas de las naciones la paz entre los reyes y los sacerdotes; pero estos conservaron sus pretensiones a pesar de todos los tratados.

El cristianismo se alaba de haber traído a los hombres una felicidad desconocida en los siglos anteriores. Verdad es que los griegos no han conocido los derechos divinos de los tiranos, o de los usurpadores de los tiranos, o de los usurpadores de los derechos de su patria. Bajo el paganismo a nadie había pasado jamás por la imaginación, que el cielo que quería que una nación que se defendía de otra nación, se defendiese contra una fiera que la atacase insolentemente. La religión de los cristianos imaginó poner a los tiranos en seguridad, y sentó por principio que los pueblos debían renunciar a la defensa legítima de si mismos. Así las naciones cristiana están privadas de la primera ley de la naturaleza, que quiere que el hombre resista al mal, y desarme a cualquiera que se prepare para destruirle. Si los ministros de la iglesia han permitido muchas veces a los pueblos rebelarse por la causa del cielo, jamás les permitieron hacerlo por males mas efectivos, o por violencias conocidas.

Del cielo han venido las cadenas de que se sirvieron para encadenar los espíritus de los mortales: ¿porqué el mahometano es esclavo en todas partes? Porque su profeta subyugó en nombre de la divinidad, como Moisés antes que él había sujetado a los judíos. En todas partes vemos que los primeros soberanos, y los primeros sacerdotes de los salvajes fueron sus legisladores, y quienes les dieron sus leyes.

Fijando continuamente la vista de los hombres sobre los cielos; haciéndoles creer que todos sus males son debidos a la cólera divina, solo les suministran medios ineficaces y pueriles para hacer cesar sus males: se diría que los sacerdotes no han tenido otro objeto que impedir a las naciones que piensen en el verdadero origen de sus miserias, y que se han propuesto hacer estas eternas. Los ministros de la religión se conducen poco mas o menos como las madres indigentes, que a falta de pan, hacen dormir a sus niños hambrientos con canciones, o les presentan juguetes para hacerles olvidar la necesidad que les atormenta.

¡Cuántos subterfugios, ardides y destreza han empleado los antiguos y modernos racionadores para evitar el choque con los ministros de los dioses, que fueron siempre los verdaderos tiranos del pensamiento! ¡Cuántas hipótesis y rodeos se han visto obligados a imaginar a fin de conciliar

Sus descubrimientos con los delirios, y las equivocaciones que la religión ha consagrado! Los mayores filósofos, ¡con que precauciones no se han enredado, aun con el peligro de ser absurdos, inconsecuentes e incomprensibles, siempre que sus ideas no conviviesen con los principios de la teología! Los sacerdotes vigilantes estuvieron siempre atentos a sus intereses. La teología fue siempre el lecho de Procusto, sobre el cual este bandolero extendía a los pasajeros que cogía: les hacía cortar los miembros cuando eran demasiado largos o los hacía estirar con caballos cuando eran mas cortos que la cama sobre que les obligaba a echarse.

Solo deberán los hombres respetar a los sacerdotes cuando estos se hagan ciudadanos. Válganse, si pueden de la autoridad del cielo para aterrar a los príncipes, que sin cesar asolan la tierra; no les vuelva a adjudicar el horrible derecho de ser injustos impunemente; háganles conocer que ningún individuo del estado está interesado en vivir bajo la tiranía; demuestren a los soberanos, que no tienen interés alguno en ejercer un poder, que haciéndolos odiosos sería perjudicial a su propia seguridad, a su poder y a su grandeza. En fin, los sacerdotes y los príncipes desengañados reconozcan que ningún poder es seguro su no está fundado sobre la verdad, la razón y la equidad.

Si la teología es un ramo de comercio útil a algunos hombres, está muy demostrado que es superflua y perjudicial al resto de la sociedad. A los hombres su interés propio llega a desengañarlos tarde o temprano. Los soberanos y los pueblos reconocerán sin día alguna algún día la indiferencia, y profundo desprecio que merece una ciencia fútil que solo sirve para perturbar a los hombres sin hacerlos mejores. Conocerán la inutilidad de tantas prácticas dispendiosas que de ningún modo contribuyen a la felicidad pública; se avergonzarán de tantas disputas despreciables que cesarán de alterar la tranquilidad de los estados, cuando se deje de darlas una importancia ridícula.

CAPÍTULO XVII.

DE LA INTOLERANCIA.

TODA religión nacional se ha inventado para hacer al hombre cano, insociable, y malo: los primeros pasos de la humanidad deberían encaminarse a permitir a cada uno que siga en paz el culto y las opiniones que le convenga: pero esta conducta no puede agradar a los ministros de la religión, que quieren tener el derecho de tiranizar a los hombres hasta en sus pensamientos.

¡Príncipes ciegos y devotos! Aborrecéis, perseguís y enviáis al suplicio a los herejes porque se os persuade de estos infelices desagradan a vuestro Dios. pero ¿ No decís que es un Dios lleno de bondad? ¿Porqué creéis agradarle con actos de barbarie que debe precisamente desaprobado? Por otra parte ¿quién os ha dicho sus opiniones desagradan a vuestro Dios? vuestros sacerdotes. Pero ¿quién sale garante de vuestros sacerdotes no se engañen ellos mismos, o quieran engañarnos? Los mismos sacerdotes. ¡Príncipes! ¡Sobre su peligrosa palabra cometéis los delitos mas atroces y mas probados, con la idea de agradar a la divinidad!

Jamás, dice Pascal, se hace el mal tan completamente, y con tanta alegría, como cuando se ejecuta por un falso principio de conciencia, nada mas peligroso que una religión que da rienda suelta a la ferocidad de un pueblo, y que justifica a su parecer los mas negros delitos: ningún límite pone a su malignidad cuando la cree autorizada por su Dios, cuyos intereses se les

Dice que pueden hacer legítimas todas sus acciones. ¿Tratase de la religión? Al momento todos los pueblos mas civilizados se trasforman en verdaderos salvajes, y se creen autorizados para todo. Cuanto mas crueles se muestran, mas piensan que agradan a Dios, cuya causa se imaginan que no puede aun sostenerse con todo el ardor que se merece.

Todas las religiones del mundo han autorizado maldades innumerables. Los judíos alucinados por las promesas de su Dios se han arrogado el derecho de exterminar naciones enteras. Fundados en los oráculos de su Dios, los Romanos, como verdaderos salteadores de caminos, han conquistado y assolado el mundo. Los Árabes, alentados por su divino profeta han llevado el fuego y la desolación a las naciones cristiana e idólatras. Los cristianos, bajo el pretexto de extender su religión santa, ha cubierto de sangre cien veces uno y otro hemisferio.

La teología replicona ha sido en todos tiempos las mas ominosa y detestable plaga que ha afligido jamás la tierra. La teología ha derramado la sangre de nuestros hermanos durante siglos enteros por solismas tan impertinente como ridículos, ¿Qué debe importar a Dios, ni a los hombres que Jesús sea Homousios, o Homoyousios, que su madre sea Teothocos, o Jesuthocos, que exista o no la Trinidad, y que el Espíritu proceda o no proceda? ¿Era preciso por estas sutilezas aborrecerse, perseguirse, atormentarse y degollarse recíprocamente? ¿era preciso ensangrentarse con tanta inhumanidad solo por querer comprender las quimeras incomprensibles? Arrójense los teólogos de la sociedad y el universo todo quedará tranquilo, a lo menos en materia de religión; admítaseles, déseles autoridad, y al instante la tierra se verá inundada de sangre.

Los hombres son ya bastante desgraciados para que sirva de aumento a sus miserias humanas, una religión que debería contribuir solo a hacerlas mas llevaderas, aliviarlas, o minorarlas. Las horribles calamidades que la religión cristiana ha sembrado por espacio de tantos siglos en los países donde ha tenido la desgracia de llegar esta devoradora secta, afligen y hacen derramar lagrimas; los horrores infernales que su viperina saña ha hecho cometer en los reinos de Inglaterra, Irlanda y Escocia, y en los estados de Francia y Alemania, desgarran las entrañas de todo hombre sensible. Debe despreciarse el corazón de hierro que no se transporte de ira implacable cuando recuerde y considere las turbulencias religiosas que

Produjeron las mas espantosas escenas en la desgraciada época en que se vio nacer a ese imbecil y demasiado cobarde Rey Carlos I de Inglaterra, y a ese extranjero Cromwell, medio loco, medio héroe, medio fanático, medio bribón, medio político y medio bárbaro; en aquella época se encendieron las abrasadoras antorchas que redujeron a ceniza ciudades enteras; se aguzaron las cortantes espadas que cubrieron las campiñas de cadáveres de inocentes víctimas. ¡Ah! ¡qué teatro de horro! ¡ah desgraciados y miserables británicos!. ¿Cuál fue la principal causa de vuestro furor? ¿Así os degollasteis tan desapiadadamente solo por saber si era necesario un sobrepelliz, o una sotana, por un cowenan, por ceremonias ridículas y enteramente inútiles?

En todos los acontecimientos favorables a sus propios intereses, que llaman siempre la causa de Dios, los sacerdotes nos muestran el dedo de Dios. según estos principios los devotos tienen la felicidad de ver el dedo de Dios en las rebeliones, las revoluciones, las matanzas, etc., y por poco que estas cosas contribuyan a favor de la religión se concluye con decir, que Dios se vale de toda suerte de medios para llegar a los fines que se ha propuesto. ¿Hay algo mas capaz de pervertir toda idea de moral en el espíritu de los hombres, que hacerles entender, que su Dios, tan poderoso y perfecto, se ve obligado muchas veces a valerse del crimen para cumplir sus designios?

Cuando nos quejamos de los furores y males que la religión ha producido tantas veces sobre la tierra, se nos dice al instante, que estos excesos no son debidos a la religión, sino que son las tristes consecuencias de las pasiones de los hombres. Preguntaré sin embargo ¿quién ha desencadenado estas pasiones? Evidentemente la religión el celo de ella es quien hace al hombre inhumano, y sirve para cubrir las mayores infamias. ¿No prueban, pues, estos desordenes que la religión en lugar de contener las pasiones de los hombres solo cubre en su manto que los santifica, y que nada sería tan útil, como arrancarles este sagrado manto, de que se hace continuamente un uso tan terrible? ¡Qué horrores se desterrarían de la sociedad, si se quitase a los malos un pretexto tan plausible de turbarla!

Los sacerdotes lejos de hacer reinarse la paz entre los hombres, han sido por el contrario, unas furias que han atizado la tea de la discordia. Dieron por excusa su conciencia, y pretendieron haber recibido del cielo el derecho

De ser pendencieros, turbulentos y rebeldes. ¿No se creen ultrajados los ministros del Señor, y dicen que lo está la majestad divina siempre que soberanos tienen la temeridad de querer impedirles que hagan mal? Los sacerdotes se parecen a aquella mujer caprichosa, que gritaba: ¡fuego! ¡que me matan! ¡al asesino cuando su marido la contenía las manos para impedir que le arañase.

A pesar de las sangrientas tragedias que la religión ha causado continuamente en este mundo, no se cesa de repetirnos, que no puede haber moral sin religión. Si se juzgase de las opiniones teológicas por sus efectos, se tendría con fundamento derecho para decir que toda moral es totalmente incompatible con las opiniones religiosas de los hombres.

No hay devoto que, según su temperamento, no aborrezca y desprecie, y que tenga la mas leve compasión a los partidarios de una secta diversa de la suya. La religión dominante (que siempre la del soberano y la de los ejércitos) hace regularmente conocer su superioridad del modo mas cruel, e injuriosos a las sectas mas débiles. Aun no existe una verdadera tolerancia sobre la tierra; por todas partes se adora a un Dios celoso, del que cada nación se cree la amiga favorecida con exclusión de todas las demás.

¡Perseguidores infames, y vosotros, devotos antropófagos! ¿no conoceréis jamás la locura y la injusticia de vuestro intolerante humor? ¿no veis que el hombre no es árbitro de sus opiniones religiosas, de su credulidad o incredulidad, como no lo es del idioma que aprende desde la infancia, y que no puede cambiar? Decir a un hombre que piense como vosotros, ¿no es lo mismo que pretender que un extranjero se explique en nuestro idioma como nosotros mismos? Castigar a un hombre por sus errores, ¿no es castigarle por haber sido educado de distinto modo que vosotros? Si soy incrédulo ¿me es posible desterrar de mi imaginación las razones que me han hecho titubear mi fe? Si vuestro Dios deja a los hombres en libertad de condenarse ¿Qué se os importa a vosotros? ¿sois por ventura mas prudentes y mas sabios que este Dios, cuyos derechos queréis vengar?

Todo hombre que tiene la intrepidez de anunciar verdades al mundo, está seguro de atraerse el odio de los ministros de la religión; estos invocan a grito herido a las potestades en un socorro; tienen necesidad de existencia de los reyes para sostener sus argumentos y sus dioses. Estos clamores demuestran demasiado la debilidad de la causa.

Cuando alguno pide socorro es prueba de que está en peligro, no es permitido errar en materia de religión: sobre cualquier otro objeto pueden los hombres equivocarse impunemente, se tiene compasión de los que se alucinan, y se pone buen semblante a los que descubren verdades nuevas; pero cuando la teología se juzga interesada, sea en los errores o descubrimientos, se enciende un santo celo; los soberanos exterminan, los pueblos entran en frenesí, y las naciones están alerta y en conmoción sin saber porque.

¡Pueblos crédulos! En vuestros infortunios, redoblad vuestras oraciones, ofrendas y sacrificios; circundad vuestros templos; inmolad víctimas sin fin; ayunad con el cilicio y la ceniza; regaos con vuestras propias lágrimas; acabad sobre todo de arruinarnos por enriquecer vuestros dioses; no haréis más que enriquecer a sus sacerdotes: los dioses del cielo solo os serán propicios cuando los dioses de la tierra reconozcan que son hombres como vosotros, y cuando dediquen a vuestro bienestar los cuidados que deben.

Si la ignorancia es útil a los sacerdotes y a los opresores del género humano, es muy perjudicial a la sociedad. El hombre falto de luces jamás goza de su razón; el hombre falto de razón y de luces, es un salvaje que puede cada a instante ser arrastrado al crimen. La moral o la ciencia de los deberes solo se adquieren con el estudio del hombre y de sus relaciones; el que no reflexiona por sí mismo no conoce la verdadera moral y camina con paso poco seguro por el camino de la virtud. Cuanto menos racionan los hombres, más perversos son. Los salvajes, los príncipes, los grandes, las gentes de la hez del pueblo, son por lo común los más malos de los hombres, porque son los que menos piensan.

Decís ¡oh doctores! Que la presunción es la que solamente forma ateos: enseñadles pues que cosa es vuestro Dios; instruidles en su ciencia, hablad de un modo inteligible, decid cosas razonables, que no sean contradictorias o imposibles. Si no podéis satisfaceros; si ninguno de vosotros ha podido hasta el presente demostrar la existencia de Dios de un modo claro y convincente; si según vuestra confesión misma su esencia está tan oculta para vosotros como para el resto de los mortales, perdonad a los que no pueden admitir lo que no pueden entender ni conciliar; no tratéis de presuntuosos o vamos a los que tienen la sinceridad de confesar su ignorancia; no acuséis de locura a los que están en la imposibilidad de creer

Contradicciones, y avergonzaos alguna vez de concitar el odio de los pueblos, y el furor de los soberanos contra hombres, que no piensan como vosotros sobre un ser de que vosotros mismos no tenéis idea alguna. ¿Hay cosa mas extravagante y temeraria que raciocinar sobre un objeto que se conoce imposible de concebir?

¡Sacerdotes! Dejad vuestras quimeras, vuestros dogmas inteligibles, vuestras disputas despreciables; desterrad a las regiones imaginarias estos fantasmas que solo podían ser útiles en la infancia de las naciones. Tomad al fin el todo de la razón. En lugar de tocar la campana de la persecución contra vuestros contrarios, en lugar de entretener a los pueblos con disputas insensatas, en lugar de predicar las virtudes inútiles y fanáticas, predicadles una moral humana y sociable; predicadnos virtudes realmente útiles al mundo: haceos apóstoles de la razón, luz de las naciones, defensores de la libertad, reformadores de los abusos, amigos de la verdad; y nosotros os bendeciremos, os honraremos, os estimaremos, y todo os asegurará un eterno imperio sobre el corazón de vuestros conciudadanos.

Nada es mas peligroso para un príncipe que poner la mano en el incensario, es decir, querer reformar los avisos consagrados por la religión: lo mas común es que la autoridad soberana se vea obligada a ceder delante de la autoridad divina, es decir, delante del interés del clero. Jamás se encoleriza Dios tanto como cuando se toda a los derechos divinos, los privilegios, las posesiones, o las ejecuciones del sacerdocio.

<< ¡Pueblos, a las armas! ¡Se trata de la causa de vuestro Dios! ¡el cielo está ultrajado! ¡la fe en peligro! ¡A la impiedad! ¡A la blasfemia! ¡A la herejía! >> con el mágico poder de estas formidables palabras de las que los pueblos jamás comprendieron cosa alguna, los sacerdotes fueron siempre los árbitros de sublevar los pueblos, destronar los reyes, encender las guerras civiles y sembrar la discordia entre los hombres. Cuando por casualidad se examinan los importantes objetos que se han excitado la cólera celeste y producido tanta devastación sobre la tierra, se halla que los desvarios de la sociedad, y balado al género humano en sangre y lágrimas.

CAPÍTULO XVIII.

SI DIOS SE HACE ADMIRABLE POR SUS OBRAS BUENAS, SE HACE ABORRECIBLE POR LAS MALAS.

Dios es el autor de todo: sin embargo se nos asegura que el mal no viene de Dios. ¿De dónde viene pues? De los hombres. Pero ¿quién ha hecho los hombres? Dios: luego es Dios de quien viene el mal. Si no hubiese hecho los hombres tales como son, el mal moral o el pecado no existiría en el mundo. A Dios, pues, es menester atribuir la causa de que el hombre sea tan perverso. Si el hombre tiene el poder de hacer mal u ofender a Dios, es preciso convenir que Dios quiere ser ofendido, que Dios que ha creado el hombre, ha resultado que el mal se haga por el hombre; sin esto el hombre sería un efecto contrario a las causas de quien tiene su ser.

Suponiendo a Dios por autor y motor de la naturaleza, no habría ningún desorden con respecto a él; todas las causas que hubiese hecho ¿no obrarían precisamente según las propiedades, las esencias y los impulsos que les hubiese dado? Si Dios cambiase el curso de las cosas, no sería invariable. Si el orden del universo, que se cree ser la prueba mas convincente de su existencia, de su inteligencia, de su poder y de su bondad, se desmintiese, se podría recusar a su existencia, o acusarle a lo menos de inconstancia, de falta de poder, de previsión, de sabiduría en el primer orden de cosas; se tendría derecho para acusarle de haber mirado con indiferencia la elección de los agentes y de los instrumentos que ha hecho, prepara y pone en acción. En fin, si el orden de la naturaleza probase el poder y la

Inteligencia, el desorden debería probar la debilidad, la inconstancia, y la falta de razón de la divinidad.

Si Dios es infinito, es hecho para el hombre mucho menos que el hombre para las hormigas. Las hormigas de un jardín ¿hablarían oportunamente sobre el jardinero si se ocupasen de sus intenciones, deseos, y proyectos? ¿Hablarían con razón, si pretendiesen que el Parque de Versalles no ha sido plantado sino para ellas y que la bondad de un monarca suntuoso, no ha tenido otro objeto que alojarlas suntuosamente? Pero según la teología, el hombre es con respecto a Dios mucho menos de lo que el insecto mas vil es con respecto al hombre; así, de acuerdo con la teología misma, ella que no se ocupa de otra cosa que de los atributos y miras de la divinidad, es la mas completa de las locuras.

Se pretende que en la creación del universo Dios no ha tenido otro fin que hacer al hombre feliz; pero en un mundo hecho a propósito para él, y gobernado por un Dios todo poderoso, ¿el hombre es en efecto feliz? ¿son durables sus goces? ¿sus placeres no están mezclados de penas? ¿hay muchos que estén contentos con su suerte? ¿el género humano no es continuamente víctima de males físicos y morales? Esta máquina humana que se nos muestra como una obra perfecta de la industria del Criador ¿no tiene mil modos de descomponerse? ¿nos admiraríamos de la habilidad de un maquinista que nos hiciese ver una máquina complicada, pronta a pararse a cada momento, y que acabara al fin de algún tiempo por hacerse pedazos ella misma?

Se llama Providencia el generoso cuidado que la divinidad manifiesta proveyendo a las necesidades, y velando por la felicidad de sus queridas criaturas: pero cuando se abren los ojos, se ve que Dios no provee a nada. La providencia se descuida sobre la mayor parte de los habitantes de este mundo: contra un muy pequeño número de hombres a quienes se supone felices; ¡qué multitud tan considerable gime en la opresión y vive en la miseria! ¿no se ven obligadas naciones enteras a quitarse el pan de boca para contribuir a las extravagancias de algunos ceñudos tiranos, que no son mas felices que los esclavos a quienes oprimen?

Se cree a la Providencia diciendo que en este mundo hay mayor número de bienes que de males para cada uno de los individuos de la especie humana. Suponiendo que los bienes de que esta Providencia nos hace gozar son como ciento, y que los males son como diez, ¿no resultará

Siempre que contra cien grados de bondad, la Providencia posee diez de malignidad, lo cual es incompatible con la perfección que se le supone?

Todos los libros están llenos de elogios en extremo aduladores de la Providencia cuyos cuidados atentos se alaban; parece que para vivir feliz en el mundo el hombre no tiene necesidad de hacer nada por su parte. Sin embargo, sin aun afán continuo, y sin trabajo, el hombre apenas subsistirá un día. Para vivir le veo obligado a sudar, labrar la tierra, cazar, pescar y trabajar sin descanso: sin estas causas segundas, la causa primera no acudiría a alguna de sus necesidades. Siendo la vista sobre todas las partes de la tierra, veo al hombre salvaje, y al civilizado en una lucha continua con la Providencia: está en la necesidad de precaver los golpes que le ocasiona por los huracanes, las tempestades, las heladas, las piedras y granizos, las inundaciones, las sequías, y los accidentes diversos que han hecho siempre inútiles todos sus trabajos. En una palabra, veo la raza humana continuamente ocupada en preservarse de los chascos, y morisquetas de la Providencia que se dice estar ocupada en el cuidado de su felicidad.

¿Vemos por ventura que la Providencia divina se manifieste de un modo bien sensible en la conservación de las obras admirables que se la hace el honor de atribuirle? Si es la que gobierna el mundo, ¿cómo tan presto la hallamos ocupada en destruir como en edificar, en exterminar, como en producir? ¿no hace perecerá a cada momento millares de estos mismos hombres a cuya conservación y bienestar se le supone siempre tan atenta? A cada paso pierde de vista a su querida criatura: unas veces arruina su habitación, otras destruye sus sembrados; ya inunda sus campos, ya los asola con una sequía abrasadora; arma la naturaleza entera contra el hombre; arma al hombre mismo contra la propia especie; y acaba generalmente por hacerle espirar en medio de los mas agudos dolores. ¡Y a esto se llama conservar el universo!

A poca distancia de Bagdad, un Dervis, conocido por su santidad, pasaba sus días tranquilos en una soledad agradable. Los habitantes de las cercanías, por tener parte en sus oraciones, se apresuraban diariamente a llevarle provisiones y regalos. El santo hombre no cesaba de dar gracias a Dios por los beneficios de que le colmaba: « ¡Oh Alá!, decía, tu ternura es inefable para tus servidores. ¿Qué he hecho yo para merecer los favores que con tu liberalidad me consuela? ¡Oh monarca de los cielos!

<< ¡Oh padre de la naturaleza! ¡qué alabanza podrá celebrar dignamente tu munificencia, y tus cuidados paternos! ¡Oh Alá! ¡qué grandes son tus bondades para con los hijos de los hombres! >> lleno de reconocimiento nuestro solitario hizo voto de emprender por la séptima vez la peregrinación a la Meca. La guerra que entonces subsistía entre los Persas y Turcos, no pudo hacerle dilatar la ejecución de su poderosa empresa. Lleno de confianza en Dios se puso en camino bajo la salvaguardia inviolable de un hábito respetado; atravesó sin obstáculos los destacamentos enemigos, y lejos de ser molestado recibía cada paso señales de veneración y respeto de los soldados de ambos partidos. Al fin, agobiado de cansancio, obligado a buscar un asilo contra los rayos ardientes del sol, encuéntrase bajo la fresca sombra de un crecido número de palmeras, cuyas raíces regaba un cristiano arroyo; en este lugar solitario, donde la paz no era turbada, sino por el susurro de las aguas y el cántico de las aves; el hombre de Dios; halló no solo un retiro maravilloso, sino también un banquete delicioso: no tenía mas que alargar la mano para coger dátiles y otras frutas agradables: el arroyo le suministraba agua con que apagar la sed; el verde césped le convidaba a descansar: cuando despertó, hizo la abulación sagrada, y en una enajenación de alegría exclamo: ¡Oh Alá! ¡qué grandes son tus bondades para los hijos de los hombres! Bien repleto, refrescado, lleno de vigor, y alegría, nuestro santo siguió su camino; este condujo algún tiempo al través de una placentera comarca que ofrecí a su vista costas floridas, esmaltados pardos, y árboles cargados de frutos. Enternecido con este espectáculo, no cesaba de adorar la mano pródiga y liberal de la providencia, que por todas partes se muestra ocupada en hacer la felicidad del género humano. Alejándose un poco mas, halla algunas montañas encrespadas y difíciles de atravesar, pero una vez llegado a su cumbre, un espectáculo horroroso se presenta de repente a su vista: su alma se consterna, descubre una casta llanura continuamente assolada por el hierro y el fuego, restos deplorables de una sangrienta batalla, que pocos días antes e había dado en aquel paraje; las águilas, los buitres, los cuervos, y los lobos devoraban a porfía los cuerpos muertos de que la tierra estaba cubierta: esta vista sumergió a nuestro peregrino en una abatimiento sombrío: el cielo por un favor especial le había concedido la ciencia de entender

El lenguaje de los animales: oyó un lobo repleto de carne humana, que en el exceso de su alegría exclamaba: << Oh Alá! ¡qué grandes son tus bondades para los hijos de los lobos! Tu sabiduría eterna que toso lo provee tiene cuidado de enviar desvaríos y locuras a estos hombres detestables tan peligrosos para nosotros. Por un efecto de tu providencia que vela sobre tus criaturas queridas, estos destructores de nuestra especie se degüellan unos a otros, y nos suministran un espléndido y abundante banquete. ¡Alá! ¡qué grandes son tus bondades para los hijos de los lobos.>>

Decís que la existencia sola es una gran beneficio. ¿pero esta existencia no está continuamente turbada por los disgustos, los temores, las enfermedades regularmente crueles y poco merecidas? ¿Esta existencia amenazada por tantas partes, no puede sernos arrebatada a cada momento? ¿quién es el que después de haber vivido algún tiempo no se ha visto privado de una esposa tierna, de un hijo querido, y de un amigo que le consolaba, cuyas paridad viene sin cesar a asaltar su imaginación? Muy pocos mortales hay que no se hayan visto forzados a beber en la copa del infortunio; muy pocos que no hayan deseado muchas veces dejar de existir. En fin, no ha dependido de nosotros el existir o no. ¿Debe un pájaro tener grandes obligaciones para el cazador por haberle cogido en su red, y haberle puesto en una jaula a fin de alimentarse con él, después de haberse divertido?

Se nos repite continuamente que debemos un reconocimiento infinito a la providencia, por los beneficios sin fin que tiene a bien dispensarnos. Se nos alaba sobre todo la felicidad de existir. Pero ¡Ah! ¿cuántos mortales hay que estén satisfechos verdaderamente de su modo de existir? Si la vida nos ofrece placeres ¿de cuántas amarguras y disgustos están mezclados? ¿Comúnmente no basta una sola pesadumbre dolorosa para agriar de un golpe la vida mas tranquila y feliz? ¿hay muchos hombres, que si la cosa dependiese de ellos, quisiesen volver a empezar la carrera penosa en que les ha puesto el destino sin su conocimiento?

Una imaginación alucinada no ve en el universo sino los beneficios del cielo: un espíritu mas sosegado halla en él bienes y males. Yo existo, diréis. Pero ¿es siempre un bien esta existencia? << Mirad, no diréis, este sol que nos alumbra, esta tierra que para nosotros se cubre de espigas y de verdor; estas flores que se abren para deleitar nuestra vista, y recrear nuestro olfato; estos árboles que se doblan con el besos de sus sabrosos

Frutos; estas aguas puras que corren para calmar nuestra sed; estos mares que abrazan el universo para facilitar nuestro comercio; estos animales que la naturaleza pródiga reproduce para nuestro uso. >>

Sí, veo todas estas cosas, y gozo de ellas cuando puedo. Pero en muchos climas este sol tan brillante y hermoso está casi siempre cubierto para mí: en otros su excesivo calor me atormenta, produce tempestades, enfermedades horribles, y deseca los campos; los prados están sin verdura, los árboles sin frutos, las mieses se abrasan y los arroyos se secan; no puedo subsistir sin mucho trabajo, y me lamento entonces de las crueldades de una naturaleza que vosotros halláis ser siempre tan bienhechora. Si estos mares me traen especies, riquezas y bagatelas inútiles, ¿no destruyen a miles mortales demasiado estúpidos para irlos a buscar?

Todo lo que pasa en el mundo nos prueba del modo mas claro que no es gobernado por un ser inteligente: solo podemos juzgar de la inteligencia de un ser por la conformidad de los medios que emplea para llegar al fin que se propone: el objeto de Dios es, se dice, la felicidad de nuestra especie: sin embargo una misma necesidad arregla la suerte de todos los seres sensibles que nacen para padecer mucho, gozar poco, y morir. La vida del hombre está llena de alegría y de pesares; por todas partes el bien se halla al lado del mal; el orden es reemplazado por el desorden; la generación es seguida de la destrucción. Si decís que los designios de Dios son misterios, y que sus vías son imposibles de conocer, responderé que en este caso me es imposible juzgar si Dios es inteligente.

El mal físico pasa comúnmente como contagio del pecado. Las calamidades, las enfermedades, las hambres, las guerras, los tormentos son los medios de que Dios se vale para castigar a los hombres perversos. Así no se hace dificultoso atribuir estos males a la severidad de un Dios bueno y justo. Sin embargo, ¿no vemos caer indistintamente estos castigos sobre los buenos como sobre los malos, sobre los impíos, como sobre los devotos, sobre los inocentes, como sobre los culpables? ¿cómo se nos quiere hacer admirar en este procedimiento la justicia y la bondad de un ser, cuya idea parece consoladora a tantos desgraciados? Es sin duda forzoso que estos infelices tengan la cabeza trastornada por sus infortunios, pues olvidan que su Dios es el árbitro de las cosas y el único móvil de los acontecimientos de este mundo; en este caso, ¿no es a él a quien deberían quejarse de los males de que quieren consolarse en sus brazos?

Padre desgraciado

Tú te consuelas en el seno de la providencia de la pérdida de un hijo querido, o de una esposa que hacia tu felicidad. ¡Ah! ¿no ves que tu Dios los ha muerto? Tu Dios te ha hecho miserable, y quieres que él te consuele de los fatales que te ha causado.

Los conocimientos fantásticos o sobrenaturales de la teología, han llegado realmente a trastornar en el espíritu humano las ideas mas sencillas, mas claras, y mas naturales, de suerte que los devotos, incapaces de acusar a su Dios de malicia, se acostumbran a mirar los mas fatales golpes de la suerte como prueba indubitable de la bondad celeste. Se hallan en una aflicción, se les manda creer que Dios los ama, que los visita, que se acuerda de ellos, y que los quiere experimentar. Así la religión allegado a cambiar el mal en bien. Un profano decía con mucha razón: si el Dios bueno trata así a los que ama, le suplico encarecidamente que no se acuerde de mí.

Es forzoso que los hombres hayan tomado las nociones mas siniestras y crueles de su Dios, que dicen tan bueno, para llegar a persuadirse que las calamidades mas horrosas, y las aflicciones mas acerbas son las señales de su favor. Un genio malhechor, un demonio, sería mas ingenioso para atormentar a sus enemigos que lo es algunas veces el Dios de bondad, tan continuamente ocupado en hacer experimentar sus rigores a sus mas queridos amigos.

¿Por dónde podremos juzgar de las perfecciones divinas, si la obra mas exquisita que ha hecho la divinidad es imperfecta? ¿Una obra, cuyo autor está tan poco contento de ella, puede hacernos admirar la habilidad del artífice? El hombre físico está sujeto a mil enfermedades, a males sin número, a la muerte, el hombre moral está lleno de defectos, y sin embargo se matan por decirnos que es la mas bella obra del mas perfecto de todos los seres.

En el seno mismo de las mayores calamidades por una sinceridad ridícula, o mas bien por una contradicción sensible en los términos, vemos devotos que exclaman que el buen Dios es el amo. Así pues, habladores inconsecuentes, creéis de buena fe que el buen Dios os envía la peste, que el buen Dios os trae la guerra, que el buen Dios es la causa del hambre: en una palabra que el buen Dios, sin dejar de ser bueno, tiene la bondad y el derecho de haceros los mayores males que se pueden experimentar; cesad a lo menos de llamar bueno a vuestro Dios cuando os hace mal; no digáis entonces que

Es justo, decid que es el mas fuerte, y que os es imposible precaver los golpes que su capricho os descarga.

Dios, se dice, no nos castiga sino para nuestro mayor bien. Pero ¿qué bien efectivo puede resultar a un pueblo de ser exterminado por la peste, muerto en un guerra, corrompido por los ejemplos de sus perversos señores, oprimido sin cesar bajo el yugo de hierro de una serie de tiranos inhumanos, aniquilado por los golpes de un gobierno despótico, que muchas veces, durante siglos, hace experimentar a las naciones los mas destructores efectos? Los ojos de la fe deben ser extraños si por medio de ellos se ven ventajas en las miserias mas horribles, y en los vicios y locuras de que nuestra especie ve cruelmente afligida.

La idea de un Dios terrible, a quien se pinta como un déspota ha debido necesariamente hacer perversos a sus súbditos. El temor solo produce esclavos, y los esclavos son viles, bajos, crueles, y creen serles todo lícito cuando se trata, o de ganar la sociedad del señor a quien temen, o de sustraerse a sus castigos. Los juicios de Dios solo amedrentan a algún devoto timorato, que por su temperamento, o costumbre no es inclinado al mal.

Se supone que Dios ha separado sus criaturas en diferentes clases en las cuales cada una goza del grado de felicidad de que son susceptibles. Según este arreglo fabuloso, todos los seres gozan de un bienestar que les es propio. La experiencia contradice formalmente este sublime desvarío: en el mundo en que estamos vemos a todos los seres que sienten, sufrir y vivir siempre en medio de los peligros; el hombre no puede dar un paso sin herir, atormentar y aniquilar una multitud de seres sensibles que se encuentran bajo sus pies, mientras que el mismo a cada paso está expuesto a una multitud de males previstos e imprevisos, que pueden conducirle en una momento a su destrucción; la sola idea de la muerte no basta para turbarle en medio de los placeres mas vivos? Durante el curso de su vida está expuesto a trabajos, ni un solo instante está seguro de conservar su existencia, a la que se le ve tan fuertemente adherido, y que mira como el mayor don de la divinidad.

CAPÍTULO XIX.

ORIGEN Y VERDAERAS CAUSAS DE LA INDIGENCIA Y CALAMIDADES PÚBLICAS.

Los príncipes negligentes, ambiciosos y perversos son las verdaderas causas de las calamidades públicas; las guerras inútiles, injustas, y reiteradas despueblan la tierra; los gobiernos avaros y despóticos aniquilan para los hombres los beneficios de la naturaleza; la rapacidad de las cortes desalientan la agricultura, aniquila la industria, produce la escasez, el contagio y la miseria. El cielo no es cruel ni favorable a los votos de los pueblos; lo son sus jefes orgullosos, que no poseen regularmente un corazón de bronce.

Nada mas común en la historia que ver tiranos religiosos, nada mas raro que hallar príncipes equitativos, vigilantes o ilustrados. Un monarca puede ser piadoso, exacto en cumplir servilmente los deberes de su religión, muy sumiso a sus sacerdotes, liberal a su vista; y hallarse al mismo tiempo desprovisto de todas las virtudes necesarias para gobernar. La religión para los príncipes no es mas que un instrumento destinado a tener mas sujetos los pueblos bajo su yugo

La religión lejos de ser un freno a los soberanos, les ha puesto en estado de entregarse sin temor y sin remordimiento a extravíos tan funestos para ellos mismos, como para las naciones que gobiernan. Jamás se engaña impunemente a los hombres. Decid a un príncipe que él es un Dios; al

Punto creará que a nadie debe cosa alguna. Con tal que se le tema, se cuidará poco de que se le ame; no conocerá reglas, ni relaciones con sus vasallos, ni deberes con respecto a ellos. Decid a un príncipe, que a nadie debe dar cuenta de sus acciones sino a Dios, y bien pronto obrará como si no tuviese que darla a nadie.

Haber sido el hombre tratado siempre como un esclavo, privado de la civilización e ilustración, guiado ciegamente por las miras torcidas de sus sacerdotes que supieron hacerse árbitros de las voluntades de los príncipes; he aquí los verdaderos manantiales de la corrupción de costumbres, a los cuales la religión no opuso jamás sino diques arbitrarios y nulos: la ignorancia y la esclavitud se han coaligado para hacer a los hombres perversos, y desgraciados: solamente la ciencia, la razón y la libertad hubieran podido corregirles y hacerles mas felices, pero muy al contrario todo conspira a confirmarlos y cargarlos en sus errores; los sacerdotes les engañan, y los tiranos los pervierten para esclavizarlos mejor; la tiranía ha sido y será siempre el verdadero origen de las calamidades habituales de los pueblos, y de la depravación de costumbres: los pueblos alucinados casi siempre por sus pinturas metafísicas, en lugar de fijar la vista sobre las causas naturales y visibles de sus miserias, atribuyen sus vicios a la complexión de la naturaleza, y sus desgracias a la cólera de los Dioses; hacen votos al cielo, sacrificios y presentes para obtener el fin de sus infortunios, que no son debidos en realidad sino a la pereza, a la ignorancia, a la perversidad e sus guías, a la locura de sus instituciones, a sus usos faltos de razón , a sus falsas opiniones, a sus leyes hechas con poco examen, y sobre todo, a la falta de luces. Ocúpense los entendimientos en ideas verdaderas; cultívese la razón de los hombres; gobiérnelos la justicia, y no habrá necesidad de oponer la razón a la débil barrera del temor de los Dioses. Los hombres serán buenos cuando estén bien instruidos y gobernados: castigados o despreciados por el mal, y recompensados justamente por el bien que hicieren a sus conciudadanos.

Cegados los hombres desde la infancia por el error, retenidos por los vínculos invisibles de la opinión amedrentados con terrores pánicos, entorpecidos en el seno de la ignorancia ¿cómo han de conocer las verdaderas causas de sus desgracias? ¡Ah! Es preciso que reconozcan que enorme de estos Dioses se les ordena que presenten el cuello al cuchillo de sus tiranos implacables, en los cuales hallará la causa visible de los males

De que se lamentan, y por los que no cesan de implorar inútilmente la asistencia del cielo.

¡Soberanos! En lugar de tomar parte en las insensatas querellas de vuestros sacerdotes, en lugar de apoyar locamente sus impenetrantes disputas, en lugar de prender someter todos vuestros vasallos a opiniones uniformes, ocupaos solamente en hacer su felicidad en este mundo, y no os toméis pena alguna por la suerte que les espera en otro: gobernadlos equitativamente, dadles buenas leyes, respetad su libertad y sus propiedades, velad sobre su educación, animadles en sus labores, recompensad sus talentos y virtudes, reprimid la disolución, y no os ocupéis sobre su modo de pensar acerca objetos inútiles para ellos y para vosotros; entonces no tendréis necesidad e ficciones para hacernos obedecer; seréis los únicos guías de vuestros súbditos, y sus ideas estarán conformes con los sentimientos de amor y respeto que os deberán. Las fábulas teológicas solo son útiles a los tiranos que desconocen el arte de gobernar a seres razonables.

Se matan por decirnos que sin un Dios no puede haber obligación moral, que es necesario a los hombres y a los mismos soberanos un legislador poderoso para obligarlos. La obligación moral supone una ley; pero esta nace de las relaciones eternas y precisas que las cosas tienen entre sí, relaciones que nada tienen de común con la existencia de un Dios. las reglas de conducta de los hombres provienen de su propia naturaleza que están al alcance de conocer, y no de la naturaleza divina de que no tienen idea alguna; estas reglas no obligan, es decir, que nos hacemos dignos de estimación o desprecio, amables o aborrecibles, dignos de recompensa o castigo, felices o desgraciados, según nos conformamos a estas reglas o nos separamos de ellas. La ley que obliga al hombre a no dañarse a su propio, está fundada sobre la naturaleza de un ser sensible que, de cualquier modo que haya venido a este mundo, o cualquiera que pueda ser su suerte en otro futuro, está precisado por su actual esencia a buscar el placer y temer el dolor. La ley que obliga al hombre a dañar a los otros y hacerles bien, esta fundada sobre la naturaleza de un ser sensible que, de cualquier modo que haya venido a este mundo, o cualquiera que pueda ser su suerte en otro futuro, esta precisado por su actual esencia a buscar el placer y temer el dolor. La ley que obliga al hombre a dañar a los otros y hacerles bien, está fundada sobre la naturaleza de los seres sensibles que viven en sociedad, los que por su esencia vense forzado a despreciar a aquellos que no les hacen algún bien, y a desterrar a los que se oponen a su felicidad.

Antes de la ley no hay delito. Nada mas falso que está máxima. Basta que l el hombre sea lo que es, o que se aun ser sensible para distinguir lo que le agrada de lo que le desagrada. Basta que un hombre sepa que otro

Hombre es un ser sensible como él para que no pueda ignorar lo que es útil o dañoso. Basta que el hombre tenga necesidad de sus semejante para que sepa, que debe temer excitar en otro los sentimientos contrarios a los suyos propios. Así el ser que siente y piensa no tiene necesidad mas que de pensar y sentir, para descubrir lo que debe hacer para sí y para los otros: siento, y otro siente como yo; he aquí el fundamento de toda moral.

Los soberanos de este mundo; asociándose a la divinidad al gobierno de sus estados, teniéndose por sus tenientes o representantes en la tierra y creyendo que de ella han recibido su poder, han debido con precisión tener por rivales o por superiores a sus ministros. ¿Es pues extraño que a cada paso los sacerdotes hayan hecho conocer a los reyes la superioridad del monarca celeste? ¿no han hecho comprender a los príncipes temporales mas de una vez que el mayor poder se ve forzado a ceder al poder espiritual de la opinión?

Las especulaciones metafísicas, o las opiniones religiosas de los hombres, solo influyen sobre su conducta cuando las juzgan conformes a sus interés. Nada prueba está verdad de un modo mas convincente como la conducta de un gran número de príncipes con respecto al poder espiritual, al cual se le ve resistir muy a menudo. Un soberano, persuadido de la importancia de los derechos de la religión ¿no debería creerse obligado en conciencia a recibir con respeto las ordenes de sus sacerdotes, y mirarlas como demandas de la misma divinidad? Hubo un tiempo en que los reyes y los pueblos mas consecuentes, y convencidos de los derechos del poder espiritual, se hacían sus esclavos, cedían siempre a él, y solo eran instrumentos dóciles en sus manos: este feliz tiempo ya no existe; por una extraña inconsecuencia se ve algunas veces a los mas devotos monarcas oponerse a los atentados de aquellos a quienes por otra parte miran como ministros de Dios. un soberano bien penetrado de la religión o del respeto para con su Dios, debería estar sin cesar arrodillado delante de sus sacerdotes, y mirarlos como sus verdaderos soberanos. ¿Hay algún poder sobre la tierra que tenga derecho para comparar con el de Dios?

Los príncipes que se creen interesados en hacer eternas las preocupaciones de sus vasallos, ¿han reflexionado bien los efectos que han producido, y aun pueden producir los jefes de facción privilegiados que tiene el derecho

De hablar cuando se les antoja, y de inflamar en nombre del cielo las pasiones de muchos millones de hombres?

¡Qué destrucciones causarían estos sagrados charlatanes si estuviesen de acuerdo para turbar un estado como lo han hecho muchas veces! Nada hay mas ruinoso ni gravoso para la mayoría de las naciones como el culto de sus Dioses. En todas ellas, sus ministros no solamente constituyen el primer rango del estado, sino que también disfrutan la mayor parte de los bienes de la sociedad, y tienen derecho para imponer contribuciones continuas a los conciudadanos. Estos órganos del todo poderoso, ¿qué ventajas efectivas procuran a los pueblos en cambio de los mismos provechos que ellos sacan? Por sus riquezas y sus beneficios ¿les dan otra cosa que misterios, hipótesis, ceremonias, cuestiones sutiles, y pependencias interminables que los estados e ven forzados a pagar con su sangre a cada paso?

Según lo dicho de los mas celosos defensores de la religión y de su utilidad, nada es tan raro como las conversiones sinceras, a lo que se podría añadir, nada mas infructuosos para la sociedad. Los hombre solo se disgustan del mundo cuando este se ha disgustado con ellos: una mujer solo se vuela a Dios cuando el mundo la desecha. Su vanidad halla en la devoción un destino que le ocupa, y la indemniza de la pérdida de sus atractivos. Las prácticas minuciosas la ocupan el tiempo, las cábalas, intrigas, las declamaciones, la murmuración, el celo, la suministran modo de lucirlo y hacerse tener en consideración en el partido devoto.

Si los devotos tienen el talento necesario para agradar a Dios y a sus sacerdotes rara vez le tienen para ser útiles a la sociedad y agradarla. La religión, para un devoto, es un velo que cubre y justifica todas sus pasiones, su orgullo, su mal humor, su cólera, su venganza su impaciencia, y sus resentimientos. La religión se arroga una tiránica superioridad que aleja del comercio de los hombres la dulzura, la indulgencia y la alegría; da derecho para censurar a los otros, reprender y asesinar a los profanos, todo por la mayor gloria de Dios y buen del prójimo. Es muy común ser devotos y carecer al mismo tiempo de las virtudes, o cualidades necesarias a la vida social.

La religión, tristemente ocupada con sus sombríos delirios, nos presenta al hombre como un peregrino sobre la tierra: conviene en que para caminar con mas seguridad se debe hacer rancho aparte, renunciar a los atractivos que encuentre, y privarse de las diversiones que podrían consolarle

De las fatigas y fastidio del viaje. Una filosofía estoica y melancólica nos da algunas veces consejos tan poco sensatos como la religión. Pero una filosofía mas razonable nos invita a sembrar flores sobre el camino de la vida, a alejar la melancolía y terrores pánicos, a unirnos con interés a nuestros compañeros de viaje, a distraernos con la alegría y los placeres honestos de las penas y reveses a que nos halamos expuesto continuamente: nos hace conocer que para caminar con alegría debemos abstenernos de los que pueda sernos dañoso, y huir con sumo cuidado de todo lo que pueda hacernos odiosos a nuestros compañeros de viaje.

¡Qué recursos para la utilidad pública, para alentar los progresos de las ciencias, el adelantamiento de los conocimientos, y para la educación de la juventud, no permitiría a los soberanos benéficos tantos monasterios que en una gran número de países devoran a las naciones sin fruto alguno para ellas! Pero la superstición, celosa de su imperio exclusivo, parece haber querido producir solo seres inútiles. ¿Qué partido no se podría sacar de una multitud tan considerable de cenobitas de ambos sexos, que vemos en tantos parajes tan completamente dotados para no hacer cosa alguna?

En lugar de ocuparlos en contemplaciones estériles, súplicas maquinales, prácticas pueriles, en lugar de debilitarlos y oprimirlos con ayunos y austeridades, ¿porqué no se excita en ellos una emulación saludable que los induzca a buscar medio de servir con utilidad al mundo para el cual sus votos fatales les obligan a morir? En lugar de llenar las cabezas de sus jóvenes discípulos de fábulas, dogmas estériles, y nimiedades, ¿porqué no se obliga, o no se invita a los sacerdotes a enseñarles cosas verdaderas y hacer de ellos ciudadanos útiles para su patria? Del modo con que se educa a los hombres, solo son útiles o al clero que los embrutece, o a los tiranos que los saquean.

Deduce de todo claramente que la religión es el arte de ocupar las imaginaciones de los hombres en puerilidades y ridiculeces absurdas, fundadas sobre un ser imaginario que es absolutamente imposible de concebir: Que la religión no ha producido efecto alguno equitativo para el bien de los pueblos, y que en lugar de contener a los hombres, les deja campo abierto para, según sus miras e intereses, perturbar la sociedad.

NOTAS

PARA AUTORIZAR O EXPLICAR ALGUNOS PASAJES DEL TEXTO.

Página 7, lín, 4, (el año undécimo de Abdul-Amid) esto es, el año 1748 de J.c- y 1198 de la hegira. (nota que el libro francés ha sido publicado en el año 1749 de J.-C)

PÁG. 8, LÍN. 36 (y de algunos chacales). El chacal es una especie de zorra que aparece solo durante de la oscuridad de la noche.

Pág. 40, lín. 43 (hilo de Serica) esto es, la seda, ordinaria de la provincia hoy día Chen-si, que fue la cuna del imperio chino, conocida de los Griegos y Latinos con el nombre de Serica, Regio Serarum. Véase la Geografía de los Antiguos, por Gosselin.

Ibidem. (los tejidos de Cachemir) esto es los chales que el profeta Ezequiel se cree que ha conocido bajo el nombre de Choaud-choud.

Pág. 11, lín 43 (Esta Siria hoy despoblada) según los cálculos de FL. Josephus y de Strabo, debía tener la Siria antigua nueve o diez millones de almas: hoy cuenta apenas dos.

Pág. 12, lín.5 (Ante una serpiente) que fue el dragón, llamado Bel o Baal.

Pág. 12. lín, 24 (la situación en que la había dejado) el autor salio de Francia en 1782, cuando terminaba la guerra de los Estados- Unidos de América.

Pág. 16, lín. 10. (los juicios de la divinidad) atribuirlo todo a una fatalidad ciega, es la preocupación universal de los Asiáticos, especialmente de los Musulmanes: su respuesta común en todos los casos es la de así estaba

Escrito: de aquí resulta una incuria y una apatía que es el mayor obstáculo a toda instrucción y a todo progreso de civilización.

Pág. 20, lín. 18 (La península demasiado célebre de la India) ¿Qué bien real produce a una nación el comercio de la India, todo compuesto de objetos de lujo? Por una marina dispendiosa en vidas y dinero, trae las materias útiles o necesarias, e introduce mercaderías superfluas que aumentan la desigualdad de las condiciones, y la distancia del rico al pobre; ahora ¿qué masa de supersticiones no ha añadido la India a la superstición común?

Pág 20, lín. 34. (La Tebas de los cien palacios) los eruditos de la expedición francesa en Egipto han demostrado que Tebas dividida en cuatro o cinco ciudades sobre las dos orillas del Nilo, no podría tener jamás las cien puertas alegadas por Homero (ved el vol. II de la obra magnífica de estos eruditos) el historiador Diodoro de Sicilia había después indicado la causa del error, observando que en las lenguas y costumbres del Oriente la misma palabra significa puerta, que casa o palacio (la parte tomada por el todo): además de esto, parece que había comprendido el origen de esta tradición griega, cuando dice: << Después de Tebas hacia Menfis, existieron antiguamente a lo largo del río (Nilo) cien vastas caballerizas, proveídas cada una de doscientos caballos (siempre prontos al servicio de los reyes) >> (ved Diod. Sicil. Liv. I, see. II, edit. De Wesseling). El nombre de Etiopos, atribuido que aquí a los Tebanos, está autorizado por Homero, y por la piel y los ojos negros de este pueblo, pero sin pretender que fuesen africanos, con pelo crespo. Los monumentos alegados por los Franceses no dejan duda sobre este particular.

Pág. 21, lín 6. (Los puertos idumeos, las perlas de Hevila, el oro de Ofir) los puertos Idumeos, es decir las ciudades de Ailah y Atsiom Gaber, desde donde los Judíos de Salomón, guiados por los Tirios de Irma, salín por el país de Ofir, hoy desconocido, a pesar de todo lo que se ha escrito sobre el particular; pero creemos que ha dejado sus vestigios en Ofor, distrito de los Árabes a la entrada del golfo Pérsico (Ved el libro francés, Recherches nouvelles sur l'histoire ancienne, tom I, pág. 255 y siguientes; y también el Viaje a Siria, tom II)

Pág. 38, lín 11 (Y porque un hombre fue mas fuerte) casi todos los filósofos y políticos antiguos han establecido por dogma o principio, que los hombres nacen desiguales, y que la naturaleza ha criado los unos APRA ser libres, y los otros para ser esclavos. Estas son las expresiones positivas de Aristóteles en su política, y de Platón en su República. El derecho del mas fuerte ha sido el derecho de agentes de todos los pueblos antiguos, de los

Galos, Romanos, Atenienses, etc.; y de esta doctrina feroz han dimanado los grandes desórdenes políticos y las crueldades de las naciones.

Pág. 38, lín.47. (El despotismo paternal echó los cimientos del despotismo político) Al que ha meditado la historia, le es fácil probar que la mayor parte de los abusos de los gobiernos se han fundado sobre las del régimen doméstico, que algunos espíritus superficiales han elogiado con el título de gobierno patriarcal; pero, en una palabra, ¿qué cosa es la familia sino la parte elementaria de que se compone el gran cuerpo llamado nación? El espíritu de este gran cuerpo no es mas que la adición de sus fracciones: tales como son las costumbres de las familia, así son los de la nación.- En el Asia los grandes vicios políticos son: 1. ° el despotismo paternal; 2. ° la poligamia, que corrompe toda la casa, y que entre los príncipes y reyes introduce el asesinato a cada sucesión, y consume el pueblo en pandillaje; 3. ° la falta de propiedad, porque los sultanes se arrojan solos todo el territorio; 4. ° la desigualdad de herencia entre los infantes, el derecho abusivo de testar, la exclusión de las hembras a las herencias, etc. Mudad estas leyes, y mudaréis estos países.

Pág. 53, lín.21. (Vasos de oro y plata) Añadid al texto:

Bajo el pretexto de religión, su orgullo fundó templos, doto sacerdotes ociosos; para esqueletos vanos construyó sepulcros extravagantes, mausoleos y pirámides; millones de brazos fueron empleados en los trabajos mas estériles (1). >>

Pág. 68, lín.23 (¿De qué trabajo vivís en nuestra sociedad?) este diálogo es el análisis de toda sociedad. Todos los desórdenes de las máquinas políticas se reducen a este punto: algunos hombres, algunas clases ociosas y estériles devoran la sustancia de la inmensa multitud atormentada por el trabajo.

Pág. 69, lín. 34 (Que significa legítima) Esta palabra viene con evidencia de las dos latinas legi íntima, intrínseca a la ley. ¿pero qué cosa es la ley?

(i) el historiador Herodoto dice que cin mil hombres trabajaron diariamente, por espacio de veinte años, en la pirámide del rey Cefeso, que no es mas que un sepulcro. Se ha calculado que sí, con este gasto se hubiera cerrado el istmo de Suez con una muralla fuerte como la de China, la suerte del Egipto hubiera sido muy diferente; todas las invasiones de los Persas, Griegos y Árabes, hubiera sido impedidas.- ¡Ah, cuantos miles de millones perdido en poner piedras sobre piedras para edificar iglesias y templos! Convierten los alquimistas las piedras en oro, y los arquitectos el oro en piedras. ¡Desgracia de los reyes como de los particulares, que abren su bolsa a estas dos especies de Charlatanes!

En latino os lo dirá también. La raíz legere, lectio, ha hecho lex, res lecta, cosa leída: ¿y que es la cosa leída? Es una orden de hacer o de no hacer una acción definida, con la condición de un castigo o un premio subsiguiente. Esta orden se ha leído a los que les concierne, a fin de que no la ignoren: se ha escrito a fin de ser leída sin alteración. Tal es el origen y el sentido de la palabra ley, y sus virios epítetos, ley sabia, ley absurda, ley justa, ley injusto, según los efectos producidos por ellas, señalan el carácter del poder que las impone.- Ahora en el estado social, y en el gobierno de los hombres, lo justo no es sino mantener o restituir a cada uno de lo que es suyo; por consiguiente, la vida que tiene de un poder superior a todos los demás seres, el uso de los sentidos y facultades, que tiene del mismo poder; gozar de los frutos de su trabajo, es tanto que no daña los mismos derechos de otros: el momento que les dañe, se rompe el equilibrio y la igualdad, se comete una injusticia: por consiguiente, si, como es cierto, el pueblo es la mayoría en una nación, el interés de esta mayoría es la justicia; aquí está el origen del axioma; salus populi, suprema lex. El interés del pueblo es solo el legítimo.

Pág. 71n lín, 18 (la libertad es la justicia) la conexión de estas ideas está indicada por la de las expresiones: así que aequitas, aequititas, equilibrium, son todas de la misma familia; y la igualdad material, o el equilibrio de la balanza, es el modelo original de todas estas ideas abstractas; además de esto, la libertad analiza no es sino la equidad y justicia, porque si un hombre, a causa de su libertad, ataca a otro, este por su libertad, tiene derecho a oponerse. Los dos derechos son iguales: la fuerza puede romper el equilibrio, pero hay injusticia y tiranía, ya provenga de un demócrata ya de un monarca.

Pág. 85, lin. 31 (Y esta religión no ha cesado de inundar la tierra de sangre) léase la historia del islamismo, escrita por sus mismos secretarios, y se sacará de ella el convencimiento de que todas las guerras que han quedado desolado el Asia y el África desde el tiempo de Mahoma, no han tenido otro principal fundamento que el fanatismo apostólico de su doctrina. Se ha calculado que César había hecho perecer tres millones de hombres, y sería muy curioso hacer el mismo cálculo con respecto a cada fundador de religión.

Pág. 87, lin. 15 (los dos jefes modernos). O sean Lucero y Calvino.

Pág. 88, lin. 19 (hijos de Zoroastres) los Parsis, descendientes de los antiguos Persas, que son en el Asia lo que en Europa los Judíos.

Pág. 90, lin. 3. (el chino le adora en Fot, el Pegouan en Phta) como estos pueblos no tienen las pronunciaciones B, D, han substituido las mas semejantes, y de Boud y Bouda han hecho Fót y Phta.

Pág. 90, lin. 21 (Este muchacho es el gran Lama) el Delaï- Lama significa el inmenso sacerdote de La o Dios, que algunos han llamado el Preste Jean o Juan, por el abuso de la palabra persa djehan, que quiere decir el mundo; de tal modo que este hombre es el Dios Mundo o el Mundo- Dios.

Pág. 100, lin. 17 (Interpretaciones alegóricas) cuando se lee a los padres de la Iglesia, y se examina sobre que argumentos y razonamientos han levantado el edificio de la creencia, cuesta mucho trabajo entender como el ingenio humano puede llegar a tal grado de preocupación y de ceguedad. Es cierto que la manía de aquellos siglos era las alegorías, o sentidos místicos envueltos bajo un sentido aparente, y como los paganos se valieron de este método para las acciones de sus dioses, los cristianos no hicieron mas que practicarlo de otra manera: sobre este particular, véase el Tratado de la Moralidad de los Padres, por Juan Barbeyrac, en 4. °, 1728.

Pág. 102, lin. 28 (Y fueron nuestros discípulos e imitadores) sobre este punto es menester consultar el tomo 1. ° del libro francés, *Becherches nouvelles sur l' Histoire ancienne*, donde se demuestra que el Pentateuco no es obra de Moisés: esta opinión trnía adherentes en los primeros siglos del cristianismo, como se ve en las Clementinas, homilía II, párrafo 51, y homilía VIII, pçarrafo 42. pero ninguno había probado que el verdadero autor fue el sacerdote Helkiah, tutro del rey Josiah, en el año 618 ad. J.- C.

Pág. 103, lin. 12 (Tantas cosas análogas a las tres religiones) Los Parsis modernos y los Mitharacos antiguos, que son una misma cosa, tienen todos los sacramentos de los cristianos, hasta el bofetón de la confirmación. << El sacerdote de Mitra, dice Tertuliano, (de Proscriptione, c. 40) promete el perdón de los pecados, mediante la declaración o confesión y el bautismo; y si mal no me acuerdo, señala Mitra sus soldados en la frente (con la crema o kouphi egipcio) celebra la oblación del pan, la imagen de la resurrección, y presenta la corona, amenazando con la espada, etc. >>

En estos misterios se probaban los iniciados por medio de mil terrores, amenazándoles con el fuego, con espadas, etc.; y les presentaban una corona, que no admitían, diciendo: Dios es mi corona. Véase esta corona en la esfera celeste al lado de Bootes. Los personajes que intervenían en estos misterios tenían el nombre de los animales de las constelaciones; y la misa no es otra cosa sino la celebración de estos misterios y los de Eleusis. El Dominus vobiscum es a la letra la formula del recibimiento chon-k, am, p-ak. (Véase Beausobre, Hist. Del Maniqueísmo, t. II)

Pág. 104, lin. 33 (bajo la forma de una tortuga) la constelación actual llamada Testudo o Lira se conoció antes con el nombre de Tortuga, porque

Daba la vuelta lentamente alrededor del polo; y tomó después el de Lira, porque la concha de dicho animal fue la primera que sirvió de tambor para tender sobre el cuerdas y sacar sonidos (véase la excelente Memoria de Dapuis sobre el origen de las Constelaciones, en 4.º, impresa en Paris, año de 1781, y mejor aun su obra, en 4 volúmenes, sobre las Religiones)

Pág. 106, lin. 12 (preguntaron que Dios era aquel. Boudd) hay pocos años que tenemos en Europa algunas noticias sobre la religión y las sectas de Boudd o Fót: la debemos a los sabios ingleses que, a proporción que su nación invade la India, estudian y publican las opiniones y las costumbres de aquellos países. Pueden leerse sobre este particular tres Memorias en la colección intitulada: Asiatick Researches, vol. IV, pág. 153, y vol. II, pág. 32 y pág. 399, y también cuatro o cinco cartas en el librito llamado Asiatick Journal, publicando en 1816; de todo resulta que la creencia de los bouditas es: << Que de tiempo en tiempo aparecen en este mundo corrompidos seres divinos enviados para reformar, mejorar y salvar la humanidad. Que ya hubo cuatro de estas apariciones; la última, que es de Samana Gautam, acaeció en un año que corresponde a 557 ad. J. –C La anterior, que es de Boudda Gaspa, ocurrió en el año 1027 ad.- J. – C. la anterior, que es de Goudda Gonagom, en el año 1366 ad. J – C. >> (Véase Ain Akberi, por Gladuin, tomo II, pág. 433)- En fin, la primera, que es de Boudda Chaucasam, no es la novena encarnación del gran dios Vichenou, y debe considerarse como idéntico a Hermes egipciaco, porque el cuatro día de la semana es igualmente llamado por su nombre, Mercurio dies, Boud, dies: el punto mas notable es el gran semeja de estas doctrinas con las de los Esenianos de Judea, de que la aparición después de la expedición de Alejandro contra las Indias, indica alguna influencia de la parte de los secretarios de Gautauma, dichos Samaneos pro los autores griegos; y como la doctrina de los Esenianos fue la base y el origen de los cristianos, se sigue de ahí que aquellos derivan de los Samaneos indios mas íntimamente de lo que se ha creído hasta el día.

Pág. 106, lin. 14 (al principio un Dios único) La cosmogonía de los lamas, de los bonzos y aun de los brahmas, corresponde literalmente con la de los antiguos Egipcios, según la observación de Henri Lord. << Los Egipcios, dice también Porfiro, llaman Kneph, la inteligencia o causa efectiva (del universo) cuentan que este dios puso un huevo por la boca, del cual salió otro dios llamado Phtha o Vulcano (el fuego principio, el sol) y añaden que este huevo es el mundo. >> (Euseb., Praep. Evang., pág. 115)

En otra parte dice: << Representan el dios Kneph, o la causa eficiente, bajo la forma de un hombre de color azul subido (como el cielo) teniendo

En la mano un cetro, revestido de una faja o cinto, peinado y con un gorrito real de plumas muy ligeras, para señalar cuan sutil y fugaz es la idea de este ser. >> Sobre esto añadiré que Kneph significa en hebreo una ala, una pluma, y que este color azul (de cielo) se halla en la mayor parte de los dioses de la India,; y es uno de los epítetos mas celebres entre ellos con el nombre de narayan: los sabios ingleses, iniciados después de treinta ellos con el narayan: los sabios, inglese, hincado después de treinta años en las ciencias de la India, están acordes en que todas las opiniones de los teólogos y mitólogos antiguos del Egipto y de la Grecia se encuentran hoy en la India conservados en la lengua sánscrita: ¿Cómo, y en que tiempo ha sido hecha esta comunicación? Este es el problema.

Pág. 107, lin. 26 (los lamas eran Nestorianos) los misioneros cristianos pretenden que los lamas no son otra cosa que unos Nestorianos y Maniqueos bastardos y disfrazados. Georgi, entre ellos, se empeña en persuadirlo así en una obra indigesta del Alfabeto tibetano; pero cuando está probado que los Maniqueos no han sido sino unos plagarios y ecos ignorantes de una doctrina anterior a ellos de mas de mil quinientos años ¿a qué quedarán reducidas las declaraciones de Georgi? Véase la Historia erudita del Maniqueísmo, por Beausobre, 2 vol. En 4.

Por otra parte, los eruditos ingleses en la India han notado la semejanza singular que hay entre los evangelios y los libros bouditas. Wilgins habla expresamente de esto en una traducción del Bahjouat Guita (pág. 117 de la trad. Francesa) todos convienen que Crisma, Fót y Jesús, tienen la misma figura; y también es menester observar que no hay la menor prueba de la existencia de nuestros cuatro evangelios antes de Ireneo, padre de la Iglesia, que fue el primero que habló de estos hacia el año 160.- Fueron en su principio novelas imitadas de los libros mithracos, y otros usados en el Asia, a tal punto que su número eran mas de dos cientos evangelios, cuando el concilio de Nicea los redujo a cuatro, en el año 325.

Pág. 108, lin.9, (la doctrina interior) todos los budistas tienen dos doctrinas: la una pública y ostensible, la otra interior y secreta, del mismo modo que la tenían los sacerdotes egipcios. ¿Y por qué esta diferente, se preguntará? Porque la doctrina pública, enseñando las ofrendas, las expiaciones, fundaciones, etc., es útil se predique al pueblo, en vez de que enseñando la otra, la nada (es decir que todo perece, que no hay otra vida, porque no hay alma separada del cuerpo), no produce a los ministros de los altares nada; u de aquí se sigue que no conviene enseñarla sino a los iniciados en los misterios, o escogidos, para guardar fielmente el secreto. No pueden clasificarse con mas evidencia los hombres en las dos especies de engañadores y engañados. Véase Laloubere, en su Viaje de Siam.

Pág. 118, lin. 43 (Tal es el testimonio unánime de los antiguos monumentos) Plutarco dice que resulta claramente de los versos de Orfeo y de los libros sagrados de los Egipcios y de los Frigios, que ala teología antigua, no solo de los Griegos sino de todos los pueblos, no fue otra cosa sino un sistema de física, una pintura o cuadro de las operaciones de la naturaleza.

Cubierto de alegorías misteriosas y de símbolos enigmáticos; de modo que la multitud ignorante se ha atendido mas bien al sentido aparente que al oculto, y aun en lo que comprendía de este último, supuso sierre alguna cosa mas profunda de lo que parecía (Plutarco, fragmento de una obra perdida, citada en Eusebio, Praepar, Evang., lib. III, c. 1, pág. 85)

Dice Profiro que la mayor parte de los filósofos, y entre ellos Cheremon, que vivió en Egipto en el siglo primero de la era cristiana, no creen que haya existido mas mundo que este que vemos, y no reconocen mas dioses de cuantos alegan los Egipcios, que lo que se llaman vulgarmente planteas, los signos del zodiaco, y las constelaciones que corresponden con ellos en los aspectos (salir o nacer, y ponerse u ocultarse): a esto añaden sus divisiones de los signos en decano o señores del tiempo, que llaman ellos los jefes poderosos y fuertes, cuyos nombres, sus virtudes curativas de las enfermedades, sus ocultaciones y apariciones o nacimientos, y los presagios de lo que debe suceder forman la materia de los almanaques (es decir que los sacerdotes egipcios hacían verdaderos almanaques como el Piscator de Salamanca): porque cuando los sacerdotes decían que el sol era el arquitecto del universo, Chaeremon veía que todas sus relaciones sobre Isasi y Osiris, y todas sus fábulas sagradas se referían en parte a los planetas, a las fases de la luna, o al curso del sol; en parte a las estrellas del hemisferio del día o la noche, o al río Nilo; en una palabra, a seres físicos y naturales, y de ningún modo a seres inmatereales y sin cuerpo... Todos los filósofos creen que dependen de los astros, los movimientos de nuestra voluntad y de nuestras acciones, y que estas son dirigidas por aquellos, y lo someten todo a las leyes de una necesidad (física) que llaman destino o fatum (fatalidad), suponiendo una cadena de causas y de efectos que se une, no se sabe con que lazo, todos los seres entre sí, desde el átomo imperceptible hasta la potencia superior, y a la influencia primitiva de estos dioses; de modo que sea en los templos o en los ídolos y simulacros, no adoran otra cosa sino el poder del destino. (Porpr. Epist. Ad Janebonem)

Pág. 118, lin. 13 (genios autores de los bienes) parece que por la palabra genios han entendido propiamente los antiguos una cualidad, una facultan engendradora, productiva, porque todas las palabras de esta familia se contraen al mismo sentido: generare, geno, genesis, genus, gens

Maimonides dice que los Sabios antiguos y modernos reconocen un Dios principal, fabricante del mundo y poseedor del cielo; pero a causa de la inmensa distancia en que se halla, le creen inaccesible; e imitando la conducta que tiene el pueblo con sus soberanos, se valen de mediadores para que lleguen hasta él sus ruegos, y estos son los planetas los ángeles, a los cuales dan el título de príncipes y reyes, y creen que habitan en aquellos cuerpos luminosos, como en palacios y tabernáculos, etc., (more nebuchim, pars. 3, c, 29)

Pág. 120, lin 3, (y la moral, en su sencillez nativa, fue la conservación) además de esto podemos añadir lo que dice Plutarco, << Que los sacerdotes egipcios hicieron siempre el mayor caso de la conservación de la salud.... Y miran como una condición necesaria para el servicio de los dioses, y para la piedad, etc., (véase Isis y Osiris, al fin)

Pág. 120, lin. 8 (a mas de quince mil años) el autor sigue en esta parte la opinión del erudito Dupuis, el cual ha reunido primero en su Memoria Sobre el Origen de las Constelaciones, y después en su grande obra sobre el Origen de todos los Cultos, una multitud de pruebas de que la balanza estuvo anteriormente colocada en el equinoccio de la primavera, y el Aries en el de otoño; es decir que la presesión, o movimiento retrógrado de los puntos equinocciales, ha trocado el orden primitivo del zodiaco en siete signos. La acción de este fenómeno es incontestable; los cálculos modernos la valúan en 50 segundos, 12 o 15 terceros por año; juego cada grado de signo zodiacal se ha atrasado, en el espacio de setenta y un años, y ocho o nueve meses; por consiguiente un signo entero en dos mil ciento cincuenta y dos o cincuenta tres años.

Ahora bien, si como es un hecho, el punto equinoccial de la primavera estubo exactamente en el primer grado el carnero u Aries el año 388 antes de Cristo, es decir si en dicha época había el sol recorrido y puesto detrás de é todo ese signo para entrar en los peces (picis) de donde ha salido en nuestros días, resulta que había salido del todo (tauro) dos mil ciento cincuenta y tres años antes, esto es por el año de 2540 antes de Cristo, y que había entrado hacia el año 4692 antes de Cristo. De este modo, y ascendiendo de signo en signo, el primer grado del carnero (Aries) había sido el punto equinoccial del otoño, unos 12.912 años antes del de 388, es decir 13.300 años antes de nuestra era actual.

Añadense a estos cálculos los 1800 años que contamos en nuestra época, y tendremos mas de 15.000 años de antigüedad para lo que queda expuesto; a la cual debe agregarse todavía la cantidad de tiempo y de siglos que fue necesaria para que llegasen los conocimientos astronómicos a este grado

De perfección. También es de observar que el culto del toro hace un papel muy principal en la teología de los Egipcios, los Persas y los Japoneses, etc., lo que indica que en dicha época eran iguales las ideas de todos estos pueblos.

Pag. 126, lin. 3 (Y la reunión de estas figuras tenía sentido) creyendo que se leerán con gusto algunos ejemplos de los jeroglíficos de los antiguos, se han puesto a continuación.

Los Egipcios, dice Hor. Apollo, designaba la eternidad por las figuras del sol y la luna, y el mundo por una serpiente azul con escamas amarillas (entre los Chinos, la figura de un dragón representa las estrellas) si quieren expresar el año, representan a Isis, que en su idioma se llama también Shotis o la canícula, primer a de las constelaciones, por cuya aparición o nacimiento en el cielo comenzaba el año: su inscripción en Sais era: yo soy el que me levanto en la contestación del perro (o can).

También figuran el año por una palmera, y el mes por un ramo de ella, p palma, pues dicho árbol arroja uno cada mes. Así mismo lo figuraban por un cuarteron de fanega. (la medida de la fanega, dividida en cuatro, señalaba el periodo desextil de cuatro años. La letra ha o heth, séptima del alfabeto samaritano, es visiblemente la abreviación de la figura cuatripartita o cuatripartida del campo; y pueden ser que las letras alfabéticas sean abreviaturas de jeroglíficos astronómicos; pro cuya razón estarán escritas de derecha a izquierda, según la marcha de las estrellas.

Representan un profeta por la imagen de un perro, respecto que el astro-perro o can (Anubis) anuncia por su salida la inundación. (Noubi en hebreo significa profeta).

Pintan la inundación por medio de un león, porque acontece bajo este signo (leo); y de aquí ha venido, dice Plutarco, el uso de las figuras de los leones vomitando aguas en la puerta de los templos.

La idea de Dios y del destino la expresan por una estrella. También representa a Dios, dice Porfiro, una piedra negra, porque su naturaleza es tenebrosa y oscura. Todas las cosas blancas expresan los dioses celestes y luminosos; todos los circulares del mundo, la luna, el sol, las órbitas; los arcos, las medias-lunas, la luna.... Figuran el fungo y los dioses del Olimpo por medio de pirámides y obeliscos (el nombre del sol, Baal, se encuentra en esta última palabra); el sol, por un cono (la mitra de Osiris); la tierra por un cilindro (que rueda); el poder engendrador (del aire) por un pallus (o falo); y el de la tierra por un triángulo, emblema del órgano femenino (Euseb. Praepar., pág.98)

El barro, dice Yamblico (de Symbolis, sec, 7, c, 2), designa la materia

El poder engendrador y nutritivo, y todo lo que recibe el calor y la fermentación de la vida.

Un hombre sentado sobre los lotos o nenúfar (niafea, planta acuática), significa el espíritu del motor (el sol), que así como dicha planta vive en el agua sin tocar el barro u limo; así existe el expresado espíritu motor, separado de la materia, nadando en el espacio, y reposando sobre sí mismo; redondo en todas partes, como el fruto, de las hojas y las flores del lotos. (Brahma tiene los ojos de lotos, dice el Chaster Neardisem, para designar su inteligencia, su ojo que sobrenada a todo, como la flor del lotos sobre el agua) un hombre, con el timón de un barco, continúa Yamblico, expresa el sol que lo gobierna todo. Y Porfito dice que se representa esto mismo por un hombre en un barco sobre un cocodrilo (anfibio emblema del aire y el agua).

En Elefantina se adoraba la figura de un hombre sentado, de color azul, que tenía la cabeza de carnero (Aries), y cuernos de macho-cabrío, que ceñían el disco: todo esto para figurar la conjunción del sol con la luna en el signo de Aries; el color azul significa el poder que obtiene de la luna en dicha reunión para elevar las aguas en nubes (Apud. Euseb., Praeparat. Evang., pág 116)

El gavián es el emblema del sol y de la luz, en razón de su vuelo rápido y elevado en las mas altas regiones del aire donde abunda la luz, etc., etc.

Pág. 128, lin. 11 (una causa insensata de superstición) la multitud y diversidad de cultos que se dieron por un rey de Egipto a las ciudades de aquellos países, dice Plutarco, fue de intento, con el fin de desunirlas y dominarlas después; y nótese que los reyes de Egipto salían de la casta de los sacerdotes (véase Isis y Osiris).

Pág. 129, lin. 17 (en la representación de la esfera celeste) los sacerdotes antiguos tuvieron tres especies de proyección (o representación) de la esfera celeste, que será útil conocer al lector.

Leemos en Eubulus, dice Porfiro, que Zoroastres fue el primero que, escogiendo en las montañas inmediatas a la Persia, una caverna agradablemente situada, la consagró a Mitra (el sol), creador y padre de todas las cosas: es decir, que habiendo repartido esta cueva en divisiones geométricas y la disposición del universo, creado por el dió Mitra. Después de Zoroastres se estableció el uso de consagrar las cuevas a la celebración a los dioses celestiales, los altares campestres a los héroes y a los dioses terrestres,

Los subterráneos a los dioses infernales (inferiores), del mismo modo las cavernas y las grutas se dedicaron especialmente al mundo al universo y a las ninfas. De aquí vino a Pitágoras y a Platón la idea de llamar el mundo una caverna, una cueva, Porfiro, antro Nymphar um)

Esta es la primera proyección de relieve, y aunque los Persas hayan atribuido a Zoroastres el honor de su invención, puede asegurarse que se verificó entre los Egipcios, y que aun siendo la mas sencilla, debió ser allí la mas antigua: las cavernas de Tebas, llenas de pinturas, autorizan esta opinión.

Veamos la segunda: los profetas y los gerofantes de los Egipcios (dice el obispo Sinnesio, que había sido iniciado en los misterios) no permiten a los malos artesanos hacer los idolos o las imágenes de los dioses; sino que bajan ellos mismos a las cavernas sagradas, donde tienen cofres ocultos que contienen ciertas esferas sobre las cuales componen estas imágenes en secreto y sin conocimiento del pueblo, que desprecia las cosas sencillas y naturales, y quiere fábulas y prodigios. (Sin, in Calvit) esto quiere decir que los sacerdotes tenían esferas armilares con las nuestras; y este pasaje, acorde con el de Choeremon, nos da la clave de toda su teología astrológica.

En fin, tenían planos llanos, con la sola diferencia que sus planos complicadísimos contenían todas sus divisiones ficticias de decanos y subdecanos, con las indicaciones (jeroglíficas) de sus influencias. Kirker dio una copia en su OEdipo egipcio, y Gebelin un fragmento figurado en su volumen del Calendario (título del Zodiaco egipcio) los antiguos egipcios, dice el astrólogo Julio Firmico, Astrid. Lib. II. Cap. 4 y lib IV, cap. 16, dividen cada signo del zodiaco en tres secciones; y cada sección estuvo a cargo de un ser ficticio, que llamaron Decano, o jefe de decena; de suerte que hubo tres decanos cada mes, y treinta y seis al año. Estos decanos, que también se llamaron dioses (theoi) regulan el destino de los hombres, y estaban colocados especialmente en ciertas estrellas... mas adelante se inventaron para cada decena otros tres dioses, que se llamaron dispensadores; de modo que hubo nueve cada mes, divididos en un número infinito de potencias. (los Persas y los Indios establecen sus esfera sobre planos semejantes y si se formase un cuadro según la descripción de Scaligero, al fin de Manillo, se vería precisamente la definición de sus jeroglíficos, porque cada artículo es uno de ellos)

Pág. 129, lin. 21 (los genios adversarios) las voces de antípoda, contrario u opuesto, pasaron por medio de la continua metáfora con que hablaron los antiguos al sentido moral, y así los ángeles y los genios contrarios, se

Volvieron sublevados y enemigos. Véase porque escribían justamente siempre los Persas el nombre de Ahrimanes al revés, de este modo senamirha

Pág. 130, lin. 23 (actos religiosos del género triste) Porfirio dice: Que solo ofrecían los antiguos sacrificios sangrientos a los demonios y a los malos genios para aplacar su cólera... los demonios gustan de la sangre de la humedad y del hedor y hediondez. Apud Euseb, Praep. Er...pág. 173.

Los Egipcios, dice Plutarco, solo ofrecen a Tifón víctimas sangrientas o cruentas; se le sacrifica un buey tojo, y el animal del sacrificio es execrado y tiene sobre si la carga de todos los pecados del pueblo; este es el macho-cabrío de Moisés. Véase Isides y Osirides.

Esta división de los animales en sagrados y abominables, puros e impuros está comprobada por infinitos testimonios, Strabon dice, hablando de Moisés y de los Judíos; << de la superstición, han venido las prohibiciones de ciertas carnes, y las circuncisiones >> y debo observar, con respeto a esta última práctica, que su fin era quitar al símbolo de Osiris (falus o falo) el supuesto obstáculo de la fecundación; obstáculo que lleva consigo el sello de Tifón, cuyo carácter o naturaleza, según Plutarco, es todo lo que impide, se opone y obstruye.

Pág. 131, lin. 28 (en donde la noche era eterna) la noche eterna es la noche de seis meses que experimentan todos aquellos pueblos de la tierra que no ven el sol la mitad del año; y es natural llamar eterno todo aquello que parece no tener fin, porque dura demasiado para nuestros deseos... Pero así como dichos pueblos tienen una noche de tanta duración, así tiene un día a de la misma, que dura todo el tiempo que el sol permanece sobre su horizonte, sin poner, ni pasar al hemisferio inferior.

Pág. 133, lín. 34 (las ceremonias de la caverna de Mitra) en las cavernas artificiales que los sacerdotes hicieron por todas partes, se celebraban los misterios que consistían, según dice Orígenes contra Celso, en imitar los movimientos de los astros, de los planetas y de todos los cielos. Los iniciados tomaban los nombres de las constelaciones, y las figuras de los animales. Uno se disfrazaba de león, otro de cuervo, otro de carnero: de donde provinieron las máscaras de las primeras comedias (véase antigüedad descubierta, tom 11, oág. 244) en los misterios de Ceres el jefe de la progresión se llamaba el creador; el que llevaba la luz, se nombraba el sol; el que estaba cerca del altar, la luna; el heraldo o diácono, Mercurio. Había una fiesta en Egipto donde los hombres y las mujeres representaban el año, el siglo, las estaciones, y las partes del día, que seguían a Baco (Athaeneo, li. V, cap 7). En la caverna de Mitra había una escalera con siete escalones

O gradas, que figuraban las siete esfera de los planetas, por donde subían y bajaban las almas; esta es justamente la escala de la visión de Jacob, cuya mención se halla en el Génesis. Hay en el Biblioteca real de Paris un soberbio volumen de pinturas de los dioses de la India, en cuya última lámina se ve la escala representada con las almas que suben.

Pág. 135, lin. 34 (cuya yema nadaba en el éter) La comparación que se hace del sol con la yema de un huevo, se funda 1. ° en la analogía de la figura, redonda y amarilla; 2. ° en la situación central; 3. ° en el germen o principio de la vida que esta colocado en la yema. En cuanto a la figura oval, ¿no sería posible que tuviese relación con el eclipse de las órbitas? Yo me inclino a creerlo. La palabra órfico ofrece también una observación nueva. Dice Macrobio (Som. Scip., c 14 y c 20) que el sol es el meollo, o la sesada del universo, y que por analogía a esto miso es redondo el cráneo del hombre como el astro mansión de la inteligencia: ahora bien, la palabra hebrea oerph (oe, es el ain) significa el meollo. En este caso, Orfeo, es el mismo que Bedou o Bails, y los Bonzos son aquellos mismos Orficos que Plutarco nos pinta como charlatanes que no comían carne, y vendían talismanes y oraciones, etc., engañando a los particulares y aun a los gobiernos (véase una Memoria muy erudita de Freret sobre los Orficos, Acad, de las Inscip., t. XXIII, en 4. °)

Pág. 137, lin. 13 (la inmortalidad, que fue primeramente eternidad) Según el sistema de los primeros espiritualistas, el alma no era creada con el cuerpo, o al mismo tiempo que él para injerisela, sino que existía anteriormente y por la eternidad, véase en pocas palabras la doctrina que explica Macrobio sobre este punto. (Som. Scip, passim)

Existe un fluido luminoso, ígneo, muy sutil, que bajo el nombre de éter y de espíritu, llena el universo, él es el que compone la sustancia del sol y de los astros; el principal agente esencial de todo movimiento y de toda vida; él es la Divinidad. Cuando debe animarse en la tierra un cuerpo, una molécula redonda de este fluido gravita por la vía láctea hacia la esfera lunar, y llegada allí, se combina con un aire mas grueso, y se hace propia para unirse a la materia; entonces entra en el cuerpo que se forma, lo llena todo entero, lo anima, crece, sufre, se aumenta y disminuye con él; cuando perece después y se disuelven los elementos toscos, está molécula incorruptible se separa de ellos, y se reuniría al momento en el grande océano del éter, sino lo estorbaba su combinación con el aire lunar: este es el aire (o gas) que, conservando las formas del cuerpo, queda en el estado de sombra o de fantasma, con una imagen exacta del difunto. Los Griegos llamaban esta sombra la imagen, o el ídolo del alma; los pitagóricos la llamaban su carro, su envoltura

Y la escuela rabínica, su barco, su navecilla. Cuando el hombre había vivido bien, este alma entera, es decir su carro y su éter, subían a la luna, donde se hacía una separación, el carro se quedaba en el disco lunar, y el éter volvía a las fijás, esto es a Dios: porque, dice Macrobio, muchos llaman Dios al cielo de las fijás (c. 14)

Si el hombre no había vivido bien, el alma se quedaba en la tierra para purificarse, y erraba de aquí para allí, al modo de las sobras de Homero, que ha conocido esta doctrina en el Asia, tres siglos antes de Pherecides y Pitágoras la hubiesen rejuvenecido en la Grecia; teníamos la prueba palpable de sus existencia en la Judea cinco siglos antes de Pitágoras, en la alusión que a ella hace Salomón, cuando dice << ¿Quién sabe si el espíritu del hombre sube a las regiones superiores) En cuanto a mí, meditando sobre la condición de los hombres, he visto que es la misma que la de los animales. Su fin es el mismo; el hombre perece como el animal; lo que queda del uno no se diferencia en nada de lo que queda del otro, y todo es nada >> (Ecel. C 3, V. II).

Tal había sido la opinión de Moisés, según lo confiesa el mismo traductor de Herodoto (el Sr. Larcher, de la Academia de las inscripciones) nota 289 del libro segundo, en donde dice igualmente que no se introdujo la inmortalidad entre los Hebreos sino por su comunicación con los Asirios. Por lo demás, bien analizado todo el sistema pitagórico, no es mas que un sistema puro de física mal entendido.

Pág. 138, lin. 3 (una máquina no se fábrica a sí misma) Todos los razonamientos de los espiritualistas se fundan en este sistema de los teólogos: el mundo es una Máquina; luego existe un fabricante. >> (véase Macrobio, al fin del segundo libro, y a Platón comentado por Marsilio Ficino)

Pág. 138, lin. 22 (3. ° El espíritu o el alma del mundo) el demi-Ourgous o Dios obrero; el logos, palabra y raciocinio, y el espíritu o alma del mundo, son las tres cosas que han servido realmente de tipo a las tres personas de la Trinidad de los cristianos.

Timeo de Locres fue el primero que habló de la Trinidad entre los filósofos de Occidente; y como este fue contemporáneo de Sócrates y ambos florecieron cuatro siglos antes de la era cristiana (como sucedió a Platón, que copiando a Timeo, habló y puso en voga también a la trinidad), resulta que estaba fabricado este sistema incomprensible mucho antes que naciese el cristianismo, y que tampoco tuvo el trabajo de inventarlo, sino de copiarlo servilmente de los que llamaban por desprecio Gentiles; y para que se convenzan los creyentes y crédulos de la analogía, daremos una idea del sistema de Timeo.

El ejemplo perpétuo (dice en su Alma del mundo) de todas las cosas engendradas, es el primer verbo, el verbo interno e inteligible.

Después la materia informe, que es el segundo verbo, o el verbo preferido.

Y por último, el hijo, o el mundo sensible, o el espíritu del mundo.

Estas tres cualidades constituyen el mundo entero, y este mundo es hijo de dios, etc.

Aquí tenemos el primer verbo, que es el padre; aquí tenemos el hijo y aquí el espíritu, que con la sencilla adición de santo, completan la Trinidad cristiana; en fin aquí tenemos las mismas frases de que usamos para expresar esta diferencia y semejanza de verbos y librenos Dios de meternos a explicar la multitud de interpretaciones y opiniones distintas de los mismos autores y padres de la Iglesia sobre este asunto, pues sería nunca acabar. Baste decir que el imperio de la Trinidad no se estableció sólido y fijamente hasta el concilio de Nicea, celebrado el año 325, y que los primeros cristianos nos no conocieron semejante misterio, ni lo tuvieron por artículo de fe, ni pensaron que era preciso creerlo y confesarlo para salvarse.

Pág. 139, li. 24 (los progresos de las ciencias) una de las pruebas de que todos los sistemas teológicos fueron inventados en Egipto, se halla sobre todo en la circunstancia de ser este país el único que se ve un cuerpo completo de doctrina formado desde la mas remota antigüedad.

Clemente de Ajenadría nos ha transmitido (Stronomut. Lib. VI) una relación curiosa de cuarenta y dos volúmenes que llevaban en la procesión de Isis. << El jefe, dice, o chantre, lleva uno de los instrumentos símbolo de la música, y dos libros de Mercurio, que contiene el uno los himnos de Dios, y el otro la lista de los reyes. Después de él, llevaba el horóscopo (observador del tiempo) una palma y un reloj, símbolos de la astrología; debe saber de memoria los cuatro libros de Mercurio que tratan de la astrología, el primero sobre el orden de los planetas, el segundo sobre el nacimiento del sol y de la luna, y los otros dos sobre el nacimiento y aspecto de los astros. El escritor sagrado viene luego con las plumas sobre la cabeza (como Kneph), y en la mano un libro, tinta, y una caña para escribir (como lo practican todavía los Árabes); debe conocer los jeroglíficos, la descripción del universo, el curso del sol, de la luna, de los planetas, la división del Egipto (en 36 nomos o provincias) el curso del Nilo, los instrumentos, los ornamentos sagrados, los santos lugares, las medidas, etc. En seguida viene el porta-estola, que lleva el codo de la justicia, o media del Nilo, y un cáliz para las libaciones: diez volúmenes relativos a los sacrificios, los himnos, las oraciones, las ofrendas, las ceremonias y las fiestas. En fin, llega el

Profeta, que conduce en su seno y descubierto un cántaro; le siguen los que llevan los panes (como en las bodas de Caná). Este profeta, en su calidad de presidente de los misterios, aprende otros diez volúmenes sagrados que tratan de las leyes, de los dioses, y de toda la disciplina de los sacerdotes, etc. Luego componen en todo 42 volúmenes, de los cuales 36 se aprenden por estas personas: los otros corresponden los pastoforos, y tratan de la medicina, de la construcción del cuerpo humano o la anatomía, de las enfermedades de las medicinas, de los instrumentos, etc. >>

Dejamos a voluntad del lector la deducción de las consecuencias que quiera sacar de semejante enciclopedia. Se atribuía a Mercurio; pero Yamblico nos advierte que todo libro compuesto por los sacerdotes se dedicaba a aquel dios, que a título de genio o decano, abridor del zodiaco, presidía a la abertura de toda empresa. Este es el Iano de los Romanos, el Guánsa de los Indios; y es muy notable que Ianus y Guianes son homónimos, o equívocos. En lo demás parece que los libros son la fuente de todo lo que nos han transmitido los Griegos y los Latinos en todas las ciencias, y hasta en la de la alquimia. Nigromacia, etc. Pero la pérdida que mas debe sentirse, es la parte de la higiene y de la dietética, en los cuales parece que los Egipcios habían hecho realmente grandes progresos y observaciones muy útiles.

Pág. 140, lin. 9 (Su dios no dejó de ser un dios Egipto) >> En cierta época (dice Plutarco en Isides⁹, todos los Egipcios hacen pintar sus dioses animales. Los Tebanos son los únicos que no pagan pintor, porque adoran un dios cuyas formas no presentan a los sentidos y no se figuran. >> He aquí el Dios que Moisés, como criado en Heliópolis, adoptó con preferencia, pero que no inventó tampoco.

Idem, lin. 10 (Y Yahoyh descubierto por su nombre). La verdadera pronunciación del Jehová de los modernos es Ihou; pero al expresarlo así han chocado con todas las reglas de la sana crítica, pues es constante que los antiguos, y con especialidad los Orientales, Sirios y Fenicios, no conocieron jamás ni el Je ni la V, venidas de los Tçartaros. El uso subsistente de los Árabes que restablecemos aquí está confirmado por Diodoro, el cual llama Iao al Dios de Moisés (lib. I) y se ve que iao e iahouh son la misma palabra; la propia identidad se observa en la de Ioupiter; y afin de acreditarlo mas y más, vamos a demostrarlo por su sentido.

En hebreo, que es uno de los dialectos de la lengua común del Asia inferior, iahouh es el participio del verbo hih, existir, ser, y significa el existente, esto es el principio de la vida, el motor y aun el movimiento (el ama universal de los seres) veamos ahora lo que es Júpiter, y como nos explican

Can su genealogía los Griegos y los Latinos: << Los Egipcios, dice Diodoro (siguiendo la autoridad de Manethon, sacerdote de Menfis), al dar nombres a los cinco elementos, llamaron el espíritu (o eter) a Iou.pitar, en razón del sentido propio o genuino de esta palabra; porque el espíritu es la fuente de la vida, el autor del principio vital en los animales; y de aquí está razón se llama Homero, padre y rey de los hombres y de los dioses (Diod. Lib 1, sec. 1)

Entre los teólogos, dice Macrobio, << Iou.piter es el alma del mundo . >> (Sueño de Scipión, cap 17) Y en las Saturnales dice; Iopiter es e mismo sol. Esto es lo que hizo también proferir a Virgilio, que el espíritu alimenta la vida (de los seres) y el alma esparcida en los vastos miembros (del universo) agita su masa, y no forma sino un cuerpo inmenso. >>

<< Ioputer, dicen los diversos antiquísimos de la secta de los Orficos nacida en Egipto, que fueron recogidos por Onomacrito, en tiempo de Pisitrates, Iou.piter, a quien pinta con el rayo en la mano, es el principio, el origen, el fin y el medio de o centro de las cosas: poder único y universal que lo rige todo, el cielo, la tierra, el fuego, el agua, los elementos, el día y la noche, esto es lo que compone un cuerpo inmenso; sus ojos son el sol y la luna; es la eternidad, el espacio, en fin, añade Profiro, Júpiter es el mundo, el universo y lo que constituye la existencia y la vida de todos los seres. Ahora bien, continua el mismo autor, como los filósofos disertaban sobre la naturaleza y las partes constituyentes de este dios, y no imaginaban ninguna figura que representase todos sus atributos, le pintaron bajo la apariencia de un hombre. Está sentado para hacer alusión a su esencia inmutable; está descubierto en la parte superior del cuerpo, porque en las partes superiores del universos (los astros), es donde se ofrece mas al descubierto. Esta cubierto desde la cintura, porque está mas oculto en las cosas terrestres. Tiene un centro en la mano izquierda, porque está mas oculto en las cosas terrestres. Tiene un centro den la mano izquierda, porque el corazón está en aquel lado, y el corazón es donde reside el entendimiento, que (en los hombres) arregla todas sus acciones. >> véase Euseb., Peroepar. Evang., pág.)

por último, he aquí un pasaje del geógrafo filósofo Strabon, que quita todas las dudas acerca de la identidad de las ideas de Moisés con las de los teólogos paganos.

<< Moisés, que fue uno de los sacerdotes egipcios, enseñó que era un error monstruoso el representar la Divinidad bajo las formas de los animales, ni como lucían los Egipcios, o bajo las del hombre, como lo practican los Griegos y los Africanos: la Divinidad, decía, es solo aquello que compone el cielo, la tierra y todos los seres, lo que nosotros llamamos mundo, universalidad

De las cosas, naturaleza: esto supuesto, ninguno que tenga un espíritu razonable, pensará en representar su imagen por la de alguna de las cosas que nos rodean; y de aquí se siguió que desechando Moisés toda especie de simulacros (ídolos), quiso que se adorase la divinidad sin emblema alguno, y bajo su propia naturaleza, y mandó que se le erigiese un templo digno de ella, etc. >> (Geograf., lib 16 ,pág. 116, edic. de 1707)

La teología de Moisés no ha diferido pues de la de los sectarios del alma del mundo, es decir de la de los Estoicos, y aun de los Epicúreos.

En cuanto a la historia de Moisés, Diodoro la presenta bajo una luz natural, cuando dice en los libros 2.º y 3.º: << Que los Judíos fueron echados del Egipto en un tiempo de hambre en que el país estaba sobrecargado de extranjeros, y que Moisés hombre superior por su prudencia y valor, se aprovechó de esta oportunidad Para establecer su nación en las montañas de Judea. >> En cuanto al número de 600.000 hombres armados, que el libro dice haber salido con él, debe ser una falta copista, que ha añadido un cero. (Véase el volumen 1º del libro francés Recherches nouvelles sur l'Histoire ancienne, pág. 167, donde se prueba, por los pasajes mismos de la Biblia, que el número de 600.000 es imposible y contradictorio, y debe reducirse a 60.000.

Pág. 140, lin.14 (Y cib ek de Ei) Ei (la existencia) era el monosílabo escrito sobre la puerta del templo de Delfos, y Plutarco hizo de esto la materia de un tratado.

Pág. 143, lín. 8 (Los dogmas dek genio enemigo, del arcángel Miguel) << Los hombres de los ángeles y de los meses, como Gabriel, Miguel, Isar, Nisaa, etc.; vinieron de Babilonia con los Judíos, << dice en términos expresos de Talmud (libro de la Ley) de los Hebreos. Véase Beausobre, Hist. Del Munq., tom II, pág. 624, donde prueba que los santos del calendario está imitados de los 365 ángeles de los persas, y Yamblico, en sus Misterios egipcios, sec. II, c. 3, habla de los ángeles, arcángeles, serafines, etc., coo un verdadero cristiano.

Los bramanos de la India se jactan; de que hace 4922 años justos, contando desde este de 1816, que tiene por escrito su primera ley sagrada titulada Shasta, donde hay cinco capítulos que tratan, el 1.º de Dios y sus atributos; el 2.º de la creación de los ángeles; el 3.º de la caída de los ángeles; el 4.º de su castigo; y el 5.º de su perdón, y de la formación del hombre. Por consiguiente existió la doctrina de los ángeles, 3116 años antes que naciese Cristo.

Pág. 143, lin.28 (los sacerdotes gerofantes) o mejor pronunciado Ierofantes

De la palabra griega que significa el hombre que muestra los sacros misterios que enseñan las sacras doctrinas.

Pág. 144, lin.34 (en los cálculos admitidos por los Indios) por el cálculo de los Griegos intérpretes de la Biblia, se contaban cinco mil cerca de seis cientos años desde la creación del mundo; y este cálculo era el mas seguido: sabido es cuanto agitó los espíritus en los primeros siglos de la iglesia esta opinión del fin del mundo. Habiéndose tranquilizado los concilios en los sucesivo, la tacharon de herejía en la secta de los Milenarios; lo que formó un caso bien singular porqué según los mismos evangelios que seguimos, es evidente que Jesús hubiera sido un Milenario es decir un hereje, pues anunció que el mundo acabaría dentro de mil años.

Pág 145. lin. 17 (la constelación de la serpiente) << los Persas, dice Chardin, llaman la constelación de la serpiente Ophiucus, serpiente de Eva, y esta serpiente Ophiucus u Ophioneus hace el mismo papel en la teología de los Fenicios. >> Porque Pherecides, su discípulo, y maestro de Pitágoras, decía: << Que Ophioneus serpentinus, había sido el jefe de los rebeldes de Júpiter. >> (Véase Mars. Ficin, Apol. Socrat., p m 797, col 2) yo añadiré que oephah (ae es aïn) significa en hebreo, víbora serpiente.

Idem. Lin.20 (Había arrastrado tras de sí) en el sentido físico la palabra seducir, seducere, quiere decir atraer a sí, traer consigo.

Idem. Lin. 24 (el cuadro de Mitra) para ver el cuadro de Mitra. Consúltese Hide, pág. 3, edic. de 1760, donde se hallará.

Idem. Lin. 30 (sube Perseo) no sooo parece que la constelación de Perseo arroja la de la virgen del cielo cuando aquella sale y esta se pone, sino que la cabeza de Medusa (Aquella cabeza de mujer tan hermosa en otro tiempo, que corta Perseo y tiene en la mano) es la misma de la virgen, cuya cabeza cae justamente debajo del horizonte cuando Perseo se levanta; y las serpientes que le rodean son Ophincus y el drayon polar, que ocupan entonces el zenit. Esto os indica el modo con que ha compuesto los antiguos astrólogos todas sus figuras y todas sus fábulas, pues tomaban las constelaciones que se veían al propio sobre la faja del horizonte, y reuniendo sus partes, formaban grupos que les servían de almanaque, con caracteres jeroglíficos: he aquí el secreto de todos sus cuadros y la solución de todos los monstruos mitológicos. La víryen es también Andrómeda libertada por Perseo de la ballena que le persigue (prosequitur)

Pág.146, lin. 8. (una virgen casta) en prueba de lo que se dice en el texto sobre los cuadros astrológicos que ofrecían la pintura de un niño a quien daba el pecho una virgen casta; se puede citar el de la esfera pérsica de que habla Aben.Ezra; en el Coetum poeticum. De Bleau, pág. 71.

La división del primer decano de la virgen, dice este escritor, representa a esta hermosa virgen con larga cabellera, sentada en un sillón, teniendo dos espigas en la mano, y dando de mamar a un niño llamado Iesus por algunas naciones, y Christ en griego. >> En la Biblioteca del Rey existe un manuscrito árabe, nº 1165, en el cual están pintados los doce signos, y el de la virgen representa una mujer joven con un niño a su lado; y a mas de esto, se halla reunida en la parte del cielo inmediata, toda la escena del nacimiento de Jesús. El establo es la constelación del cochero y de la cabra, antes macho-cabrio. Que se llamaba también Proesspi Iovis Henioch, establo de Iou y esta palabra Iou se halla en el nombre de Iou-sep (José). No muy distante esta el asno, o la mula de Tifón (la osa mayor) y el buey o toro, antiguos acompañantes del pesebre. El portero Pedre es Iano con sus llaves y su frente calva, los doce apóstoles son los genios de los doce meses, etc. Esta virgen se ha presentado los mas diferentes papeles en todas las mitologías; ha sido la Isasi de los Egipcios, que decía en la inscripción citada por Juliano: el fruto que yo he partido es el sol. La mayoría parte de los pasajes citados por Plutarco son relativos a ella, del mismo modo que los de Osiris convienen a Bootes. Las siete estrellas principales de la osa, llamadas carro de David, se llamaban también carro de Osiris (véase Kirker); y la corona que tiene detrás de él, formada de hiedra, se llamaban Chen- Osiris, árbol de Osiris. La virgen ha sido igualmente Ceres, cuyos misterios fueron los mismos que los de Isis y de Mitra; ha sido también la Diana de Efeso; la diosa superior de Siria, Cibeles conducida por los leones, Minerva, madre de Baco; Astrea, virgen pura que fue arrebatada del cielo al fin de la edad de oro, Themis a cuyos pies está la balanza que la pusieron a mano; la Sibila de Virgilio, que desciende a los infiernos o bajo el hemisferio con su ramo en la mano etcétera.

Pág. 146, lin. 12 (abatido, humilde) la palabra latina humus, humi, que significa la tierra, especialmente cuando es húmeda, está a la raíz de la palabra humilde, que significa deprimido hasta la tierra.

Idem. Lin. 16 (resucitó gloriosamente) la palabra latina resurgere, o levantarse otra vez, no ha significado volver a vivir sino usando de una metáfora atrevida; y cada instante se ve el efecto constante de las equivocaciones de sentido de todas las palabras empleas en las tradicciones.

Idem. Lin. 24 (Chris, es decir el consevador) Los Griegos siguiendo su costumbre, que decían haris: en hebreo, heres se entiende que es el sol; pero en árabe la palabra radical significa guardar, conservar, y haris, guardia

Conservador. Este es el epíteto propio de Vichenus; y este denota a un tiempo la identidad de las trinitades y cristiana, y su origen común. Es evidente que es un mismo sistema, que dividido en dos ramas, la una de Oriente y la otra de Occidente, ha tomado dos formas distintas; su tronco principal es el sistema pitagórico del alma del mundo, o Ioupiter. De este epíteto de piter o padre, habiendo pasado al Demi- Ourgos de los platónicos, nacido un equívoco que hizo buscar el hijo. Para los filósofos, nació un equívoco que hizo buscar el hijo. Para los filósofos fue el entendimiento (menos y logos), del cual hicieron los latinos su verbum: y aquí se toca con la mano y se ve claramente el origen del Padre eterno, y del verbo su hijo, que procede él (mens e< Deo nata, dice Macrobio); el ánima o el spiritus mundi fue el espíritu santo; y de aquí porque Mnes, Basilidee, Valentín, y otros supuestos herejes de los primeros siglos, que subían a las fuentes de las cosas decían que Dios el padre era la luz inaccesible y suprema del cielo (o el círculo inmóvil, que llamaban en griego oplanes); que el hijo era la segunda luz residente en el sol, y el espíritu santo el aire, que rodea la tierra. (véase Beausobre, tom.II, pág. 586) de aquí dimanó entre los Sirios el emblema de pichon ave de venus urania, es decir del aire >> los Sirios (Nigidius in Germánico) dice que una paloma empolló muchos días en el Eufrates un huevo de pescado de donde nació Venus. >> Por esto no comen pichones, dice sexto-empírico. Inst. Pyrh., libro. III. Cap. 23; y esto nos indica un periodo comenzado en el signo de los peces o piscis (solsticio de invierno). Observemos además que si Chris viene de Harisch por un chin, significará fabricante, epíteto propio del sol. Estas variaciones. Que han debido causar muchas dificultades a los antiguos, prueban siempre del mismo modo cual es el verdadero tipo de Jesús, según se había ya descubierto en tiempo de Tertuliano. >> Muchos piensan, dice este escritor, con mas verosimilitud, que el sol es nuestro Dios; y por esto nos remiten a la religión de los Persas. >> (Apologetica, cap. 16)

Pág.154.lin.31 (Indulgencias y absoluciones, tráfico de gracias). Mientras existan medios de purgarse de todos los crímenes, de rescatarse o librarse de modo castigo por medio del dinero y de unas prácticas frívolas; mientras los reyes y los grandes señores crean que pueden ser absueltos de sus opresiones y de sus homicidios, construyendo templos y haciendo fundaciones, y particulares crean poder engañar y robar, como ayunen en la cuaresma, y se confiesen y reciban la extrema-unción, es imposible que exista moral alguna, ni ninguna virtud en la sociedad; y por lo tanto ha dicho un filósofo moderno, con una fuerza de razón y de verdad incontestables, que el dogma de las expiaciones es la corrupción de las sociedades.

Pág. 455.lin. 3 (la confesión). La confesión es antiquísima, pues que se

Confesaban en todos los misterios de Egipto, de Grecia y de Somotracia; y se conserva la famosa respuesta que dio un esparciata a un jerofonte que quería persuadirle a que se confesase. << ¿A quién debo yo confesar mis culpas? ¿A ti o a Dios? – A Dios, respondió el sacerdote.- Pues retírate, hombre. >> (Plutarco, Dichos notables de los Lacedemonios) Los Indios imitaron esta costumbre de distintas maneras, y la confesión no era un sacramento en tiempo de San Juan, por la poderosísima razón de que todavía no se había inventado. Los cristianos tomaron la confesión como otras infinitas cosas, y lo mismo que todas ha sufrido muchas alteraciones. En tiempo de Constantino se confesaban solo públicamente las faltas públicas. Se establecieron después los penitenciarios para absolver el pecado de idolatría; pero se abolió la confesión en tiempo de Teodosio (en el siglo cuarto), y se suprimieron los penitenciarios, porque una mujer cometió la imprudencia de acusarse en voz alta de que se había acostado con el diácono, cuya habladuría causó tanto escándalo, que el obispo Nectario, y su sucesor San Juan Crisóstomo, permitieron a todos los fieles que comulgasen sin confesarse, después volvieron a ejecutarlo unas veces con legos y otras con ordenados, y según parece no se instituyó sólidamente la confesión auricular en Occidente hasta el siglo VII. 1º, que obligaron los abates a los monjes, a que confesasen sus culpas dos veces al año. Por último, hasta las mujeres confesaron mucho tiempo, pues Inocencio III, que fue electo papa en 1138, expidió una bula a los arzobispos de Valencia y de Burgos, para que impidieran que algunas abadesas confesasen a Dios; y católicos, que burlan de esta práctica, a los hombres. Los musulmanes se escandalizan de que pueda haber hombres que arranquen a una joven bonita unos secretos que la deben ruborizar; pero mas de admirar es que haya entre ellos bastante valor para ir a descubrirlos.

Pág. 155, lin. 9 (el espíritu de los sacerdotes) Si se quiere conocer el espíritu general de los sacerdotes hacia los demás hombres, que designan siempre con el nombre del pueblo, escuchemos a los mismos doctores de la Iglesia. << El pueblo, dice el obispo Sinnesio, in Calvit., 545, quiere absolutamente que le engañen, y no puede procederse de otro modo con él.. Los antiguos sacerdotes de Egipto practicaron siempre esto mismo; y he aquí porque se encerraban en sus templos y componían los misterios sin conocimiento del pueblo; bien que si hubiese conocido que se le engañaba, se hubiera enfadado... Pero ¿cómo es posible obrar de otro modo con el pueblo, puesto que es pueblo? En cuanto a mi, seré siempre filósofo conmigo mismo, y sacerdote con el pueblo. >>

San Gregorio de Nacienceno escribía a Jerónimo (Hieron. Ad.nep): << No es menester mas que un poco de charlatanismo para engañar el pueblo. Cuanto menos comprende, mas se admira. Nuestros padres y doctores han dicho muchas veces no lo que pensaban, sino lo que les hacían decir las circunstancias y la necesidad. >>

Sanchoniaton dice que: << Deseaban excitar la admiración por lo maravilloso. >> (Praeop. EV., lib. III)

Pág. 155.lin.33 (astrólogo, adivinos y mágicos) ¿Qué es un mágico en el sentido que el pueblo da a esta frase? Es un hombre que por medio de palabras y de gestos pretende obrar sobre los seres sobrenaturales, y obligarles a que descienda a su simple voz para obedecer sus mandatos. He aquí lo que han practicado todos los antiguos sacerdotes, lo que hacen aun los de todos los idólatras, y lo que les hace merecedores de que les apliquemos el título de mágicos. Porque cuando un sacerdote cristiano pretende hacer bajar a Dios del cielo, y fijarlo en una hostia o con poco de pan sin levadura, así como volver, con este talismán, los almas puras al estado de gracia. ¿qué es lo que hace este sacerdote, sino un acto de magia) ¿Y qué diferencia hay entre él y un chaman tártaro, que invoca los genios, o un bahmano indio, que hace descender a Vichenous a un vaso de agua para arrojar los espíritus malignos? Sí, si, en todas partes se ve que la identidad del espíritu sacerdotal es la misma; en todas partes se ve la afectación de gozar de un privilegio exclusivo, y la facultad de mover a sus arbitrio las potencias de la naturaleza; y esta pretensión es un atentado directo al derecho de igualdad de todos los hombres, que el día en que los pueblos sean consecuentes, abolirán para siempre este género sacrílega de nobleza que ha sido la cepa y el modelo de la nobleza profana.

Pág. 156, lin. 12 (vender palabras y gestos a gentes crédulas) La historia comprada de los Agnus Dei de los papas y de las pastillas del gran -lama, sería una curiosa y graciosísima historia. Y extendiendo esta idea a todas las prácticas religiosas, podría hacerse una excelente obra, cual sería colocar paralelamente en columnas rasgos análogos o contradictorios de creencia y de superstición de todos los pueblos. Otros géneros de superstición de que convendría infinito curarles, es la del respeto exagerado hacia los grandes; y para este efecto, bastaría escribir los detalles de la vida privada de los que gobiernan el mundo: no hay trabajo mas filosófico que este: si el pueblo viese al descubierto todas las miserias, bajezas, infamias de sus ídolos, no caería en la tentación de envidiar sus falsos placeres, cuyo aspecto engañoso le atormenta, e impide gozar de la felicidad, harto mas verdadera, de su condición .

FIN DE LAS NOTAS.